LLEVAR EN LA PIEL

Antonia Lassa

Traducción de Luisa Etxenike

NOCTURNA
EDICIONES

Una anciana millonaria aparece brutalmente asesinada en Biarritz, en un apartamento decadente que ella misma había alquilado. ¿Qué razones la llevaron allí y qué vínculo la unía con su asesino? Esos interrogantes serán el punto de partida de una investigación que poco a poco irá revelando otros enigmas y que estará teñida por el contraste entre un mundo de luces —riqueza, poder, arte en los barrios elegantes de París— y otro de sombras.

Aunque la policía de Biarritz se encarga del caso, hay alguien más interesado en descifrar el misterio. El excéntrico detective privado Albert Larten, que ha instalado su oficina en una autocaravana y es un apasionado de los vinos, hará sus propias indagaciones por la geografía francesa con la minuciosidad de un catador. Porque el asesino dejó unas extrañas marcas en la piel de la víctima, y para Larten todo apunta a que esos patrones cutáneos son la clave de este perturbador crimen.

Antonia Lassa

LLEVAR EN LA PIEL

Traducción del francés

Luisa Etxenike

NOCTURNA
EDICIONES

Luisa Etxenike, 2023
Nocturna Ediciones, S.L., 2023

A Anna

LLEVAR EN LA PIEL

1

DIBUJOS EN EL CUERPO

El comisario Canonne no estaba en su mejor momento. Los implantes dentales que le funcionaban a todo el mundo a él no le habían funcionado. Acababan de quitarle el que le habían puesto dos semanas atrás, tras varios meses de espera, porque el dolor que le provocaba se había vuelto insoportable.

—No es lo habitual, pero a veces sucede —le había dicho lacónicamente su dentista—; hay algunos organismos que no los toleran. Tendremos que explorar otras opciones.

Como en una investigación policial que no llega a nada; la resignación de otras opciones… de peor pronóstico.

—Sí, ya veo, un postizo con su correspondiente encía de plástico.

—No es plástico, comisario, es resina —había replicado el dentista— y queda muy bien.

«Pero se tiene que notar al besar», había pensado Canonne, aunque no lo había dicho. Su dentista no parecía un experto en besos.

Besos no le había dado muchos a Laure durante los días que, por fin, habían pasado juntos. Cómo besar con una boca que no para de dolerte antes de la extracción y después se pone a sangrar por cualquier cosa. Pero no era esa la verdadera razón, Canonne lo sabía muy bien. Y ella se había marchado esa misma mañana, muy temprano, de vuelta a su casa y su mundo. Claro que Laure no decía «su», sino «mi»: «mi casa y mi mundo».

Los veranos para las parejas eran como los implantes dentales: a la mayoría les funcionaban, les rellenaban los huecos, les atornillaban otra vez lo que andaba flojo, titubeante, a punto de caerse. Pero a él tampoco le había funcionado y Laure se había marchado tempranísimo, sin ni siquiera desayunar.

—Ya tomaré algo por el camino; tengo mucho camino.

Y el comisario había pensado que ella no se refería a la ruta hacia su casa, sino hacia la extracción del implante que él representaba en su vida y que el organismo de Laure tampoco acababa de acoger.

Se hurgó en la herida con la lengua y sintió una punzada de dolor y el gusto herrumbroso de la sangre. De todas maneras estaba siendo un verano execrable; una combinación odiosa de frío, viento, lluvia, que significaba cero playa y demasiada gente aburrida y enfadada por el desperdicio de las vacaciones, desmandándose por las calles, los bares y las tiendas de la ciudad y obligando a la policía a activarse sin tregua, la mayoría de las veces por menudencias.

Así que el comisario estaba de un humor de perros cuando la inspectora Frier, que no tenía problemas de dientes y seguramente por eso tampoco de pareja, entró en su despacho para informarle del hallazgo.

—Nos acaban de llamar. Han encontrado a una anciana muerta en un apartamento turístico de Biarritz, al parecer asesinada en unas circunstancias bastante macabras. Ya hemos avisado al forense.

El cadáver lo había encontrado la propietaria del apartamento al ir a recoger las llaves que la clienta tenía que haberle dejado antes de las doce, como habían convenido, en la mesita de la entrada.

—Soy el comisario Canonne de la Policía Judicial de Bayona y ella es mi ayudante, la inspectora Frier. Así que usted, señora…

—Moulier.

—Fue quien encontró el cadáver.

—Así es.

—Espero que no haya tocado nada.

—Claro que no. Bueno, en realidad, algo sí.

—¿En qué quedamos?

—Nada más entrar en el apartamento, apagué el aire acondicionado, que está aquí mismo, mire, pegado a la puerta. Lo habían puesto a tope y hacía un frío que pelaba. Eso por no hablar de la factura. No se imagina lo que pueden llegar a hacer los inquilinos…

—Vayamos al grano.

—Menos mal que les pedimos una fianza.

Y el comisario tuvo la irritante impresión, por el gesto que apareció en la cara de la propietaria, de que esa mujer se había arrepentido enseguida de mencionar aquel depósito que ahora tal vez tendría que devolver. Metió la lengua otra vez en el agujero. Primer premolar superior; tan delantero, tan visible.

—Aparte del aire, ¿ha tocado algo más?

—Nada, se lo aseguro. Ni siquiera he entrado en el dormitorio. La puerta estaba abierta y desde el umbral he podido ver a la mujer tumbada en la cama, en ese estado horrible. Y enseguida he salido del piso. Una ha visto series y sabe lo que hay que hacer, y sobre todo lo que no hay que hacer. Y sin perder tiempo, desde el mismo descansillo, les he llamado a ustedes.

Canonne se puso unos guantes, entró en el dormitorio y se acercó a la cama, donde yacía una anciana desnuda y con el cuerpo horriblemente marcado.

—¿Dónde está el forense?

—Ya le hemos avisado —contestó la inspectora Frier—, supongo

que no tardará en llegar.

El comisario estaba verdaderamente impresionado. Tal vez porque lo que estaba viendo sobre aquella cama no era solo un cadáver desnudo, sino la vejez, al desnudo, en toda su inapelable y despiadada elocuencia. Buscó en la herida de su boca el contacto de los puntos de sutura. No le había importado lo más mínimo empezar a perder pelo ni verse arrugas que ya no eran de expresión, pero lo del diente no lo podía soportar. Porque ese hueco en la boca se parecía a una puerta de entrada; y él se veía ante el umbral de la vejez como ahora estaba ante el cadáver de una anciana desfigurada.

—¿Dónde está el forense, Frier?

—Ya viene.

Canonne se estremeció. Todavía hacía frío en el piso. Y también en la calle. Un final de verano marcado por un tiempo sombrío que vaciaba las playas y llenaba las calles de veraneantes decepcionados, con ganas de algún premio de consolación. Y ese crimen iba a ser la sensación de la temporada. Todos los ingredientes para un final de fiesta por todo lo alto estaban servidos, allí mismo, encima de esa cama corriente, de sábanas baratas.

El forense era un hombre joven con el que el comisario Canonne no había coincidido nunca. Interpretó ese hecho como un mal augurio. Bastaba una simple ojeada sobre el aspecto del cadáver para darse cuenta de que aquel no era un asunto para principiantes.

—Doctor Ferran, François Ferran.

—Comisario Canonne.

Mientras el médico examinaba el cadáver, Canonne salió al descansillo y llamó al fiscal.

—Tiene muy mala pinta —le dijo—; un crimen que además de morboso es «sofisticado»; la prensa no nos va a dejar vivir si se filtran los detalles… Sí, ya está aquí el forense, un hombre joven, Ferran, no le conozco… Pues espero que sea muy competente, como usted dice, porque el asunto se presenta complicado. Sí, el equipo científico también está aquí… De acuerdo, esperamos hasta que usted llegue.

El comisario no le dijo al fiscal que Ferran le había caído mal nada más verle. Se había presentado vestido como para participar en un cóctel y no en una investigación criminal, por no hablar de que parecía tener una dentadura obscenamente completa y bien alineada.

—El frío ambiente en el que ha permanecido el cuerpo dificulta un poco la fijación de la hora de la muerte —dijo el forense en un

tono ridículamente doctoral—, pero tras el somero análisis que acabo de realizar y pendientes del veredicto de la autopsia…

El comisario Canonne se concedió una sonrisa irónica, de las que se hacen sin separar los labios. Lo que faltaba, pensó, otro veraneante aburrido, con ganas de espectáculo.

—Lleva muerta unas diez horas; lo que quiere decir que el asesinato se ha producido entre las tres y las cinco de la madrugada de hoy.

Un asesinato macabro. La víctima estaba desnuda, tumbada bocarriba, y presentaba unas quemaduras extravagantes en el rostro, cuello, brazos y vientre, que habían sido producidas, según la primera impresión del forense, por un potente y despiadado ácido.

—Muy probablemente sulfúrico, a juzgar por la corrosión que ha causado en el cuerpo y este relente todavía en el aire. Pero tendremos que esperar…

—El veredicto de la autopsia —dijo el comisario.

El forense no pareció captar la ironía contenida en la frase y la debió de interpretar como un cumplido, porque se apresuró a matizar:

—En este caso, me permito decir simplemente la confirmación de la autopsia. Cuanto más observo las marcas, más seguro estoy de que es sulfúrico. Y de que el ácido ha sido aplicado además con una gran delicadeza, si se me permite la expresión, y desde luego *post mortem*.

—¿Cómo está tan seguro de que ya estaba muerta?

—Comisario, por favor, no parece usted un recién llegado en este tipo de situaciones; un novato, como suele decirse.

¿De dónde había salido aquel niñato arrogante que vestía como en un anuncio de moda, hablaba como un viejo pedante y se permitía tratarle de novato? A él, con más de veinte años de carrera a sus espaldas. Y sin embargo, el forense no se equivocaba del todo; de pronto, Canonne se sentía como un principiante sin experiencia y sin control, con ganas de agarrar al doctor por la americana de pijo y ponerle en su sitio sin miramientos. Y todo por culpa de ese maldito diente; porque él, que había sido el rey de los gesticuladores, ahora abría la boca con las precauciones de una puerta de cárcel; primer premolar superior tan delantero, tan visible; y esa cautela le desesperaba y le sacaba de quicio. Así que cogió aire y buscó con la mirada a la inspectora Frier, que se había quedado junto a la puerta, para reconocer en ella alguna muestra de solidaridad.

Enseguida volvió a poner la vista sobre el cadáver. Un texto que naturalmente el forense sabía leer mejor que él. Sin embargo, le dijo:

—Doctor Ferran, vamos a poner las cosas en su sitio. El que es principiante en la plaza es usted.

—Si usted lo dice…

—Entonces le voy a explicar, para que se vaya familiarizando con nuestra manera de proceder, que aquí la costumbre es responder a mis preguntas con claridad, sin florituras ni palabrería, para que la inspectora Frier, que está ahí mismo, tan discretamente (ella es delicada en todo) que usted seguro que no está reparando en su presencia, pueda anotarlo todo y contribuir así a solucionar este feo asunto lo antes posible. De manera que se lo vuelvo a preguntar: ¿podemos afirmar que esta mujer ya estaba muerta cuando la quemaron con el ácido?

Ferran adoptó un tono conciliador, casi sumiso, para responder:

—Sin duda, comisario. No solo no hay sangre sobre la cama.

¿Sangran las quemaduras de ácido cuando la víctima está viva? El comisario no lo sabía; no se había topado nunca con una situación semejante. Aunque ese tipo de agresiones estaba aumentando en todas partes, también en Europa. Y las víctimas eran siempre mujeres.

—Pero lo que me permite afirmarlo es sobre todo la expresión de su cara.

—De lo que queda de ella.

—Queda suficiente, comisario. Los ojos, la nariz, la boca están intactos. Más que suficiente para comprender que no tuvo que padecer el contacto con el ácido. Sus rasgos reflejan placidez. Cuando el criminal le aplicó el sulfúrico, esta mujer estaba ya profundamente dormida, camino de la muerte o muerta ya, asesinada con algún veneno, cómo decirlo…, generoso. Una sustancia benévola, de las que al producir su efecto no duelen ni crispan, por lo tanto, la expresión. Una dosis masiva de morfina, por ejemplo. Suele encontrarse en el entorno de las personas mayores.

—¿Podía estar vestida en el momento de la muerte? —preguntó entonces la inspectora Frier, acercándose a la cama.

Y al oír su voz ronca, más propia de un hombretón que de aquella mujer de aspecto frágil, el médico se sobresaltó y enseguida se sonrojó; como si le hubieran aplicado de pronto, por toda la cara, de la barbilla a la frente, una mascarilla de un tono asalmonado.

El comisario Canonne no sonrió, estaba pensando en Laure; pero se dijo, como quien se consuela, que Ferran era demasiado impresionable para haber elegido por sí mismo una profesión como la de forense. Que alguien, en alguna parte, manejaba sus hilos.

—¿Qué quiere decir, inspectora?

—Si el asesino la hubiera desvestido una vez muerta, es decir, si hubiera movido y manipulado su cuerpo, ¿podría haberla dejado con esa expresión de placidez, incluso de confianza, que resulta tan

evidente en su rostro?

La inspectora Frier acertaba como tantas veces. En la desnudez y la confianza residía probablemente la clave del asunto. Si la mujer se había desnudado y tumbado en la cama por su propia voluntad, la naturaleza de la relación que mantenía con su asesino parecía clara. Una relación de tipo amoroso o sexual. Aunque la edad de la víctima invitara a descartar de entrada esa hipótesis. Pero si la había desnudado el asesino después de muerta, entonces el abanico de posibles culpables podía ensancharse hasta el infinito.

—¿Hay algo que nos permita pensar en una relación sexual antes o después de la muerte? —preguntó el comisario.

—Necesito examinar el cadáver con más detenimiento para responderle, pero por lo que he visto hasta ahora, diría que no.

—Bueno, doctor, prosiga su examen; la científica está aquí para acompañarle. El fiscal no tardará en llegar. Vamos a pedir una autopsia y necesitaremos el informe lo antes posible.

—Dos días como mínimo.

—Tendrá que pisar el acelerador; no se trata de un caso cualquiera, ya lo está viendo. O recurra a la ayuda de algunos colegas suyos más experimentados.

El comisario Canonne había forzado la frase, como quien fuerza una cerradura, para detener la arrogancia del forense. Pero no consiguió alcanzar su objetivo.

—Por lo que veo, comisario, todos vamos a necesitar ayuda.

Definitivamente, un tipo insoportable. Canonne iba a replicar, pero la inspectora Frier, que ya había salido de la habitación, le llamó desde fuera y le enseñó el móvil como para señalarle una llamada que no podía esperar.

—Lo antes posible, doctor. No tengo que recordarle, porque se aprecia a simple vista, que no estamos ante un caso corriente.

Los dos policías salieron juntos al descansillo.

—¿Quién me llama, Frier, el fiscal?

—No, nadie, pero ya estaba aburrida de ver a dos machitos jugando a los tamaños.

—Y me lo dices con ese vozarrón de hombre curtido.

—Ya me conoces.

En otras circunstancias, el comisario habría sonreído.

El informe de autopsia confirmó que Elisabeth Audiard, domiciliada en París, octogenaria, muy rica, había sido asesinada el 28 de agosto hacia las cuatro de la madrugada, con una dosis letal de morfina administrada por vía intravenosa. Que su asesino la había quemado, una vez muerta, con ácido sulfúrico. Que había vertido la sustancia sobre el cuerpo de la víctima de un modo lento y minucioso, gota a gota, presumiblemente con una pipeta de laboratorio, de vidrio.

—¿Se consiguen fácilmente esas pipetas, doctor?

—Sí, comisario, sin problema. Las puede comprar cualquiera en un establecimiento de material de laboratorio.

—¿Cómo de lenta fue la administración del ácido?

—El asesino habrá necesitado en total una media hora —respondió el forense.

—¿Cómo de minuciosa?

—El ácido sulfúrico no tiene una consistencia muy líquida como podría pensar cualquier profano, sino más bien viscosa. Puede aplicarse y caer despacio, gota a gota; como ha sucedido, en mi opinión, en este caso.

—Gota a gota, y se diría que siguiendo además un camino marcado de antemano.

—En efecto, comisario, siguiendo un itinerario bien preciso. Están ustedes ante un individuo paciente y calculador. Y, si puedo permitirme la sugerencia, se trata de alguien que es o se toma por un artista.

—¿Es usted también psicólogo, doctor Ferran, en su tiempo libre?

—Me formo para ello. Y estoy convencido de lo que le acabo de adelantar. Alguien que se cree un artista. Lo que ha hecho sobre el cuerpo de su víctima es dibujar.

Lo que decía Ferran no era ninguna tontería. El ácido no había sido arrojado sobre la víctima de cualquier manera; lo habían vertido concienzudamente, como para marcarla obedeciendo a un patrón, a un diseño cuyo significado era imposible de determinar aún y que consistía en una banda de un centímetro de ancho que rodeaba el rostro de la mujer como el marco oval de una fotografía antigua. La banda se ajustaba perfectamente a los bordes del rostro: a partir de la frente, seguía el nacimiento del pelo y bajaba sobre los dos lados justo por delante de las orejas. En la parte inferior de la cara, perfilaba la línea del maxilar, cubriendo la totalidad del mentón. Se veían además dos bandas verticales de la misma

anchura a ambos lados del cuello. Y dos bandas, un poco más anchas, que recorrían de arriba abajo la cara interna de los antebrazos. Por último, una banda más importante, de cerca de tres centímetros de ancho, cruzaba el vientre de la anciana, de lado a lado, justo sobre el pubis.

—Busque a alguien con veleidades artísticas —repitió el forense—, si me permiten la sugerencia y les sirve para algo en sus investigaciones. Y esta banda que ha dibujado sobre el sexo de su víctima es, sin duda, su rúbrica. Como quien firma un cuadro. Una firma ancha, asertiva, además. La suya es una personalidad meticulosa y narcisista, sin duda.

Aquella anciana millonaria se había instalado, como todos los años, en el mejor hotel de Biarritz para pasar gran parte del verano. ¿Qué hacía entonces en aquel apartamento corriente, de gama baja, que además había reservado personalmente, sin ocultarse?

La propietaria había insistido en ese hecho.

—Sí, sí, ella misma, comisario. Lo reservó por teléfono y me pagó por adelantado, como se lo pedí, con tarjeta de crédito.

—¿Para cuántos días hizo la reserva?

—Solo para uno. Le entregué las llaves yo misma, el 27 de agosto hacia las cuatro de la tarde, y tenía que dejármelas en la mesita de la entrada, como les he dicho, al día siguiente antes de mediodía. No es lo habitual que aceptemos estancias tan cortas en estas fechas, pero con el verano que está haciendo y las cancelaciones…

—¿Le pareció inquieta o preocupada cuando la vio?

—No, fue muy amable conmigo y me pareció que estaba muy tranquila.

—¿Cuántas copias de las llaves del apartamento le entregó?

—Solo una.

La que la policía había encontrado en el bolso de la muerta junto con su cartera intacta y el resto de sus pertenencias bien ordenadas. Había que descartar el robo como móvil del crimen. Tampoco había signos de efracción. El asesino había entrado en el piso con el consentimiento de la víctima.

—Supongo que en este edificio no hay cámaras de seguridad ni ningún otro dispositivo de vigilancia.

—No, comisario. Para qué. Nunca ha hecho falta. Es una residencia tranquila, como puede ver. Y respetable. Es la primera vez… ¿Qué va a pasar ahora?

—Vamos a mantener el piso precintado hasta que acabemos con los registros.

—¿Tardará mucho?

—Lo que sea necesario. Pero luego podrá pedir una

indemnización.

La mujer vaciló un momento, luego preguntó:

—¿Y la reputación?

«A lo mejor es bueno para el negocio», estuvo a punto de responder Canonne, pero se abstuvo; la ironía necesita una energía que a él en ese momento le faltaba. Miró a su alrededor; aquel era un apartamento llamado turístico, pero por la ventana no se veía el mar, ni un trozo de jardín ni nada parecido. Solo unos edificios feos; peor que eso, tristes. La cara B de la ciudad elegante. Y sin embargo era en ese lugar donde aquella mujer rica, huésped habitual del Hôtel du Palais, había ido a morir.

A manos de un asesino artista; lento, meticuloso. Y que para colmo era cuidadoso en extremo. La policía científica confirmó enseguida que no había dejado en el lugar del crimen la menor huella, el menor rastro de ADN, el menor indicio de su paso Una investigación como una pared, pensó Canonne, que iban a tener que escalar sin apenas salientes donde agarrarse.

—¿Es difícil procurarse ácido sulfúrico, doctor?

—No, comisario.

—¿Es delicado transportarlo?

—No demasiado.

—¿Manipularlo?

—Tampoco. Basta con tomar algunas precauciones básicas: usar unos guantes corrientes, de látex, por ejemplo; una mascarilla, gafas de protección y una simple pipeta de cristal.

—Basta con eso para hacer una cosa semejante.

—Sí. Y que no te tiemble el pulso.

Al asesino no le había temblado. La investigación se anunciaba particularmente difícil para la policía. Carecían de indicios y además iban a trabajar a presión. Porque la consigna recibida era darle prioridad absoluta al caso.

—Ya he informado al juez de instrucción —dijo el fiscal de la República—. Se trata de un crimen de una factura repugnante y macabra. Pero hay algo más, comisario.

Y repitió varias veces que la víctima pertenecía a una familia «más que notable».

—Gigantes de la industria agroalimentaria. Con amigos, como puede imaginarse, Canonne, en las esferas más influyentes.

—Entiendo.

—En Francia y fuera de nuestras fronteras.

Y sin embargo, esa mujer más que notable hacía y recibía muy pocas llamadas. Apenas figuraban cinco contactos en la agenda de su móvil: hijo, dos amigas, peluquero y la mujer que ejercía las tareas de secretaria particular y gobernanta. Exceptuando los dos últimos, en todos los demás casos prácticamente inactivos en lo que a llamadas se refería. La policía descartó enseguida a los cinco de la lista de eventuales sospechosos. Todos tenían coartadas blindadas para el día del crimen.

En el móvil de *madame* Audiard aparecían también varios números que correspondían a diferentes empresas comerciales: hoteles —todos de prestigio, lo que reforzaba aún más la incongruencia del apartamento de Biarritz—, compañías de taxis, restaurantes y *caterings* de lujo.

Pero el registro de llamadas reveló también dos números sin nombre. La víctima había llamado al primero dos veces al mes, desde el nueve de enero hasta el diecisiete de junio; lo que significaba dos meses sin actividad. Desde el segundo número la habían llamado a ella tres veces la víspera del crimen. Y el comisario Canonne y la inspectora Frier miraron aquel número oculto con un punto de esperanza, como si pudiera reservarles una bonita sorpresa.

—Tres llamadas el 27 de agosto —dijo el comisario—; la última a las once de la noche.

—Ella debía de estar ya en el apartamento —respondió la inspectora en un tono que denotaba su entusiasmo—, y seguro que aún sola.

—Es todavía pronto para celebrarlo, pero es muy posible que tengamos algo. Si ella respondió a esa llamada tan tardía es porque conocía a la persona que estaba al otro lado del teléfono.

—Y esa persona la llamó para quedar con ella.

—Seguramente, Frier; y esa mujer le dio una cita en el apartamento que había alquilado. Una cita discreta, por no decir clandestina. ¿Por qué si no habría elegido ese edificio tan alejado del centro de Biarritz y de su hotel?

—Entonces ese número puede ser el del asesino.

—Es más que probable —respondió el comisario, dejándose contagiar por el entusiasmo de su asistente.

—Y sabemos que la víctima le conocía, al menos lo suficiente para abrirle la puerta.

—No hubo relaciones íntimas, según el informe del forense. Pero

dice que no puede descartarse, por el estado de su tejido vaginal, que esa mujer haya mantenido cierta actividad sexual hasta el final de su vida.

—No está mal con ochenta años.

—Bueno, ya tenemos una buena pista que investigar. Un teléfono y tal vez un amante, que ya me gustaría ver qué pinta tiene.

Pero el entusiasmo les duró muy poco. No iban a sacar nada de aquella pista que les había parecido, sin embargo, tan prometedora. Porque el número correspondía a una tarjeta de prepago, adquirida varios meses antes del asesinato en un bar-estanco del mismo Biarritz. Un establecimiento sin cámaras de seguridad por donde circulaban a diario infinidad de personas. El asesino había calculado muy bien, como parecía hacer todo, el lugar para esa compra.

—Tarjetas de ese tipo se venden bastante —dijo a la policía el propietario del bar—. Hoy mismo he vendido once nuevas y recargado más de una docena también. La gente habla una barbaridad por teléfono; de lo que no me quejo, como se pueden imaginar. Y es que además, con el mal tiempo que hace, entra más gente porque no va a la playa.

—Ya veo, pero según el operador, la tarjeta en cuestión la compraron en marzo. Supongo que no recuerda quién pudo comprársela entonces.

—Imposible, comisario, ha pasado demasiado tiempo. Y además todos los clientes se parecen, si me permite expresarlo así. Digamos que, a la velocidad a la que entran y salen de la tienda, solo te fijas en la transacción. A los clientes casi no los miras a menos que se distingan por algo, en lo bueno o en lo malo: un gesto fuera de lugar o todo lo contrario, una amabilidad especial.

Naturalmente, quien había comprado aquella tarjeta no se había distinguido por nada, al menos no en ese momento. La había pagado en efectivo en marzo, y había tardado casi medio año en activarla.

El operador de telefonía confirmó también a los agentes que, una vez activadas, esas tarjetas podían usarse dos semanas sin necesidad de registrarlas.

—Pasado ese tiempo, comisario, si el cliente no envía sus datos personales, la línea se suspende primero y luego se cancela.

—En fin, que cualquiera puede comprar una de estas tarjetas, hacer las llamadas que quiera…

—Hasta agotar el crédito.

—Y una vez agotado, tirarla a la basura o destruirla.

—En efecto.

El operador tampoco podía ayudarles a determinar desde dónde se habían hecho, la víspera del crimen, esas tres llamadas que

parecían tan decisivas.

—Se trata de lo que llamamos un teléfono oculto, comisario, de los que no dejan rastro, porque no está registrado a nombre de nadie. Y seguramente un móvil muy básico o de modelo antiguo, sin geolocalización.

Un teléfono del que aquel asesino tan meticuloso se había desprendido enseguida.

Los investigadores se volcaron entonces con el segundo número sin nombre de la agenda de contactos de la víctima. La última comunicación se había producido dos meses atrás, lo que parecía alejar esa llamada de la órbita del crimen. Pero se trataba de un número que correspondía también a una tarjeta de prepago, al que la anciana había llamado a intervalos regulares durante seis meses. Y los policías ya sabían que, para poder conservar el mismo número durante tanto tiempo, el usuario de la línea tenía que haberla registrado con sus datos y haberla recargado más de una vez.

Y estaba, en efecto, registrada a nombre de Émile Gassiat, un joven de veintiséis años, residente en Arcachón, que se convirtió para la policía, desde el momento mismo de su identificación, en el principal sospechoso del crimen.

Sobre todo porque desde ese mismo número el chico se comunicaba, a intervalos también regulares, con otra mujer parisina, octogenaria y rica, con la que la policía contactaría enseguida.

El móvil del crimen no había sido, según parecía, el robo. Pero en el tipo de relaciones que dejaban adivinar esas llamadas, y que sugería también el escenario del crimen, solían abundar las motivaciones sórdidas, se dijo esperanzado el comisario.

—¿Se trata de un gigoló, entonces? —le preguntó a Canonne el fiscal.

—Todo apunta a que sí.

—Lo que nos faltaba. Y relacionado con esa mujer más que…

—Notable. Y que además no es la única. De momento sabemos que ese chico se relacionaba también con una segunda mujer, Irène Duroudier, parisina y del mismo tipo si me permite usted la expresión.

—Anciana, millonaria, poderosa.

—En efecto. Y es posible que haya más mujeres.

—De la misma condición social.

—Es muy probable.

—Voy a pedir ahora mismo la orden para que vayan a buscar a ese hombre y podamos interrogarle cuanto antes.

2

LOS SONIDOS DEL MAR

Émile Gassiat zarpa al anochecer. El tiempo no es el más indicado para navegar; un temporal más propio del invierno que de un final de verano. Y además él no es un marino experto como su madre. Pero ha salido a pesar de todo, porque necesita volver a ese lugar una vez más. Aunque es muy probable que esta noche no consiga nada, porque el viento tapa con su rugido el sonido del mar y las olas pegan contra el casco del *Hirondelle* como si estuvieran hechas de otra materia; como sacos de tela rígida, cargados de piedras.

Está inquieto, aferrado al timón del barco, que parece a cada rato a punto de rendirse. Pero no se rinde. Y él tampoco va a hacerlo; va a llegar hasta ese lugar preciso; conoce el rumbo a seguir y las coordenadas exactas. Ha fondeado allí muchas noches seguidas.

Grita para darse ánimos uno de los tantos consejos que le daba su madre: «Ofrece la amura a la ola si vas a capear el temporal». Vuelve a gritar, como si no estuviera solo y alguien, invisible pero presente, le prestara ayuda: «Ofrece la amura». «Eso hago», responde también en voz alta.

Ya está cerca. Pronto podrá echar el ancla, ajustar el material de grabación y prepararse para pasar la noche en vela, alerta, arropado por la esperanza de volver a escuchar o de que quede registrado en la grabadora, ese sonido único que oyó por primera vez hace unas semanas y que desde entonces le atrae con la fuerza de una revelación, de un consejo vital. «Ofrece la amura». Porque ahora sabe que su música, la música verdadera que compondrá algún día, va a nacer de ahí; que ya está contenida, presentida, anticipada en el interior de ese sonido del mar.

Un sonido que el mar crea como para contradecirse a sí mismo, porque se parece a la voz de un agua quieta, en medio del tumulto del viento y el oleaje. Un agua en calma y sin embargo capaz de resonar, de hacerse oír. Émile describe ese sonido cada vez con un adjetivo distinto: anterior, vacío, original, primero, salvaje, puro, inaugural…

Y ahora, para calmar su inquietud y alentar su confianza, repasa esos adjetivos, aferrado al timón del *Hirondelle*, que sigue adelante a pesar de todo. Primero, salvaje, puro, anterior… Y al repetirlos seguidos, una y otra vez, esos adjetivos no le parecen distintos. Al contrario. Todos apuntan en la misma dirección; todos hablan, a su manera, de un comienzo. Todos le empujan a imaginar una música inocente, sin memoria, sin huellas. Una música como una arena que no se ha pisado.

Quiere alcanzar ese sonido una vez más. Necesita escucharlo y grabarlo también esta noche. Por encima del temor y del mal tiempo. «Ofrece la amura», vuelve a gritar. «Eso hago».

Los agentes llegaron a casa de Émile Gassiat al amanecer. El efectivo estaba formado por los inspectores Massé y Roland de la policía nacional de Arcachón, a los que acompañaban el comisario Canonne y la inspectora Frier, encargados por la fiscalía de Bayona de dirigir el caso.

Se trataba de un inmueble modesto pero en buen estado, situado a dos pasos de la playa y del pequeño puerto del Aiguillon. Émile Gassiat vivía en el tercero B. Los inspectores Frier y Massé se quedaron en el exterior del edificio, cubriendo la entrada. No había ascensor. Los otros dos policías subieron discretamente por las escaleras, hasta el piso; el comisario Canonne se quedó atrás mientras Roland llamaba a la puerta… una vez, dos veces, sin éxito.

—Abra, policía —dijo a la tercera.

Entonces se abrió de par en par la puerta vecina y apareció en el descansillo un hombre de unos sesenta años, vestido con un chándal de algodón gris, apoyado en dos muletas.

—Si buscan a Gassiat, no se molesten en insistir porque no está. Por cierto, ¿para qué lo buscan?

—Buenos días, señor… —le contestó el inspector Roland.

—Artigues. André.

—¿Vive usted aquí, señor Artigues?

—Desde hace más de treinta años.

—¿Y cómo sabe que su vecino no está en casa?

—Porque le oí cerrar la puerta del piso ayer por la noche, estas paredes son como papel de fumar; y luego me acerqué a la ventana y le vi salir del portal.

—¿Cómo sabe que aún no ha vuelto?

—Porque cuando sale a navegar acostumbra a volver más tarde, con la mañana bien puesta en su sitio. Y de todas maneras yo duermo fatal, por los dolores en las piernas, no se imaginan… Y le habría oído si hubiera vuelto más temprano. Aquí se oye todo… No se imaginan.

«Sobre todo cuando se pega el oído», estuvo a punto de responder el comisario Canonne, pero se contuvo a tiempo. Ese vecino tan indiscreto parecía una mina de valiosa información y no quería predisponerle en contra. Se le había confiado la dirección de la operación con el acuerdo de la policía local; así que se adelantó y se colocó delante del umbral de Artigues, que había retrocedido unos pasos y estaba otra vez dentro de su casa.

—Soy el comisario Canonne, de la policía judicial. Quisiera

hacerle, si le parece bien, algunas preguntas.

—¿Qué ha hecho ese chico?

—Ha dicho que, cuando sale a navegar, vuelve más tarde. ¿Cómo sabe que salió a la mar?

—No puedo confirmarlo porque desde mi ventana no se ven los amarres del puerto, pero llevaba la ropa y la gran bolsa negra, de loneta, que coge cada vez que sale en barco.

—¿Qué sabe usted de ese barco? ¿Es de Gassiat?

—Sí. Un viejo Estéou que heredó de sus padres. Sirve para cortas salidas de pesca, pero poco más. No se habrá arriesgado a ir muy lejos, sobre todo con la tormenta de esta noche. No tardará en volver. ¿Qué ha hecho ese chico?

—Dice que el barco lo heredó. Es decir, que sus padres han muerto.

—Sí, los dos a la vez. Con lo jóvenes que eran… Un accidente, al parecer.

El inspector Roland debió de sentir el mismo acelerón de pulso que Canonne, porque se acercó al comisario y le buscó con la mirada.

—¿Qué quiere decir con «al parecer»? ¿De qué tipo de accidente estamos hablando? ¿Algo extraño?

—No, no, comisario, me he expresado mal. Hablo de un accidente de tráfico de lo más vulgar. Un conductor borracho que se saltó un *stop*.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Unos cuatro años.

—Por lo que veo, debe de tener usted muy buena relación con su vecino para saber tantas cosas de él.

—No, qué va. En realidad, ni buena ni mala. Lo que quiero decir es que esa información no me la ha dado él. Porque no se puede decir que sea hablador ese chico, más bien todo lo contrario. Educado sí, eso no hay quien se lo quite. Pero no le sacas de las fórmulas de siempre, no sé si me entienden: «buenos días, buenas tardes…» y frases por el estilo.

—Y entonces ¿quién le ha hablado del barco y del resto?

—Me lo ha contado un amigo portugués. Amarra su barco al lado del de Gassiat.

—¿Cómo se llama ese amigo?

—Étienne. Étienne Clavé. Pero no se molesten en ir a buscarle porque no está en Arcachón. Su segunda mujer es portuguesa y se van siempre a casa de la familia de ella en septiembre.

—¿Y el nombre del barco?

—El *Elisa*. Una aventura de juventud, según él. Pero nunca ha querido decirme más. A lo mejor para no enfadar a la portuguesa.

—Es el nombre del barco de Gassiat el que nos interesa.

—El *Hirondelle*. Un pequeño Estéou de los ochenta, pero todavía aguanta. Aunque ayer hacía un mal día para navegar. La verdad es que son resistentes esos barcos, mucho mejores que los que fabrican ahora. Y ese chico no lo maltrata. Quiero decir que no lo usa para pescar, se ve. Solo para esos extraños paseos nocturnos.

—¿Por qué extraños?

—Porque no pesca, ya se lo he dicho. Y de noche no se ve mucho paisaje que digamos.

—¿Siempre navega de noche?

—Últimamente sí. Aunque ayer hacía mal tiempo para navegar. Pero esos barquitos son muy resistentes. No tardará en llegar. ¿No me pueden decir para qué lo buscan?

—Gracias por su colaboración.

La playa del Aiguillon estaba vacía. Era demasiado temprano para los turistas o los bañistas habituales, y además el día se anunciaba muy fresco para un mes de septiembre, casi invernal. Solo algunas gaviotas aterrizaban de vez en cuando sobre la arena triste, echaban a su alrededor una ojeada rápida y desencantada, y volvían a emprender el vuelo con el pico vacío.

«No como nosotros —se dijo el comisario Canonne—, que estamos a punto de llevarnos algo jugoso a la boca».

Y es que el barco que estaban esperando se acercaba.

—Ahí está —había dicho el inspector Masseé, que estaba vigilando con prismáticos la entrada del puerto—. Coincide con la descripción. Mire, comisario.

Era él, sin duda. Habían consultado en internet, mientras esperaban, las características del modelo. Y de todas maneras, ya estaba muy cerca y se distinguía también, de pie frente al timón, al único ocupante del barco.

Le abordaron en cuanto subió al muelle. Llevaba ropa g>ruesa, de marino, y un gorro de lana, y sin embargo lo primero que llamaba la atención en él, diría después la inspectora Frier, era «su atractivo y su elegancia; una elegancia natural, juvenil y al mismo tiempo antigua. Como de foto en blanco y negro. Uno de esos chicos guapos de Robert Doisneau».

El joven recibió sin sorpresa a la policía y el anuncio de que tenía que acompañarles a la comisaría. «Como si nos estuviera esperando», pensó Canonne; y con una serenidad e impasibilidad que rara vez acompañaban al desconcierto de la inocencia. Los inocentes tendían a ser mucho más expresivos: muecas, gestos o expresiones indignadas contra la injusticia de su detención.

Émile Gassiat no hizo nada de eso. Permaneció silencioso, pasivo pero no aturdido, frente a la acción de la policía. No se opuso a que los agentes registraran la bolsa con el material de grabación que llevaba con él; ni el barco, donde no encontraron nada de interés; ni más tarde el apartamento.

Nada más entrar en el piso, Canonne se dijo que ya tenían a su hombre. Porque el orden que reinaba en aquel lugar era mucho más propio de un asesino frío, metódico y extremadamente cuidadoso, que de un joven de veintiséis años. Los libros y revistas en perfecta alineación en las baldas. Los cuadernos, el papel pautado y los lápices y plumas impecablemente ordenados sobre el escritorio. Y los pocos y finos muebles que allí había, colocados como para la

fotografía de una revista de decoración; con piano de cola incluido, orgullosamente situado en el ángulo más luminoso de la gran estancia que debía de hacer las veces de salón, comedor y estudio.

En el baño y en el dormitorio, la policía encontró la misma pulcritud y el mismo orden. En el armario ropero y en los cajones, prendas y accesorios de moda en perfecto estado y sin duda de calidad.

Los agentes hicieron fotografías; se llevaron para analizarlos el material de grabación, el ordenador y los cuadernos de música de Gassiat; pasaron por la comisaría de Arcachón para completar las formalidades de traslado y subieron al detenido en el coche que lo conduciría hasta las dependencias de la policía judicial de Bayona.

Durante el trayecto de más de dos horas hasta Bayona, Gassiat no abandonó su actitud impasible ni su silencio. Y se mantuvo igual mientras, ya en la comisaría, se cumplían las formalidades de ingreso.

Pero cuando finalmente entró en la sala de interrogatorios, de pie frente a la mesa desnuda, de pronto se echó a llorar. Sin ruido ni muecas, solo las lágrimas que le atravesaban el rostro y caían espesas y lentas como gotas de ácido, pensó el comisario, hasta perderse en su jersey oscuro de marinero. Pero las gotas de llanto no queman la piel.

Canonne le tendió la caja de pañuelos de papel.

—Siéntese, señor Gassiat. Y cálmese.

—Gracias. Y perdone. Estoy conmocionado. La noticia de la muerte de Elisabeth…, de *madame* Audiard…

—Tiene derecho a que le asista un abogado ya desde esta primera audición, que va a ser grabada.

—No necesito abogado. No he hecho nada.

—Como quiera. Voy a empezar preguntándole por su relación con la víctima. Sabemos que se comunicaban a menudo por teléfono.

—Éramos amigos.

—¿Buenos amigos?

—No sé qué sentido tiene para usted la palabra buenos.

—Se lo preguntaré de otra manera: ¿eran ustedes amigos íntimos?

No contestó enseguida. La misma meticulosidad que dedicaba a la decoración de su casa, y que había aplicado seguramente a la ejecución de su crimen, marcaría también su lenguaje. Canonne lo vio claro enseguida, y le pareció una buena señal. Sabía por experiencia que los asesinos caían con frecuencia en la trampa de su propia exactitud.

El joven preguntó primero si podía coger otro pañuelo.

—Los que quiera.

Volvió a enjugarse los ojos y entonces contestó:

—Sí.
—¿Amigos íntimos, entonces?
—Sí.
—¿Una intimidad también física?
—Sí.
—¿Significa eso que mantenía usted relaciones sexuales con esa mujer tan mayor?
—Cada uno tiene sus preferencias.
—Sobre todo cuando las mujeres en cuestión son ricas.
No reaccionó a la dureza del comentario, se limitó a responder en el mismo tono pausado:
—El dinero no tiene nada que ver.
—Conteste a mi pregunta: ¿mantenía usted relaciones sexuales con la víctima?
—Sí.
Había cogido otro pañuelo y se lo había llevado a los ojos de nuevo, pero lo había retirado de su cara antes de responder. «Ha respondido a cara descubierta —pensó Canonne— y con la tranquilidad de quien se está refiriendo a algo perfectamente natural. El comisario también vio en esa actitud un buen augurio. No crea espacios para ocultarse, acabará por revelarlo todo».
—De acuerdo, señor Gassiat, de manera que eran ustedes amantes. ¿Y no estaba con ella en Biarritz el día que la asesinaron? ¿Ni en los días anteriores?
—No. No nos veíamos desde junio.
—¿Se veían a menudo?
—Dos veces al mes.
—¿En Biarritz?
—No, siempre en París.
—¿En qué tipo de lugares quedaban?
—Cafés, restaurantes…
—¿Hoteles, apartamentos?
—También.
—¿Los reservaba usted?
—No. Ella siempre se ocupaba de todo.
—O sea que quedaban en hoteles o pisos de paso, alquilados para la ocasión.
—Sí.
—Es decir, igual que el apartamento de Biarritz donde apareció asesinada y que había alquilado pese a estar alojada en un estupendo hotel. ¿No estaba usted con ella esa noche?
—Ya le he dicho que no la veía desde junio.
—¿Para qué entonces iba a alquilar *madame* Audiard ese apartamento si no era para reunirse con usted como de costumbre?
—No lo sé. Y además ya le he dicho que siempre nos veíamos en

París.

—Pero ahora es verano y la gente viaja.

—No nos veíamos desde junio.

—Usted es un hombre muy joven y ella era una anciana. Y millonaria, además. No le extrañará que le pregunte si por esas relaciones sexuales que mantenía con la víctima recibía usted alguna forma de compensación.

—¿Qué quiere decir con compensación?

—Gratificación, beneficio… ¿Recibía usted algo de eso por acostarse con la víctima?

—Sí, claro.

—¿De qué tipo? ¿Dinero?

—No.

Gassiat respondía, pensó el comisario, como había debido de administrar el ácido: despacio, gota a gota. Con una parsimonia exasperante.

—Entonces ¿qué compensación? Necesito que sea más preciso.

—La compensación que esperan y buscan los amantes. Todos los amantes, supongo.

—¿Y qué es?

—Placer.

Canonne sintió una punzada de dolor en la encía, que era donde le dolía ahora todo. No quería meter a Laure en esa sala de interrogatorios, pero la acababa de meter. Acababa de llenar su cabeza con imágenes de su placer. La cara de Laure, antes, durante, después del placer. Y no pudo evitar pensar también en la última visita de su mujer, ¿podía aún llamarla así?, un encuentro que no contaba para el placer; todo había sido distinto esos días, por el maldito implante fallido.

—*Madame* Audiard tenía ochenta años, señor Gassiat.

—Ya lo sé.

—Y usted tiene veintiséis años y es un hombre atractivo. ¿Quiere hacerme creer que era placer lo que buscaba al lado de esa mujer?

—Sí. Placer. Para los dos.

Y lo había dicho del modo más natural del mundo, sin el menor signo de pudor o de duda. Canonne tampoco había dudado nunca de que el placer con Laure fuera compartido. Para los dos. Pero ahora le faltaba un diente y era como quitarle una pieza clave a todos los puzles, que él había creído completos, de su vida. De repente veía un hueco negro en el centro de muchas de sus certezas. De las más importantes; porque en ese momento estaba pensando «en placer para los dos» como si fuera algo de lo que pudiera dudarse. Aquel interrogatorio le estaba agotando; no podía seguir; así que se alegró de ver, a través de la puerta acristalada, los gestos con los que la inspectora Frier le pedía que saliera.

Le dijo al joven:

—Le voy a dejar descansar un momento. Y mis colegas le darán algo de beber o de comer si quiere.

—Gracias, pero estoy bien.

—Vamos a interrumpir el interrogatorio de todas maneras. Necesita descansar un poco.

—¿Podría hacer una llamada?

—Ya le hemos informado de que tiene derecho a hacer una.

—Me gustaría hacerla ahora.

—De acuerdo. Uno de mis colegas le ayudará.

—Gracias.

Al anochecer llamó el juez de Instrucción; quería ver al comisario enseguida. A Canonne le gustaba colaborar con el juez Maillard, porque era un apasionado de su trabajo que se metía a fondo en cada expediente, que nunca dejaba cabos sueltos ni pistas sin investigar por muy improbables o fantasiosas que parecieran de entrada. Y que mantenía, además, con la policía una relación fluida y cordial, basada en la estima y la confianza, como le repetía a menudo al comisario en un tono siempre afectuoso.

Pero en esta ocasión el juez Maillard le recibió sin amabilidad, casi bruscamente:

—¿Algún resultado, comisario?

—De momento nada, señoría. Pero estoy convencido de que tenemos a nuestro hombre. Ya ha reconocido que era amante de la anciana.

—¿Y que ella le pagaba?

—No, eso no quiere admitirlo. Dice solo que le hacía regalos. Pero encaja con el perfil psicológico que nos dio el forense y no tiene coartada ni para el día ni para la noche del crimen. Y tenemos sobre todo algo muy importante, yo diría que decisivo.

—¿De qué se trata?

—Hemos encontrado en su casa, en su ordenador y en sus cuadernos unos dibujos con líneas que, aunque no son idénticas, recuerdan a las que el asesino trazó sobre la piel de la víctima.

—¿Me los ha traído usted?

—Sí.

Canonne le tendió la carpeta que contenía varias hojas cubiertas con esas líneas y las fotografías del cadáver. El juez las observó durante un buen rato. Por fin preguntó:

—¿Cree usted de verdad que se parecen, comisario? Yo no lo veo muy claro.

—Exactamente no. Pero se acercan. Y Gassiat parece bastante cauteloso, en absoluto el tipo de persona que comete el error de

conservar los diseños idénticos en su casa.

—Y, sin embargo, ha conservado estos.

—Tal vez porque le interesa; justifica estos dibujos repetitivos diciendo que son líneas melódicas de sus composiciones.

—Ya veo. No tengo que recordarle, Canonne, lo delicado que es este asunto. Esa señora asesinada tenía amigos poderosos en todas partes. Necesitamos resolver el caso cuanto antes.

—Sobre todo porque hay una segunda mujer en París.

—Sí, ya estoy informado. Nada menos que Irène Duroudier.

—Ya hemos hablado con ella por teléfono, pero no puede aportarnos nada que nos ayude de verdad. Solo conocía a la víctima de forma indirecta; y tampoco sabía que estuviera relacionada con Gassiat. En realidad, para ella no es Émile Gassiat, sino Maurice Darbo. Un nombre de artista, como él dice.

—¿Usaba un nombre falso también con la muerta?

—Sí, lo ha reconocido, aunque no le hemos dicho cómo hemos obtenido la información. Todavía no hemos hablado con él de esa segunda mujer.

—¿Usted sabe a qué familia pertenece esa mujer?

Canonne repitió las mismas palabras que el fiscal había elegido para describir a la víctima cuando abrieron el caso:

—A una familia más que notable, con amigos en las esferas más influyentes.

—Eso es. E incluso peor, si ve lo que quiero decir. Me acaban de informar. Es tía de alguien colocado muy arriba en la Administración. Muy arriba.

—Gassiat nos ha pedido la llamada y es a ella a quien ha llamado. Al mismo móvil que teníamos registrado.

—Lo que faltaba. Debe de tener muy buena relación con ella. ¿Cuánto tiempo lleva detenido?

—Desde esta mañana, a las nueve menos cuarto.

—Pues tráigamelo mañana a esa hora. Quiero empezar a interrogarle yo mismo cuanto antes. Y esperaremos aquí a que llegue el abogado que le han contratado en París. Alguien se está dando mucha prisa en la capital.

Ese abogado se llamaba Albert Larten. El juez Maillard no lo conocía, pero había buscado su perfil en internet. Otro excéntrico en material sexual, había pensado nada más ver sus fotografías en la red. Y eso era justo lo que no necesitaba un caso como el que tenía sobre la mesa. Porque seguro que alguien con el aspecto físico de ese abogado iba a hacerse notar, y mucho, en el juzgado, en la ciudad. Y en los medios de comunicación.

—*Maître* Larten. ¿Lo conoce usted, comisario?

Me enfrenté a él, estuvo a punto de responder Canonne, pero se detuvo.

—Coincidimos en un caso, hace unos años.

—Una personalidad *original*, por lo que he visto en internet.

—Sí, desde luego. Pensaba que ya no ejercía de abogado, solo de detective privado.

—Y de crítico de vino.

—Menos mal que me has sacado de ahí, Frier, no podía más. Este tío nos ha dicho que no ha dormido en el barco, que se ha pasado la noche en vela, grabando el mar, pero no muestra el menor signo de cansancio. En cambio, yo estoy muerto.

—Tengo algo que va a animarte.

Y le condujo hasta la dependencia donde los técnicos estaban analizando el material encontrado en casa de Émile Gassiat.

—Tienes que ver esto.

La pantalla del ordenador mostraba formas y trazos curvos que, aunque no seguían el mismo patrón, tenían bastante similitud con las líneas que cubrían el cadáver de la anciana.

—Hay montones de archivos con estos dibujos en el ordenador de Gassiat. Y en los cuadernos de música. Mira.

En muchas de las páginas, junto con anotaciones musicales en partituras clásicas, aparecía el mismo tipo de líneas curvas; de ondulaciones que dibujaban sobre el papel el relieve de un paisaje suave, de colinas. O el cuerpo de una mujer, sentenció el comisario Canonne en su cabeza. Y volvió a ver a Laure.

—¿Te has animado o no?

—Desde luego que sí. Parece cada vez más claro que tenemos a nuestro hombre. Necesito que me imprimas uno de estos archivos, Frier. Cuando esté listo, me lo llevas a la sala de interrogatorios junto con las fotos de la muerta. Con esto delante de los ojos, no creo que tarde en confesar. Es evidente que es un tipo metódico y calculador, pero no creo que sea frío. Hace un momento se ha echado a llorar.

—Seguro que en algún lado tiene un punto sensible.

—Solo tenemos que encontrarlo y estas imágenes van a ayudarnos mucho. Encontrar ese punto sensible, pulsarlo y Gassiat se va a abrir como… —El comisario no encontraba un segundo término para la comparación—. Como un ascensor —dijo por fin, acordándose del título de una vieja película. Un ascensor hasta la confesión y la cárcel.

—Para una buena temporada.

—Por cierto, ¿habéis examinado ya su móvil?

—Sin actividad desde junio. Es un modelo bastante reciente; con geolocalización. Y lo que nos dice el historial es que no lo ha movido de su apartamento de Arcachón en todo el verano.

—No importa. Todo el mundo sabe que un móvil encima delata todos tus desplazamientos. Pudo dejarlo en casa a propósito, como

coartada, antes de viajar a Biarritz.

—Ya sabemos que el 27 de agosto las llamadas a la víctima se hicieron desde el otro número con un móvil antiguo.

—Del que luego el asesino pudo desprenderse con facilidad. Lo importante son estos dibujos y las fotos de la muerta. Prepáralo y llévamelo enseguida.

El comisario Canonne volvió a la sala de interrogatorios. El sospechoso parecía no haberse movido de su sitio.

—¿Ha hecho usted su llamada?

—Sí, gracias.

Desde luego, no había alterado su actitud. Seguía igual de tranquilo, más que antes incluso porque sus ojos estaban ahora perfectamente secos, sin rastro de la perturbación del llanto.

—¿Dónde estaba usted el día que asesinaron a madame Audiard?

—En Arcachón. Casi no me he movido de ahí en todo el verano.

—Acláreme lo de «casi».

—Solo he salido a navegar algunos días.

—Noches.

—Sí, noches.

—¿Por qué siempre de noche?

—Porque no hay gente navegando ni otros sonidos aparte de los que crea la naturaleza.

—¿Y no ha hecho nada más?

—También he ido un par de veces a Burdeos.

—¿Por alguna razón particular?

Pareció vacilar. Por fin dijo:

—A pasear o de compras.

—Ya veo. Es usted muy gastador, ¿verdad? Le gusta comprar.

—No. En absoluto.

—Y sin embargo, en su apartamento hemos visto bastante ropa y accesorios. Y no de los baratos. ¿De qué vive usted, señor Gassiat? ¿Trabaja?

—Compongo música.

El comisario Canonne recordó la recomendación del forense: Busquen a alguien con veleidades artísticas.

—¿Y se gana la vida con eso?

—De momento, no; pero confío en hacerlo algún día.

—Y mientras tanto, ¿de qué come y mantiene su barco y viaja a París y compra ropa cara?

—Mis padres murieron hace unos años. Me dejaron una pequeña herencia y también recibí una indemnización, porque los mataron con un coche. Con ese dinero puedo seguir viviendo, sin otros ingresos, todavía un tiempo.

—¿Cuánto vale el piano de cola que hemos visto en su casa? Según las notas que me han pasado mis colegas…, un Yamaha…

La inspectora entró en ese momento y depositó sobre la mesa que había entre los dos una carpeta.

—Gracias, Frier.

Émile Gassiat esperó a que saliera la agente antes de responder:

—Sí. Un Yamaha C5X. Se puede poner en modo silencio y tocar sin molestar a los vecinos.

—¿Cuánto vale?

—Unos cuarenta mil euros.

—¿Lo ha pagado usted?

—No. Es un regalo.

—¿De la víctima?

—No.

—Se lo voy a volver a preguntar porque no lo tengo aún del todo claro. ¿Recibía usted dinero de la anciana asesinada o de otras mujeres?

—No.

—Pero regalos sí.

—A veces sí.

—Tan valiosos como un piano de cuarenta mil euros…

—El valor de un regalo no se mide por el precio, que siempre es relativo.

—No me dé lecciones de filosofía barata. A usted solo parece interesarle lo caro.

El comisario esperaba una reacción por parte de Gassiat, una fisura por algún lado en su actitud. En vano. El sospechoso no respondió ni hizo el menor gesto. Canonne abrió entonces la carpeta y fue colocando frente al joven, una a una, las fotografías hechas en el escenario del crimen.

—Quiero que mire con atención estas fotografías. Se las hicimos a *madame* Audiard, su amiga íntima, cuando la encontramos asesinada en un apartamento de Biarritz que no es precisamente de alta gama, aunque el precio de las cosas siempre sea relativo.

Gassiat miró despacio las fotografías que le señalaba el comisario. Fuera cual fuera el impacto que le produjeron, lo guardó para sí. El comisario volvía a impacientarse.

—Bueno, ya está bien de retórica. ¿La mató usted?

—No.

—¿Le hizo usted sobre la piel esos dibujos?

—No.

—¿Por qué se parecen entonces tanto a estos que hemos encontrado en sus cuadernos y en su ordenador?

Le extendió la hoja que había imprimido la inspectora.

—No se parecen en nada.

—Yo, en cambio, creo que sí. Veo detrás de ellos la misma mano y el mismo objetivo.

—Lo que se ve en esta página son ondas de sonidos del mar. Los grabo y luego hago estos dibujos, y a partir de ahí, imagino líneas melódicas nuevas.

—¿La mató usted, señor Gassiat, y, una vez muerta, le dibujó estas macabras líneas melódicas en la piel?

El joven se tapó un instante la cara con las manos. Tenía unos dedos largos y finos, de mujer, pensó el comisario. Manos acostumbradas a los gestos delicados, meticulosos, lentos. Gota a gota.

—¿La mató usted?

—No. No insista, por favor. No. No. Yo nunca le hubiera hecho el menor daño.

—Y, sin embargo, utilizaba con ella un nombre falso: Maurice Darbo. ¿Lo reconoce?

—Ya lo saben.

—Lo sabemos, sí —contestó el comisario sin dar más detalles; no quería mencionar aún a la segunda mujer—; ¿lo reconoce?

—Sí, pero no es un nombre falso, es mi nombre de músico. El que uso para mis composiciones.

—¿No le sirve el suyo?

—Es difícil de explicar; pero quiero entrar en la música como en otro principio.

—¿Y para eso necesita otro nombre?

—Sí.

—Un nombre, digamos, artístico.

—Sí, se puede decir de esa manera.

Y Canonne pensó que, después de todo, el pipiolo del forense estaba acertando.

Al anochecer llamó el juez de Instrucción; quería ver al comisario enseguida. A Canonne le gustaba colaborar con el juez Maillard, porque era un apasionado de su trabajo que se metía a fondo en cada expediente, que nunca dejaba cabos sueltos ni pistas sin investigar por muy improbables o fantasiosas que parecieran de entrada. Y que mantenía, además, con la policía una relación fluida y cordial, basada en la estima y la confianza, como le repetía a menudo al comisario en un tono siempre afectuoso.

Pero en esta ocasión el juez Maillard le recibió sin amabilidad, casi bruscamente:

—¿Algún resultado, comisario?

—De momento nada, señoría. Pero estoy convencido de que tenemos a nuestro hombre. Ya ha reconocido que era amante de la anciana.

—¿Y que ella le pagaba?

—No, eso no quiere admitirlo. Dice solo que le hacía regalos. Pero encaja con el perfil psicológico que nos dio el forense y no tiene coartada ni para el día ni para la noche del crimen. Y tenemos sobre todo algo muy importante, yo diría que decisivo.

—¿De qué se trata?

—Hemos encontrado en su casa, en su ordenador y en sus cuadernos unos dibujos con líneas que, aunque no son idénticas, recuerdan a las que el asesino trazó sobre la piel de la víctima.

—¿Me los ha traído usted?

—Sí.

Canonne le tendió la carpeta que contenía varias hojas cubiertas con esas líneas y las fotografías del cadáver. El juez las observó durante un buen rato. Por fin preguntó:

—¿Cree usted de verdad que se parecen, comisario? Yo no lo veo muy claro.

—Exactamente no. Pero se acercan. Y Gassiat parece bastante cauteloso, en absoluto el tipo de persona que comete el error de conservar los diseños idénticos en su casa.

—Y, sin embargo, ha conservado estos.

—Tal vez porque le interesa; justifica estos dibujos repetitivos diciendo que son líneas melódicas de sus composiciones.

—Ya veo. No tengo que recordarle, Canonne, lo delicado que es este asunto. Esa señora asesinada tenía amigos poderosos en todas partes. Necesitamos resolver el caso cuanto antes.

—Sobre todo porque hay una segunda mujer en París.

—Sí, ya estoy informado. Nada menos que Irène Duroudier.

—Ya hemos hablado con ella por teléfono, pero no puede aportarnos nada que nos ayude de verdad. Solo conocía a la víctima de forma indirecta; y tampoco sabía que estuviera relacionada con Gassiat. En realidad, para ella no es Émile Gassiat, sino Maurice Darbo. Un nombre de artista, como él dice.

—¿Usaba un nombre falso también con la muerta?

—Sí, lo ha reconocido, aunque no le hemos dicho cómo hemos obtenido la información. Todavía no hemos hablado con él de esa segunda mujer.

—¿Usted sabe a qué familia pertenece esa mujer?

Canonne repitió las mismas palabras que el fiscal había elegido para describir a la víctima cuando abrieron el caso:

—A una familia más que notable, con amigos en las esferas más influyentes.

—Eso es. E incluso peor, si ve lo que quiero decir. Me acaban de informar. Es tía de alguien colocado muy arriba en la Administración. Muy arriba.

—Gassiat nos ha pedido la llamada y es a ella a quien ha llamado. Al mismo móvil que teníamos registrado.

—Lo que faltaba. Debe de tener muy buena relación con ella. ¿Cuánto tiempo lleva detenido?

—Desde esta mañana, a las nueve menos cuarto.

—Pues tráigamelo mañana a esa hora. Quiero empezar a interrogarle yo mismo cuanto antes. Y esperaremos aquí a que llegue el abogado que le han contratado en París. Alguien se está dando mucha prisa en la capital.

Ese abogado se llamaba Albert Larten. El juez Maillard no lo conocía, pero había buscado su perfil en internet. Otro excéntrico en material sexual, había pensado nada más ver sus fotografías en la red. Y eso era justo lo que no necesitaba un caso como el que tenía sobre la mesa. Porque seguro que alguien con el aspecto físico de ese abogado iba a hacerse notar, y mucho, en el juzgado, en la ciudad. Y en los medios de comunicación.

—*Maître* Larten. ¿Lo conoce usted, comisario?

Me enfrenté a él, estuvo a punto de responder Canonne, pero se detuvo.

—Coincidimos en un caso, hace unos años.

—Una personalidad *original*, por lo que he visto en internet.

—Sí, desde luego. Pensaba que ya no ejercía de abogado, solo de detective privado.

—Y de crítico de vino.

3

LOS OTROS

Larten ayudó a la anciana a subir a la autocaravana. El interior era reducido aunque confortable. Dos sillones de cuero, azul Francia, situados frente a frente y en torno a una mesa abatible de haya. En la misma madera clara, armarios de buen acabado y unas baldas donde convivían, perfectamente alineados, tratados de Derecho, novelas y guías de vino.

Larten ofreció a la mujer el sillón más próximo a la puerta, el que reservaba para sus clientes.

—Hay que reconocer que es bastante original —dijo ella mientras dejaba el bolso sobre la mesa y se sentaba—, no creo que haya muchos abogados en París que hayan instalado su despacho en una caravana.

—En realidad, me dedico sobre todo a trabajos de investigación privada, ya se lo he dicho por teléfono, y lo ha debido de ver en mi web.

—Mejor, en este asunto vamos a necesitar las dos cosas. Y de todas maneras, tampoco creo que haya muchos detectives con una oficina como la suya, señor Larten. ¿Le parece bien que le llame así?

—Larten bastará.

—Imagino que es práctico. Me refiero a un despacho móvil.

—Sí. Esta profesión exige desplazarse con frecuencia.

—Y usted prefiere tenerlo todo cerca. Al alcance de la mano, en todo momento.

—Supongo que tiene razón.

Ella había apoyado las manos sobre la mesa y le temblaban. Pero, aunque aquella mujer ya había cumplido ochenta años, no era la edad lo que agitaba con aquel ritmo violento sus dedos. No, violento, no; Larten apartó enseguida esa palabra de su cabeza. En aquella mujer se presentía una gran fuerza, pero sin violencia alguna. El temblor de sus manos lo producía una emoción poderosa que él no sabía aún identificar.

—Antes que nada, quisiera darle las gracias, Larten, por recibirme con esta prontitud. Ya le he explicado por teléfono, a grandes rasgos, cuál es la situación y la urgencia también. Pero lo que no le he dicho aún es la razón por la que lo he elegido a usted. Y quisiera, si le parece bien, decírselo ahora. Creo que puede influir, en el sentido que yo desearía, en su decisión de aceptar o no el caso.

—La escucho.

—Mi familia está, entre otras actividades, en el negocio del vino y

conoce por ello su web. Le voy a ahorrar, por desagradables, los comentarios que hicieron una vez delante de mí sobre usted.

Larten sonrió. Aquella mujer empezaba a gustarle.

—Pero quiero que sepa que lo que a ellos les desagrada, a mí no. Lo que a ellos les resulta censurable de su apariencia y su actitud física a mí me resulta interesante y estimulante. Así que he profundizado un poco en su perfil y seguido con regularidad las entradas de su blog, *El Detective del Vino*. Sin saber, claro, que algún día iba a necesitarle. Pero ese día ha llegado. Porque no solo quiero a un abogado que saque a ese muchacho de la comisaría lo antes posible y a un detective capaz de encontrar al verdadero culpable para que se acaben las sospechas y los equívocos de una vez para siempre. Quiero también a alguien que lo mire a él y sus opciones de vida con respeto, pero además con naturalidad, sin sorpresa. Lo que se reconoce como natural no sorprende. Y creo que usted, Larten, es la persona más indicada para entender lo que le planteo, porque esa naturalidad seguro que la habrá deseado también para usted mismo.

—Le agradezco su confianza.

—Por eso he venido a pedirle que lo represente.

Tal vez esa emoción que hacía que temblaran no solo sus manos, sino ahora también su mentón y sus labios era el desconcierto de tener que pedir: «le necesito, le pido, vengo a pedirle», para alguien que parecía acostumbrada solo a dar órdenes. Debía de importarle mucho ese joven. Larten se giró en la silla para sacar de uno de los armarios una pluma y una libreta de notas.

—¿Significa eso que acepta el caso?

—Déjeme primero hacerme una idea más precisa de la situación. Parece usted muy segura de la inocencia de ese joven… ¿Estaba con usted el día del crimen? ¿Puede proporcionarle algún tipo de coartada?

—Si hubiera estado conmigo, se lo habría dicho de inmediato a la policía. No crea que lo hubiera dudado ni un instante. Pero no estaba conmigo. No nos vemos en verano, son meses muy incómodos, todo el mundo se empeña en reunirse. Pero Maurice es incapaz… Bueno, en realidad no se llama Maurice, sino Émile; me lo ha dicho la policía, Émile Gassiat.

—No arregla las cosas que haya estado utilizando un nombre falso.

—¿De verdad le parece importante?

—No es lo que me parezca a mí, madame Duroudier…

—Irène bastará.

—Sino cómo eso afecta a su credibilidad.

—Maurice o Émile, da igual, es incapaz de hacer una cosa así. Además, me ha asegurado por teléfono que es inocente y yo le creo.

Y de todas maneras, ¿qué quiere decir un nombre falso? ¿Cuál es el verdadero? ¿El que no elegimos y, aun así, nos persigue en cada documento, tarjeta, billete de avión, ficha médica, cuarto de hotel? ¿Es verdadero el nombre aunque la vida no sea verdadera o verdaderamente una vida? Algunos nombres son una carga pesada y un obstáculo para la dicha. Entiendo que alguien quiera elegir el suyo.

—¿Hace mucho tiempo que le conoce?

—Algo más de tres años.

—¿Se veían con regularidad?

—Dos o tres veces al mes. Y nos escribíamos de vez en cuando. Cartas de las de antes, en papel.

—¿Las conserva?

—No. Y estoy segura de que él tampoco. Hemos acordado destruirlas una vez leídas.

—¿Por qué? Me acaba de decir que confía en él.

—En él, sí, Larten, por supuesto; pero no estamos solos en el mundo.

—¿Conocía usted a la víctima, Elisabeth Audiard?

—Sabía quién era, claro. En algunos ambientes siempre te acaba atropellando la circulación de nombres y referencias. Pero no tenía con esa mujer la menor relación.

—¿Y sabía usted que ella se relacionaba con Émile?

—No. Maurice… Prefiero seguir llamándole así, por su nombre elegido. Maurice no comparte conmigo todas las parcelas de su vida y yo hago lo mismo. Digamos que está nuestro espacio común y luego, el resto.

—Ya me ha comentado por teléfono que a esa mujer la han encontrado muerta en un apartamento de alquiler. ¿Se reunía usted con Émile también en lugares de ese tipo u hoteles?

—No. Siempre en un piso de la calle Claude Bernard que poseo de manera privativa y discreta, quiero decir, fuera de la memoria y el inventario corrientes de los bienes familiares. He conseguido mantener esa propiedad al margen de todo y de todos.

—¿Quién tiene llaves de ese piso?

—Solo yo.

—¿Nunca se las ha dado o prestado a Émile?

—No ha hecho falta. Él suele llegar en tren desde Burdeos, coge un taxi o el metro y yo le espero en casa.

—¿Alguien se ocupa de la limpieza?

—Sí. Pero recibo a esa mujer yo misma.

—Entonces, ¿nadie puede entrar en ese piso sin usted?

—A menos que fuercen la cerradura, lo que no ha sucedido nunca. Ya se imagina lo importante que es para mí preservar ese espacio de intimidad.

—Es justo de esa intimidad de lo que necesitaría que habláramos ahora. ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

—Tal vez un poco de agua, sí, gracias.

Larten se levantó, sacó de uno de los armarios dos copas y de un pequeño frigorífico, cuya puerta estaba recubierta también de la misma madera clara, una botella de agua mineral. La sirvió en ambas copas y volvió a sentarse frente a su clienta. Porque iba a ser su clienta; ya lo había decidido.

—Necesito preguntarle por esa intimidad; y mis preguntas puede que le resulten incómodas.

—No se preocupe. No va a tener que hacérmelas. Sé lo que necesita saber y voy a responderle sin rodeos. —Antes de empezar, bebió un sorbo de agua—. Maurice y yo somos amantes. No voy a negar que, en mi ya larga vida, he perdido algunas veces la cabeza; pero lo que no he perdido jamás es el sentido del ridículo. Así que esas relaciones sexuales que mantenemos no son tarifadas, como creo que se las llama ahora. En fin, que no le pago a ese chico por acostarse conmigo. Soy rica, y le hago la vida más fácil o más agradable en ocasiones, con algún obsequio. Pero no nos une el dinero. Y si estoy en esta camioneta con usted…, por cierto, ¿de qué modelo es?

—¿Se refiere a mí o a la autocaravana?

Larten sonrió abiertamente. También ella, por primera vez.

—Sobre a qué modelo pertenece usted ya me hago una idea —contestó Irène Duroudier sin abandonar la sonrisa—, me refiero al coche.

—Es una Mercedes Sprinter.

—Me gusta. Vuelvo entonces a lo que le decía hace un momento: a Maurice y a mí no nos une el dinero. Y si estoy en esta Sprinter con usted es porque creo que va a aceptar la verdadera naturaleza de nuestra relación y a considerarla con naturalidad.

—Sin sorpresa.

—Ni sospecha.

—Tiene usted razón. Así la considero. Y acepto ocuparme del caso.

A Larten le había costado entender la emoción que agitaba el cuerpo de su clienta, pero la había entendido por fin. No era desconcierto, sino orgullo. El orgullo de llevar en ella aún, a sus años, ese deseo. Y el orgullo de que ese deseo fuera correspondido.

Irène Duroudier abrió su bolso y sacó un sobre amarillo, abultado. Lo apoyó sobre la mesa y lo empujó suavemente hacia Larten.

—Dentro encontrará las notas que he tomado a partir de lo que me han explicado la policía y el propio Maurice cuando me ha llamado por teléfono desde la comisaría. He añadido también

algunos detalles sobre nosotros: fechas, regalos, algunas informaciones, digamos prácticas, que imagino serán útiles en una investigación como la que tiene que iniciar y que prefiero transmitirle por escrito. Encontrará también algo de dinero para sus primeros gastos. No necesitamos hablar de sus honorarios. Aceptaré los que usted decida. Lo que le pido es que viaje a ayudarle cuanto antes. Está detenido en Bayona.

—Cogeré el primer vuelo para Biarritz mañana por la mañana.

—Gracias. Espero entonces sus noticias.

Y se levantó. Larten hizo lo mismo.

—¿Quiere que la lleve a algún lado?

—Se lo agradezco, pero no hace falta. Mi chófer me espera un poco más lejos.

La ayudó a bajar y la vio alejarse, despacio, con un paso ligeramente titubeante que no mostraba, sin embargo, signos de debilidad o amenaza.

Y se vio a sí mismo, muchos años atrás, cuando era un niño aún, una tarde a la salida del colegio. Había empezado a caminar hacia su casa, aturdido, como mareado, por los descubrimientos que acababa de hacer; y no obstante avanzaba con paso firme y determinado, y sin agachar la cabeza, porque se sentía íntimamente feliz y orgulloso de sí mismo.

Irène Duroudier entró en el coche; el chófer cerró la puerta tras ella, volvió a sentarse al volante. Y el Bentley de un azul suntuoso llegó hasta la esquina, giró a la izquierda y desapareció.

Aquella tarde, en el colegio habían empezado a analizar *El tío Goriot*, que iba a ser la lectura de clase durante todo el trimestre. Y en aquel libro Balzac había imaginado la casa Vauquer: «pensión burguesa para los dos sexos y otros». Y él, un niño como cualquier otro, un niño indistinguible aún de los demás, al leer en su libro aquel curioso rótulo había comprendido, con la formidable intuición de la infancia, dos cosas que iban a ser fundamentales en su vida y que, en el camino de vuelta a casa, le provocaban una emoción que le hacía temblar y, al mismo tiempo, le mantenía en pie, como a Irène Duroudier.

La primera le decía que él pertenecería más tarde, cuando creciera lo suficiente y llegara la hora, a la categoría de los *otros*. La segunda, que las buenas novelas son siempre de fiar y que él iba a convertirse en un lector devoto, agradecido.

Albert Larten tenía cuarenta y cinco años, pero todo el mundo le decía que parecía mucho más joven. Tal vez porque en su pelo oscuro, que llevaba siempre muy corto, no había aún la menor presencia de canas. Era alto, cerca de un metro noventa, ancho de hombros y con una tendencia a ganar kilos que conseguía mantener a raya vigilando de cerca la dieta y dando grandes paseos. Andar era una de sus pasiones y París probablemente el mejor escenario del mundo para ejercerla.

Cuando no viajaba, procuraba ir andando a todas partes. Cuando lo hacía en su caravana, aparcaba a suficiente distancia de su destino para poder recorrer a pie, a la ida y a la vuelta, un largo trayecto. Esta vez viajaría en avión, tenía que llegar a Bayona lo antes posible. Pero una vez allí, ya encontraría el momento para caminar por aquella región que conocía bien, que poseía para él, entre otros atractivos, el de sus viñedos: las terrazas de Irouléguy y las colinas donde el *txakoli* se asoma al mar, del otro lado de la frontera.

Además, andar le ayudaba a pensar; no solo a organizar las ideas que ya se habían formado en su cabeza, sino a abrir espacios, limpiar caminos para que lo nuevo pudiera surgir y circular libremente. Andar era alentar la imaginación. Acababa de leer las notas que le había pasado Irène Duroudier y, desde luego, no se podía decir que los investigadores le hubiesen dedicado demasiada imaginación al caso. Para ellos, el que un joven de veintiséis años se acostara con una mujer de ochenta, que además era rica, obedecía a un único patrón, que desde luego tenía un nombre rotundo. Y quien pensaba fácilmente mantenido o gigoló podía decidir también, con la misma facilidad, las cosas que convertían a ese joven, de la noche a la mañana, en el sospechoso número uno de un crimen.

A Larten le gustaban mucho los coches, pero no le habían atraído nunca los de cambio automático. Prefería decidir él mismo cuándo pasar de una velocidad a otra. Con la gente le sucedía lo mismo; tampoco apreciaba las mentalidades automáticas, que iban de un pensamiento a otro, empujadas no por su propia reflexión, sino por la maquinaria, siempre a punto, siempre dispuesta a intervenir, del apriorismo y el prejuicio.

Acabó de vestirse. Había elegido para su cita con Monique el traje azul cobalto que a ella le gustaba especialmente y que podría llevar al día siguiente a la comparecencia de su cliente ante el juez de instrucción. Su idea era dormir en casa de su novia y salir desde allí

hacia el aeropuerto a la mañana siguiente, temprano. Metió en la maleta varias camisas y corbatas, un pantalón y un jersey más informales, el pijama, dos pañuelos de seda, el neceser y una gabardina, porque el tiempo también en el País Vasco se anunciaba otoñal. Cerró la maleta y la llevó a la entrada.

Había quedado con Monique a las ocho y media. Tenía tiempo de sobra para acabar de arreglarse y llegar hasta su casa a pie. Si no hubiera tenido esa comparecencia en el juzgado de Bayona al día siguiente, se habría pintado las uñas con un esmalte *gris urbano* que acababa de comprar. Pero quitarse el esmalte antes de llegar a Bayona iba a ser engorroso y presentarse delante del juez con las uñas pintadas sería forzar demasiado la maquinaría de los pensamientos de cambio automático. Elegiría para esta ocasión algo más discreto. Justo un toque que le permitiera estar en su sitio en aquel asunto tan serio, sin dejar de ser él.

Como un pequeño signo de interrogación altera el rumbo y el sentido de una frase entera, por muy compleja y articulada que sea, Larten quería que aquellos detalles femeninos que incluía en su aspecto o en su indumentaria pusieran al final de cada una de las frases que constituían su identidad, una interrogación. Un punto de agitación para los demás; de búsqueda, de seducción o de vértigo íntimos. De invitación a saltar hacia afuera la tapia del lugar común.

Se puso unas botas de tacón. Y sonrió, diciéndose que era una suerte que las mujeres jóvenes calzaran ahora unos números tan altos. Para la cena se pintó también los labios. Cogió la maleta y salió a la *rue* du Pré-aux-Clercs. Bajaría entre calles, sin prisa, hasta el *quai* Malaquais; y cruzaría el Sena por el Pont des Arts. Monique vivía del otro lado del río, en la *rue* de Lancy. Apenas eran las siete y cuarto. Podría dar un bonito paseo y llegar a su casa puntual.

En el Pont des Arts se oía al viento silbar como un hombre. Como alguien que quiere llamar la atención, pensó Larten, ser escuchado. Se detuvo y se acercó a la barandilla. El Sena corría tranquilo pero determinado hacia su destino inalterable: la anchura de la desembocadura primero y luego la inmensidad del mar abierto. París veía ese recorrido hacia la libertad expresarse ante sus ojos a cada instante. Sin pausa, sin vacilación, sin temor, el río avanzaba hacia ella, día tras día, año tras año, siglo tras siglo, reafirmando y trasmitiendo con la magnífica persuasión de la belleza, su mensaje de independencia y apertura. Y Larten pensó que era justo eso lo que el viento quería recordar con la provocación de su voz.

Si en París no se podía aceptar que una mujer anciana pudiera despertar deseo en un hombre mucho más joven, ¿dónde entonces? O que un hombre…, un hombre pudiera desear a una mujer doblemente, como él hacía, fundido su deseo viril con el que una

mujer siente por otra, ¿dónde entonces?

Larten se alejó de la barandilla, cruzó el puente y prosiguió su camino con la imagen del Sena en la cabeza. Su curso sereno pero resuelto. Su transporte constante de mujeres y hombres y otros como en la novela de Balzac. Si en París no se entendía, no se respetaba, no se acogía con alegría esa diversidad, ¿en qué otro lugar del mundo entonces?

Pulsó el código de acceso y entró en el portal de Monique. Frente al espejo del ascensor se retocó el carmín de los labios. Llamó a la puerta. Monique le abrió sonriente. Se había puesto un vestido negro, ceñido y escotado, que a él le encantaba. Pero en cuanto le vio, la sonrisa se borró de su rostro:

—Si sabes que me disgusta que te maquilles, ¿por qué lo haces? Y además cuando te invito a mi casa a cenar.

—Buenas noches, cariño. Espero que me invites a algo más. He traído la maleta. Me gustaría salir de aquí mañana temprano hacia el aeropuerto.

Monique se apartó de la puerta para dejarle entrar.

—Y encima con esos tacones que te hacen parecer un gigante. Para que todo sea más visible y provocar más.

—Ya sabes que no es provocación, Monique, sino decencia conmigo mismo; y contigo.

—Lo siento, Albert, pero es que no me acostumbro.

—Pues déjame.

Pero no le dejaba. No quería dejarle. Monique vivía sobre aquella peculiaridad de su amante como sobre un alambre suspendido en el aire, siempre a punto de caer de un lado, el del rechazo completo; o del otro, el de la plena aceptación que suponía aceptar también, en el interior de su propio deseo, un mestizaje. Pero no caía, conseguía mantenerse en equilibrio sobre el conflicto que le provocaban las uñas o los labios pintados o los tacones o las joyas o la fantasía de las prendas íntimas de Larten; sobre la confusión que todos estos elementos introducían, más allá de la mera apariencia, en su propia intimidad. Pero no caía. Luchaba contra aquella excentricidad sexual de Larten, pero no la excluía por completo, la dejaba formar parte de su relación. Y Larten la admiraba y la quería más por eso. Es sencillo adherirse a lo que no incomoda. Es fácil instalarse en lo que no reta ni perturba. Monique había aceptado vivir con él en lo difícil, en lo que a veces, cuando estaba de excelente humor, ella llamaba «terrenos escarpados».

—Entonces ¿qué hago, Monique, me quedo o me vuelvo a mi casa?

—Te quedas.

Y le tomó de la cintura y le atrajo hacia ella.

—Tienes que quitarte las botas si quieres que te bese en la boca.

Así no llego.

Émile Gassiat había ratificado ante el juez las declaraciones que había hecho en la comisaría.

—Sin embargo —dijo el juez Maillard—, me gustaría volver sobre algunos puntos, para darle así la oportunidad de aclarar sus respuestas o de rectificar alguna si lo desea. De momento no es demasiado tarde.

—Está todo bien.

—Entonces, ¿insiste usted en afirmar que aparte de la víctima, Elisabeth Audiard, y de Irène Duroudier, con quien ya hemos hablado, que aparte de esas dos señoras no tiene más amigas íntimas?

Y había pronunciado íntimas con un disgusto tan poco disimulado que Larten entendió de inmediato dos cosas. La primera, que al juez lo que más le interesaba era averiguar si había más mujeres de la alta sociedad involucradas en el asunto, es decir, determinar la magnitud del escándalo que el asesinato de Biarritz podría provocar y la presión que eso iba a poner sobre su trabajo. Por un lado, había que mantener a la prensa alejada del filón de noticias que el caso significaba, lo que no iba a resultar nada fácil. Por otro, tenía que evitar caer como un mosquito en la telaraña que iba a tejerse, que sin duda se tejía ya, en torno al asesinato de Elisabeth Audiard; una malla apretada de influencias, recomendaciones, apremios para resolver el asunto cuanto antes y de manera satisfactoria. Maillard se ve a sí mismo como un insecto que está a punto de caer en esa tela pringosa —pensó Larten— y no va a correr el menor riesgo.

Esa fue la segunda cosa que entendió: que el juez iba a decretar la prisión preventiva para Émile Gassiat, a pesar de la debilidad de los elementos que le inculpaban, porque no iba a arriesgarse a ver aparecer, sobre una cama de tercera categoría, el cadáver desnudo y cubierto de horribles quemaduras de otra mujer distinguida. Y que por ello, el resto del interrogatorio iba a estar dirigido casi exclusivamente a aumentar, como bajo el efecto de una lupa, la probabilidad de que el detenido, que respondía a las preguntas con una tranquilidad desconcertante, fuera el asesino frío y meticuloso que describía el informe forense.

Y que además es un gigoló, supuso Larten que estaba pensando el juez.

—Entonces nadie puede confirmar lo que hizo usted el 28 de agosto. Ni el 27, por otra parte, ni el 29.

—Salí a navegar solo, de noche, para grabar los sonidos del mar.

—Los archivos de la grabadora suelen registrar las fechas y las horas exactas en que se realizaron las grabaciones —precisó Larten—, es sencillo de comprobar.

—Lo comprobaremos, letrado, descuide. Pero imagino que los datos de esos archivos pueden alterarse a voluntad, ¿no es así, señor Gassiat?

—Supongo que sí —contestó Émile—, pero yo no lo hago; necesito conservar la fecha, la hora y el lugar exacto de cada sonido.

—Entonces la noche del 28 de agosto, la noche del crimen, salió a navegar. ¿Por dónde?

—Cerca de Arcachón, sin alejarme mucho de la costa. Es un barco pequeño.

—Pero podría haber navegado con él hasta Biarritz, fondeado por allí, y más tarde realizado el viaje de vuelta. Es posible, ¿no?

—No sé. Nunca he hecho un viaje tan largo con mi barco. Solo navego de noche, sin alejarme demasiado de la costa, como le he dicho; solo durante unas horas, y luego vuelvo a casa.

—¿Es lo que hizo la noche del 27 de agosto y también la del 29?

—Sí.

—Pero nadie puede confirmarlo.

—Supongo que no. Yo no he hablado con nadie.

—Y durante el día, después de volver de navegar, ¿qué hizo?

—Lo que acostumbro a hacer: descansar un poco y componer mi música a partir de los sonidos del mar que he grabado.

—Sí, y que luego representa en esas líneas melódicas que tanto recuerdan a las marcas que el asesino dejó sobre el cuerpo de *madame* Audiard. Usted también las ha visto.

—Sí, me han enseñado las fotografías.

—¿No le parece que esas marcas recuerdan mucho a los trazos de los dibujos que hemos encontrado en su casa?

—No. Yo no veo ningún parecido.

«No va a ayudarnos tampoco —pensó Larten— que Gassiat se mantenga en este tono pausado, uniforme, sin vacilaciones ni indicios de emoción». La serenidad de un acusado se veía muy a menudo con recelo. Se la solía interpretar de forma negativa al ver en ella no la expresión de una conciencia tranquila, inocente, sino el producto calculado de una personalidad manipuladora, acostumbrada al fingimiento.

—Le voy a volver a mostrar esas fotografías.

El juez le pasó al joven la carpeta cerrada. Émile la apoyó sobre sus rodillas, la abrió y empezó a repasar despacio las fotografías, sin alterar, tampoco ante aquellas horribles imágenes, la serenidad de su expresión. Larten estaba seguro de que no actuaba así por frialdad o indiferencia, sino por una forma extrema de pudor. Le

hubiera gustado poder decirle en ese momento que lo abandonara, que se soltara; pero eso no habría hecho sino agravar la situación de su cliente. No era una táctica expresiva, sugerida por un abogado, lo que iba a influir positivamente en el juez.

—¿Qué siente usted al ver estas imágenes de Elisabeth Audiard muerta y atacada de ese modo horrible con ácido?

Émile Gassiat cerró la carpeta y, como si no supiera qué hacer con ella, se giró hacia Larten, que la cogió y se la devolvió al juez.

—Siento dolor.

Pero era un dolor cuya expresión aquel joven guardaba temerariamente en su interior; un sentimiento que se oía, pero no se veía y que no iba a ayudarle.

—¿Qué clase de dolor? ¿Puede ser más preciso?

—El que se siente por la desaparición de alguien que te importa. Y el dolor también de imaginar lo que ha debido de sufrir al final, antes de morir.

El juez cambió de posición en la silla y también su mirada sobre Gassiat. «Le está mirando ahora —pensó Larten—, como mira hacia la línea de meta un corredor que les saca mucha ventaja a sus perseguidores, sabiendo que ya está muy cerca de su objetivo y que nadie puede arrebatarle el triunfo».

—Así que ¿ha pensado en ese final?

—Sí.

—¿Y cómo se lo imagina?

—Me han dicho que es ácido lo que le hizo esas marcas. Supongo que duele muchísimo cuando toca el cuerpo.

—¿Lo ha manipulado usted alguna vez?

—No, pero ya me he quemado en la cocina o con el motor del barco y sé lo que duele, incluso cuando la quemadura es pequeña. Así que me imagino que ella tuvo que sufrir horriblemente.

—Ella ya estaba muerta cuando la rociaron con el ácido, ¿no lo sabía usted?

—No, pero me alegra saberlo, porque así no sufrió mientras la quemaban.

La meta estaba mucho más lejos de lo que había pensado el corredor hace un momento. Y el juez empezaba a mostrar signos de impaciencia.

—Supongo que sabe lo que es la morfina —dijo, subiendo un poco la voz.

—Sí.

—¿La ha utilizado usted alguna vez?

—No.

—Pero sabe cómo se administra.

—Sí, lo he visto en documentales o en películas.

—También se puede buscar información en internet. ¿Lo ha

hecho usted?

—No.

—¿Hay alguien en su entorno que reciba un tratamiento con morfina?

—Que yo sepa, no.

—¿Está seguro? Las personas mayores, como las mujeres que usted frecuenta, a veces padecen dolores crónicos que pueden ser muy fuertes.

—Que yo sepa, no —repitió Gassiat en el mismo tono imperturbable.

El juez anotó algo en su cuaderno y lo subrayó con un ostensible doble trazo, antes de proseguir el interrogatorio.

—Volvamos al crimen. A *madame* Audiard le inyectaron una dosis mortal de morfina y luego la quemaron para dibujar sobre su cuerpo las líneas que ya conoce. ¿Persiste en afirmar que no fue usted?

—Ya lo ha hecho varias veces, señoría —dijo entonces Larten—; creo que no hay duda al respecto.

—Deje que su cliente conteste, letrado, y que yo decida lo que es dudoso o no. Entonces, señor Gassiat, ¿no fue usted quien mató y quemó a Elisabeth Audiard?

—No fui yo.

—¿Está usted seguro?

—Sí. Yo no le haría —vaciló un momento, pero solo para corregir el tiempo verbal—, no le hubiera hecho ningún daño; nunca.

—Pero nadie puede confirmar que no estaba usted con ella, en ese apartamento de Biarritz, el 28 de agosto.

—Tampoco nadie puede confirmar que estaba con ella, señoría —replicó Larten.

—Formularé mi pregunta de otro modo: ¿puede alguien confirmar que estaba usted en Arcachón la noche del 28 de agosto?

—No sé. Creo que no.

—Al parecer, toca usted el piano muy a menudo.

—Sí, casi todos los días.

—¿Y nadie le oyó en ese edificio de tabiques tan finos, como papel de fumar, por utilizar la expresión de su vecino de descansillo?

—Ya le he dicho a la policía que es un piano que se puede poner en modo silencioso. No produce sonido hacia el exterior, solo yo oigo la música con los auriculares conectados. En casa siempre lo toco así.

—O sea que nadie le vio ni oyó. ¿Ningún compañero o compañera de su edad?

—Casi siempre estoy solo.

—Salvo cuando está con sus amigas ancianas.

—Sí.

—¿Le parecen a usted naturales ese tipo de relaciones, señor Gassiat?

—No son frecuentes, pero no soy el único que se interesa por mujeres mayores.

—Sobre todo si son ricas.

—El dinero no tiene que ver.

—Ya, bueno; se lo voy a volver a preguntar: aparte de *madame* Audiard y *madame* Duroudier, que ya está al corriente de todo, ¿mantiene usted el mismo tipo de relaciones con alguna otra mujer mayor?

—No, ya se lo he dicho.

—Sí, y también ha declarado que ese piano tan especial y tan caro que tiene en su casa no lo pagó usted, sino que se lo regalaron.

—Así es.

—¿Fue la difunta *madame* Audiard quien le hizo ese regalo tan generoso?

—No.

—¿Quién, entonces? ¿*Madame* Duroudier?

Émile Gassiat se volvió otra vez hacia Larten.

—¿Tengo que contestar a esa pregunta?

Larten negó con la cabeza mientras le decía, dándole a su voz un timbre grave como de alerta discreta, similar a una bombilla roja que se enciende de pronto en un tablero, silenciosa pero elocuente:

—No está obligado a contestar, Émile, aunque le convendría hacerlo.

—No tiene que contestar a nada si no lo desea —añadió enseguida el juez—, ya le hemos informado de su derecho a guardar silencio. Pero todo tiene su importancia, todo cuenta. Lo que se dice y lo que se calla.

—Prefiero entonces guardar silencio —respondió el joven.

—Como quiera. Pero todo cuenta.

Para Larten no había duda. Aquel silencio de su representado resonaba como el martillo marcando el final de una puja. La prisión preventiva había sido adjudicada. Porque ese silencio evocaba a gritos la existencia de la otra mujer, Irène Duroudier, perteneciente a una familia también muy poderosa. Y tal vez incluso, a pesar de las reiteradas negativas del joven, la de otras mujeres. No había la menor prueba material contra Émile Gassiat; pero la víctima era demasiado importante, y su asesinato, un acto capaz de poner en alerta y en acción a la mitad de la Francia «de arriba»; a la crema de la sociedad. Una crema que desde luego no iba a movilizarse para defender al gigoló, sino que iba a agitar sus influencias para amortiguar en la medida de lo posible el impacto producido por el descubrimiento del crimen y de la peculiar vida sexual de su

víctima. Las familias poderosas de las mujeres involucradas no iban a mover un dedo para salvar a ese joven, en quien no verían más que a un vulgar mantenido; porque hacerlo podría interpretarse, además, como una manera de legitimar los caprichos sexuales de sus abuelas. Algo —dedujo Larten que pensaba el juez— absolutamente inimaginable.

—Se lo voy a preguntar por última vez: ¿hay otras mujeres mayores con las que mantenga usted relaciones?

—No.

—¿Está seguro?

—Sí.

Ingresaría en la vieja cárcel de Bayona, la llamada Villa Chagrin. Villa Pesadumbre.

Aquel joven era amante de ancianas que de un modo u otro le mantenían y con las que utilizaba un nombre falso; no tenía coartada para el día ni la noche del crimen; era autor de aquellos dibujos inquietantes; y poseía, además, un barco que le hubiera permitido desplazarse por mar hasta Biarritz, evitando así las cámaras de seguridad colocadas en las carreteras, y deshacerse después arrojándolos al agua del ácido y el resto de los elementos utilizados en el crimen.

Ya estaba detenido, y todo el mundo parecía satisfecho, o al menos aliviado, por el resultado de una investigación que había concluido, en su primera fase, de un modo limpio, rápido y, en palabras del fiscal, sin excesiva fanfarria mediática, lo que parecía, para todo el mundo, lo esencial.

—Hay que evitar implicaciones en alud —había añadido el fiscal—, como un verdadero alud, comisario, capaz de arrasarlo todo a su paso.

Para garantizar esa misma discreción, el caso que podía haberse transferido a la fiscalía de París, se quedó en Bayona, en preparación del futuro juicio ante la Cour d'Assises de Pau.

—Enhorabuena, comisario, ha hecho un buen trabajo —le había dicho a Canonne su superior—. Y, por supuesto, le mantengo al frente de la investigación. Tenemos que armar un expediente sólido para el juicio. Cuento con su eficiencia.

Pero el comisario Canonne no conseguía estar contento con el resultado de su trabajo, ni siquiera tranquilo. Todo había sido demasiado rápido y, sobre todo, demasiado fácil. Una facilidad y una rapidez que no se correspondían en absoluto con la sofisticada y lenta ejecución del crimen. Había algo allí que no acababa de encajar. El juez, el fiscal y sin duda también la familia de la víctima estaban satisfechos con la detención de Émile Gassiat, que sofocaba el escándalo como una manta que, arrojada a tiempo sobre la llama, consigue ahogar el foco incipiente de un incendio potencialmente devastador.

Pero Canonne no conseguía acoger en su interior esa misma satisfacción; su organismo la rechazaba. Era como un implante de titanio que no encontraba dentro de él dónde enroscarse.

Larten había reservado una habitación en el Grand Hôtel de Bayona. Desde allí podría ir andando a la cárcel que se encontraba en el barrio de Saint Esprit, del otro lado del Adour. Una caminata de unos veinte minutos cada vez para ir ordenando sus ideas.

Aunque ideas no tenía muchas en ese caso. De momento contaba con muy pocos elementos sólidos. Solo tengo apoyos líquidos —se dijo mientras bajaba a desayunar al comedor del hotel—, puramente subjetivos: la confianza de *madame* Duroudier en la inocencia del joven; y la afirmación, repetida una y otra vez, por el propio Gassiat: Yo nunca le habría hecho a Elisabeth el menor daño.

A todo lo anterior Larten solo podía añadirle su propia intuición, un argumento que no valía gran cosa ante un tribunal, pero al que él se aferraba. Su intuición le había fallado muy pocas veces en su vida, tal vez porque era un buen catador de vinos. Y lo que llamamos intuición podía seguramente explicarse como una agudeza y una alerta máximas de los cinco sentidos.

Cogió los periódicos, se sentó a una mesa al fondo del comedor y pidió el desayuno especial. Luego compensaría el exceso, caminando a ritmo vivo hasta la cárcel. La prensa mantenía una sorprendente discreción sobre el caso. Apenas unas líneas para señalar la identificación y el encarcelamiento preventivo de E.G., el presunto asesino de Biarritz. «De Biarritz» decían los periódicos, sin mencionar a Elisabeth Audiard. Y Larten volvió a pensar en los «otros»; no en los que encontraban aposento en la pensión Vauquer de Balzac, sino en esos otros capaces de orientar el rumbo de la prensa y de los autos judiciales y de las urgencias del deseo. Esos otros a los que iban a tener que convencer de la inocencia de Gassiat con argumentos mucho más sólidos que intuiciones y tiernas palabras.

Larten volvió a su cuarto, se puso un pañuelo de seda al cuello y las mismas botas de la víspera. Eran de tacón alto y, sin embargo, muy cómodas. El tipo de paradoja que tanto le gustaba.

Condujeron a Larten hasta la sala donde podría entrevistarse en privado con su representado. Émile Gassiat ya estaba esperándole allí, sentado ante una pequeña mesa, con las manos apoyadas en el borde como sobre el teclado de un piano que estuviera a punto de tocar.

Estaba vestido con la ropa que le habían proporcionado en la cárcel, pero no tenía el aspecto de un preso o, al menos, no de un preso en una historia real. Parecía más bien un actor involucrado en una trama carcelaria. Un actor que lleva el mismo uniforme que todo el mundo y, sin embargo, ves de inmediato que es distinto —pensó Larten—. No solo porque es muy posible que hayas reconocido al actor, sino sobre todo porque la libertad es muy difícil de disimular, y ese actor es un hombre libre; todos sus gestos y sus expresiones delatan, a pesar de las espesas capas de maquillaje y de las consignas del guion, la confianza que tiene en su libertad; su certeza de que en cuanto se oiga el ¡corten! y los focos se apaguen, podrá levantarse y abandonar la falsa prisión del plató.

Es justo lo que parece —pensó Larten al ver, a través del cristal del locutorio, a su cliente esperándolo con tranquilidad, sin mostrar signos de ansiedad o temor—, un actor que no puede disimular que es libre.

Cuando Larten entró en la habitación, el joven se levantó y le tendió la mano. Un gesto de cortesía que también pertenecía a otro ámbito; como si no estuvieran en una cárcel, sino en un entorno mundano, un café o un salón. Se sentaron frente a frente.

—Es una cárcel muy vieja —fue lo primero que le dijo Larten a su cliente.

—Sí, se ve enseguida.

—Y no sé cómo de fiables son estas paredes para asegurar la confidencialidad de lo que nos digamos. Así que, para que se sienta más cómodo, le invito a que tratemos de hablar lo más bajo posible.

—De acuerdo.

—Y a que nos tuteemos.

—Yo prefiero seguir hablándole de usted, si no le importa; me sale más natural.

—Entonces yo también. ¿Cómo está?

—Estoy bien, no se preocupe. Me han dado una celda individual. Solo quisiera saber cuánto tiempo cree que me van a retener aquí.

—Me temo que bastante si no conseguimos algo convincente que pueda apoyar su versión u orientar la investigación en otra línea. Y

por ahora no tenemos nada. Así que voy a ir al grano.

—De acuerdo.

—Hay algo que ni la policía ni el juez le han preguntado; ha debido de parecerles innecesario, al haber reconocido usted enseguida la relación que mantenía con madame Audiard.

—¿Qué es?

—¿Cómo la conoció? ¿Cuándo, dónde, en qué circunstancias?

—La conocí por casualidad, por la calle.

—Necesito que me dé más detalles. ¿Se conocieron en París?

—Sí, en el bulevar Haussmann, una tarde en que había bastante viento y a ella se le voló el fular que llevaba al cuello. Corrí para recuperarlo y se lo llevé. Me dio las gracias y, como íbamos en la misma dirección, empezamos a caminar juntos.

—¿Qué hora era?

—Las seis, más o menos. Pero era invierno y ya había oscurecido.

Parece fácil adivinar lo que una mujer mayor busca en un hombre joven, con el que puede procurarse una intimidad física; pero no lo es. Porque Larten no quería repasar mentalmente toda la lista de lugares comunes, sino imaginar algo distinto, ahora que estaba en contacto con dos relaciones de esa naturaleza; y seducido, además, por el encanto y la valentía de Irène Duroudier.

—Así nos conocimos. Luego me invitó a tomar una copa de vino en un bar, cerca de la Ópera.

—¿Qué bar?

—No lo recuerdo. Pero era en la *rue* Auber. Porque tomamos algo y ella me pidió el teléfono, y luego se fue del bar. Y yo me giré un poco hacia la puerta para mirarla mientras se alejaba, y vi el rótulo con el nombre de la calle.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Era enero. Así que casi ocho meses.

Había algo en la actitud de Gassiat, en su manera cuidada de hablar, en sus gestos, en lo que en otro tiempo se hubieran llamado sus modales, que también fascinaba a Larten. No correspondía desde luego al ambiente carcelario en el que se encontraban, pero tampoco, de una manera clara, a ningún otro ambiente identificable. No era una imitación de elegancia ni una pretensión de pertenencia a la alta sociedad. ¿Qué significaba, entonces?

—Pero usted no vive en París. ¿Qué hacía allí?

—Había ido a un seminario de música contemporánea.

—¿Dónde se estaba alojando? ¿En el apartamento de *madame* Duroudier? Porque a ella hace más tiempo que la conoce.

—Sí, más de tres años.

—¿Se estaba quedando en su apartamento de la *rue* Claude Bernard?

—No, allí no iba nunca sin ella. Estaba en una pensión cerca de la

Ciudad Universitaria.

—Entonces, en un barrio muy alejado de la Ópera y de Haussmann. ¿A qué altura del bulevar se le cayó el fular a *madame* Audiard?

—No me acuerdo. Es difícil precisarlo.

—Podemos intentarlo si me dice lo que hacía usted allí.

—Había ido a una tienda de ropa a cambiar un jersey que me habían regalado y que me quedaba un poco pequeño.

—¿Qué tienda era?

—Leyris.

Larten la conocía y también sabía a qué altura del bulevar se encontraba. De momento no tenía nada dónde apoyar su investigación, pero su larga experiencia de caminante y de *flâneur* le había convertido también en un catador de calles, en un fiel y determinado degustador de su sentido.

—No tenemos nada. Pero confiemos en que la geografía pueda ayudarnos. ¿Sabe usted de dónde venía *madame* Audiard?

—No.

—¿Llevaba paquetes, bolsas de alguna tienda o algo que pudiera indicar lo que había estado haciendo?

—No. No recuerdo que llevara nada; solo su bolso.

—Pero también estaba bastante lejos de su casa, según el informe. ¿Sabe usted dónde vivía, Émile?

—No.

—¿Qué sabe usted de ella, de su vida privada?

—Muy poco de su vida personal. No hablábamos de eso.

—¿De qué hablaban, entonces?

—Hablábamos de viajes y…

Émile Gassiat se llevó la mano izquierda a la frente, cerró los ojos y empezó a acariciarse las cejas.

—¿De qué más hablaban?

—Yo no le hubiera hecho nunca ningún daño.

—Si no lo creyera, no estaría aquí con usted, Émile. ¿De qué más hablaban?

Había vuelto a abrir los ojos y a colocar las manos como sobre el teclado, visible solo para él, de un piano.

—De la actualidad y de cine, a ella le gustaba mucho, y de conciertos… y de cocina. Las cosas normales de la vida.

—Y en esas conversaciones, ¿le habló usted alguna vez de la existencia de Irène Duroudier?

—No. No teníamos esa clase de compromiso. Ni ningún otro.

—Volvamos a la geografía. Si nunca se vieron en su casa, ¿dónde quedaban?

—En hoteles o apartamentos. Ella se ocupaba de reservarlos y me citaba allí.

Igual que en Biarritz, pensó Larten, lo que lejos de ayudar, confirmaba un patrón de citas que incriminaba aún más a Gassiat.

—*Madame* Audiard era una mujer muy rica. Sin embargo, el apartamento de Biarritz donde apareció muerta era, digamos, de baja categoría. ¿Eran también así los lugares donde se citaba con ella?

—No.

—¿De lujo, entonces?

—Ni lo uno ni lo otro. Eran sitios que estaban bien, elegantes y confortables.

—Le voy a pedir que, antes de irse, me haga una lista con todos los que recuerde.

—De acuerdo.

—Pero ahora volvamos al primer día. ¿A qué altura más o menos del bulevar Haussmann se encontraron? Quiero que entienda que no tenemos nada que pueda ayudarnos. El asesino no dejó el menor rastro en el lugar del crimen, y nadie puede corroborar su coartada. No tenemos nada para demostrar su inocencia. Así que solo nos queda la calle. La buena noticia es que soy un buen detective de calles.

Émile Gassiat entonces sonrió muy brevemente, apenas un apunte de sonrisa; y Larten durante ese instante creyó entender lo que estaba buscando, la clave del vínculo que unía, lejos de los tópicos, a aquellas mujeres con su joven amante. Pero la sonrisa había desaparecido demasiado deprisa y esa clave se había ido con ella.

—No recuerdo a qué altura del bulevar, pero yo no había andado mucho desde la tienda. Unos pocos minutos. Y tampoco tuvimos que andar mucho hasta el café. Aunque con Elisabeth íbamos más despacio.

—Bueno, voy a volver a París a tratar de averiguar algo más. Para empezar, qué podía estar haciendo ella aquel día en ese barrio bastante alejado también de su casa. Volveré en cuanto tenga alguna novedad y si usted se acuerda de algo, de algún detalle por pequeño o insignificante que pueda parecerle, avíseme.

—Lo haré.

—Y ahora anóteme aquí, por favor, todos los nombres que recuerde de los hoteles y apartamentos donde se vieron.

Larten le extendió la libreta y la pluma, y Émile Gassiat empezó a escribir. Primero trazó una línea vertical que dividió la página en dos mitades: la columna de la izquierda, para los hoteles; la de la derecha, para los apartamentos. Parecía un estudiante aplicado, obediente; de otro tiempo. El alumno de una escuela de antes, con sus pupitres siempre bien recogidos, y su tablero negro, y sus ventanales sobre patios con un único árbol; y sus normas tranquilas, seguras de sí mismas, que nadie cuestionaba. Y a lo mejor lo que

aquellas mujeres encontraban en Émile, más allá de su atractivo físico, era justo aquella forma de delicado anacronismo que se expresaba en él y que las devolvía a su propio pasado, al tiempo de su juventud.

Émile acabó de escribir y le entregó la libreta.

—Creo que están todos.

—Gracias. Volveré pronto a visitarle.

—Necesitaría que me hiciera un favor. ¿Podría conseguirme un cuaderno de música y unos lápices de punta blanda?

—Cuente con ello.

—Gracias. Mi celda es bastante silenciosa. Y el silencio es sitio para la música.

Y la frase le sonó a Larten como dicha desde una gran distancia, muy lejos del lugar y del tiempo que les aprisionaban.

4

LA TERCERA MUJER

Larten entró en un café de la rue Auber, tal vez el mismo en que Elisabeth Audiard y Émile habían tomado su primera copa juntos. Eran poco más de las seis, pero a comienzos de septiembre a esa hora todavía es de día. Pidió una cerveza. El vino necesita una atención que él no podía dedicarle en ese momento. Estaba alterado, ansioso. Había recorrido el bulevar Haussmann de arriba abajo, por las dos aceras; y todas las avenidas y calles adyacentes, también de los dos lados… Anjou, Pasquier, Caumartin, Mathurins, Taibout, Havre, Mogador… Había leído decenas, cientos más bien, de rótulos, nombres comerciales, placas profesionales, anuncios. Y todo ese esfuerzo no tenía el menor sentido. Cuando no se sabe lo que se está buscando, las calles están desiertas a pesar del tumulto de gente y de tráfico. Y además, mudas, aunque parezca indicar lo contrario su incesante cháchara.

¿Cómo iba a adivinar de dónde venía Elisabeth Audiard aquella tarde? ¿Tal vez de un encuentro con un joven amante, en un hotel o en un apartamento cercano? Pero ninguno de los nombres que aparecían en la lista que Émile le había preparado quedaba en esa zona. ¿De dónde venía, entonces? ¿De una cita con el médico, el dentista, el peluquero? ¿De casa de unos amigos?

Pidió otra cerveza. ¿Cómo saber de dónde venía? Y, de todas maneras, ¿para qué, qué sentido tenía esa búsqueda? Nada invitaba a conectar la muerte de Elisabeth Audiard con aquel punto de la geografía de París. Ese era solo el lugar donde ella había conocido a Émile Gassiat, que iba a convertirse en su amante, no en su asesino.

Y sin embargo, la intuición de Larten se empeñaba en señalar aquel punto, como la aguja de una brújula indica el norte magnético. Salió del bar y empezó a caminar sin un rumbo preciso. Sin dejar de andar, llamó a Irène Duroudier.

—Le he visto en la cárcel; está bien… No, en absoluto deprimido. Me ha pedido un cuaderno pautado; según él, ese silencio que le rodea en su celda le hace sitio a la música… Desde luego, como usted dice, una madurez sorprendente… No sé cuánto tiempo, Irène, pero es un asunto delicado y aún no tengo nada en que apoyar mi defensa. Por eso la he llamado también, porque necesito su ayuda. Trate de averiguar algo sobre la vida de Elisabeth Audiard, Émile no sabe casi nada. Seguro que tienen ustedes amistades o conocidos en común… Cualquier cosa que pueda sernos útil. Un hilo del que empezar a tirar: hábitos, aficiones, enemigos tal vez… Ya sé que es delicado, pero es usted la única persona que

puede acercarse a su círculo más íntimo. A mí, como puede imaginarse, no van a invitarme.

Larten había empezado a subir por la rue de Rome, y al pasar delante de una tienda de instrumentos musicales, volvió a repasar mentalmente la declaración de Émile ante el juez.

Sacó el móvil y llamó de nuevo a *madame* Duroudier.

—Perdone que la moleste otra vez, Irène, pero necesito hacerle una pregunta más. ¿Le ha regalado usted un piano a Émile…? Gracias.

Esta vez cogería la autocaravana para viajar a Bayona. Necesitaba tener todas sus cosas al alcance de la mano, como le había dicho Irène el primer día. Sí, todo cerca: su ordenador, sus archivos, su biblioteca, sin olvidar su pequeña bodega… en este viaje que ya presentía que iba a ser decisivo.

Si salía de París al día siguiente, temprano, podría visitar a Émile en la cárcel a primera hora de la tarde.

Parecía no haberse movido de su silla desde la última visita de Larten. Y su expresión tenía la misma dulzura y la misma serenidad de siempre.

—He descubierto algo en París que necesito confirmar con usted enseguida.

—Le escucho.

—Usted declaró ante el juez que el piano que está en su apartamento de Arcachón es un regalo.

—Así es.

—Y que no se lo regaló madame Audiard.

—No.

—Ya sé que tampoco es un regalo de Irène, porque me lo acaba de decir ella misma en París. Entonces, ¿quién le ha comprado ese piano?

Por primera vez desde que le conocía, Émile Gassiat bajó la mirada.

—¿Quién, Émile? ¿Otra mujer?

—No voy a contestar a esa pregunta —volvía a mirar a Larten a los ojos—; no puedo.

—Soy su abogado, no está ante la policía ni ante el juez de instrucción. Usted ha declarado no sé cuántas veces que no había otra mujer. Si tiene usted otra amiga, tengo que saberlo. ¿La tiene?

—No voy a contestar, no puedo.

—Mire, Émile, creo que no está midiendo bien la gravedad de su situación. Es el principal, en realidad el único sospechoso del asesinato de Elisabeth Audiard, cuya familia tiene mucho poder. Y yo no tengo nada para poder sacarle de esta cárcel ruinosa, para impedir que se pudra aquí hasta que se celebre el juicio dentro de no sé cuánto tiempo; y lo que es peor, tampoco tengo nada que me permita confiar en que vaya a ser absuelto en ese juicio.

—Soy inocente; tarde o temprano podrá probarlo.

—No son pruebas de su inocencia lo que estoy buscando, sino una pista que nos lleve hasta el verdadero culpable. Así que se lo voy a plantear de otra manera: o me dice todo, incluido el nombre de la persona que le regaló el piano…

—No puedo.

—O dejo de representarle ahora mismo.

—Le juré que nunca se lo diría a nadie.

—Lo siento, pero tendrá que romper ese juramento. Y de todas maneras, ya sabe que estoy sujeto al secreto profesional; lo que me

diga quedará entre nosotros. ¿Quién le regaló el piano, una mujer?

Émile Gassiat se echó hacia adelante. La mesa colocada entre los dos era tan estrecha que su rostro casi tocaba el de Larten.

—Sí.

—Necesito su nombre y la manera de localizarla.

Émile había vuelto a su posición habitual, erguido en la silla, con la espalda bien apoyada en el respaldo.

—Ella no tiene nada que ver. ¿Cómo va a tener algo que ver en este asunto horrible?

—Tiene que darme su nombre.

—Se llama Mathilde.

—¿Y el apellido?

Émile se tapó la boca con la mano izquierda y cerró los ojos. Permaneció así varios minutos. Larten esperó pacientemente, en silencio. Por fin, el joven dijo:

—Prefiero escribírselo.

Larten le acercó la libreta y la pluma.

—¿Vive también en París?

—No, en Burdeos.

—Apúnteme también su dirección si la sabe.

Émile Gassiat escribió deprisa lo que se le pedía y cerró la libreta antes de devolvérsela a Larten.

—¿Cómo es posible que la policía no la haya relacionado aún con usted?

—Porque yo nunca he tenido su teléfono ni su dirección de correo. Ni ella los míos.

—¿Cómo hacían para verse, entonces?

—Nos veíamos siempre en su casa. En cada cita, ella me daba el día y la hora del siguiente encuentro.

—¿Hace mucho que se relaciona con ella?

—Unos dos años.

—¿Cómo la conoció?

—En la estación Saint Jean. Yo había cogido el tren en Arcachón y por el camino había ido componiendo una pequeña pieza. Y al llegar a Burdeos me senté al piano que ahora ponen en las estaciones para que la gente toque. *A vous de jouer*, lo llaman.

—Sí, lo he visto.

—Mathilde había ido a despedir a alguien y se acercó a oírme tocar. Le gusta mucho la música y el arte en general.

—¿Es también una mujer mayor?

—Sí.

—¿También rica?

—Imagino que sí. Vive en una casa preciosa.

Y lo dijo subiendo un poco la voz, como alguien que no puede reprimir ante la belleza una expresión de admiración o gozo. Y a

Larten le pareció todavía más joven, apenas un adolescente; y sintió por él, por su vida y sus deseos y sus sentimientos, una curiosidad que allí, en aquel locutorio decrépito, inhóspito de Villa Chagrin, solo supo calificar de desesperada.

¿Quién era aquel chico? ¿De dónde venía? ¿Qué afecto y que atracción le unían a esas mujeres que parecían tener entre ellas tanto en común?

Larten se fue repitiendo una y otra vez las mismas preguntas mientras caminaba hasta el río donde había aparcado la autocaravana; y después, durante todo el trayecto hasta Burdeos.

Y, sin embargo, la tercera mujer era distinta. Larten había encontrado fácilmente su número en el anuario telefónico y la había llamado al atardecer, nada más llegar a Burdeos. Ella misma había contestado.

—Buenas noches, desearía hablar con Mathilde.

—Soy yo. ¿Quién es?

—Soy Albert Larten, el abogado de Émile Gassiat, aunque probablemente usted le conoce por el nombre de Maurice Darbo. Necesitaría verla.

—Mañana a las once en el vestíbulo de entrada del CACB. Se puede ver una exposición interesante. Compre el catálogo.

Y había colgado.

Era distinta. Para empezar, parecía bastante más joven que las otras dos mujeres; setenta años a lo sumo. Y su aspecto también era diferente, más desenfadado: ropa deportiva, pelo muy corto, ningún maquillaje. Larten tampoco se había maquillado para ese encuentro. Pero llevaba sus botas de tacón, y sujetaba en sus manos, bien visible, el catálogo de la exposición. Ella lo reconoció enseguida.

—Es usted Larten, ¿verdad?

—Sí.

—Pues entremos. Ya he comprado los billetes.

Larten la siguió. Atravesaron en silencio el vestíbulo principal del museo y tomaron la escalera para subir a la segunda planta. Definitivamente distinta. Larten caminaba detrás de ella, comparándola con Irène Duroudier, una dama que no trataba de disimular su edad; al contrario, que parecía desplegar con satisfacción su elegante madurez, y expresarla del modo más clásico. Larten desconocía qué aspecto había tenido en vida Elisabeth Audiard y cómo había vivido su vejez. No había fotos suyas ni en el informe que le habían entregado ni en internet; tampoco Émile tenía ninguna. En cuanto a la ropa y los accesorios que la policía había encontrado, intactos y bien ordenados en el lugar del crimen, no eran demasiado elocuentes: caros, sobrios, como diseñados para pasar inadvertidos. Tampoco podían adivinarse ni su expresión ni su estilo bajo las marcas terribles dejadas sobre su cuerpo, y que todos los implicados en la investigación, incluido el propio Larten, interpretaban como la expresión de una aberrante creatividad del asesino, una especie de

firma de artista, que era la fórmula que había acuñado el forense y que recogía el informe. Esas marcas estaban sobre el cadáver, obscenamente visibles, como trazos maestros del retrato que el criminal quería hacer de sí mismo. Todos habían aceptado esa hipótesis. Pero ahora Larten dudaba, mientras seguía por las escaleras el paso firme de aquella mujer que desafiaba de un modo tan evidente cualquier estereotipo de edad. Tal vez se habían equivocado todos, también él, al interpretar así las marcas de ácido. Era el aspecto físico de Mathilde lo que de pronto, sin justificación ni lógica alguna, le hacía replantearse el sentido de los dibujos sobre la piel de *madame* Audiard; replantearse incluso la pertinencia de describirlos como dibujos.

Entraron en una pequeña sala cuya única iluminación provenía de una gran pantalla donde se estaba proyectando una película.

—Aquí podemos sentarnos y hablar. Este vídeo casi no tiene sonido y no creo que a esta hora nos molesten visitantes.

Se sentaron uno al lado del otro, frente a la pantalla donde se veía desfilar en intermitencias de claridad y de sombra el discurrir de un río.

—No es el punto de llegada de las obras de lo que llamamos arte contemporáneo lo que me interesa —dijo Mathilde—; la mayoría de ellas me resultan decepcionantes. Es el punto de partida. La libertad que se toman los artistas de ahora de meterse en cualquier parte, en cualquier ámbito.

Larten iba también a tomarse esa libertad.

—Voy a serle sincero, no sé lo que estoy buscando al venir a verla.

—Desde que me enteré del asesinato de esa mujer, presuntamente a manos de un joven de Arcachón, supe que alguien vendría a verme; que tarde o temprano, de una manera u otra, darían conmigo.

—¿Se enteró por la prensa?

—No. Por las redes sociales. Y me refiero a las del modelo más tradicional, ya sabe, la tediosa letanía de amigos de amigos de otros amigos.

—Parece muy enfadada.

—Lo estoy. No me gusta nada verme involucrada en este asunto.

—No está involucrada. Émile solo me ha hablado a mí de su relación con usted, y lo ha hecho porque le he presionado mucho.

—Presionado o no, lo ha hecho.

—Porque está en la cárcel, injustamente implicado en el asesinato.

—¿No la ha matado él, entonces?

—Estoy convencido de que no. ¿Usted no? ¿Le cree capaz de hacer algo así?

—No, qué estupidez. Claro que no le creo capaz de un acto semejante. El problema es que ahora tampoco le creo donde antes le creía, y eso lo cambia todo.

—Yo le obligué a romper el juramento que le había hecho de no hablar de su relación con nadie; estamos en circunstancias excepcionales.

Mathilde miraba a la pantalla y Larten la miraba a ella; y veía aparecer y desaparecer su rostro al ritmo de la iluminación de la película. Y oía aparecer y desaparecer también, a la misma cadencia, la tensión en su voz, porque a oscuras ella hablaba más despacio y en un tono más íntimo.

—No, no las llame usted así. Son circunstancias terribles, desoladoras, trágicas… lo que usted quiera, pero excepcionales no. Al contrario, totalmente ordinarias. Un eterno y lamentable *déjà vu*.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo con Émile?

—Si lo que quiere saber es si puedo proporcionarle una coartada para el día del crimen, la respuesta es no. Me he pasado todo el mes de agosto en aguas de Cerdeña, atrapada en un barco con demasiada gente. De todas maneras, ningún barco es nunca lo bastante grande. Menos mal que queda el mar, a ciertas horas, enorme y vacío para nadar lejos.

—¿Le gusta a usted nadar?

—Gustar no es la palabra. Es algo mucho más intenso. En el mar, el cuerpo se confunde, se cree en otro mundo y en otro tiempo. O si lo prefiere, nadar es igual que el placer sexual, presencia y presente en estado puro. Es maravilloso.

La pantalla volvió a encenderse y a iluminar a Mathilde justo cuando giraba la cabeza en dirección a la entrada de la sala que alguien acababa de franquear. Y entonces Larten vio una pequeña cicatriz detrás de su oreja derecha. Una pequeña línea, finísima y un poco más oscura que la piel. Un trazo minúsculo y, sin embargo, con capacidad para cambiarlo todo. Como una señal que aparece de pronto en una carretera hasta entonces desierta, por la que has circulado a ciegas. Porque todos se habían equivocado desde el principio, se dijo Larten, también él.

—Vayámonos de aquí —dijo Mathilde cuando el nuevo visitante dio unos pasos y se sentó cerca de ellos—; de todas formas, esta obra me la conozco de memoria.

Larten la siguió de nuevo hasta las escaleras, que empezaron a bajar despacio.

—Necesito preguntarle otra cosa, Mathilde. Algo más personal.

—Porque le parece poco personal lo que me ha preguntado hasta ahora.

—¿Se ha operado usted? Me refiero a alguna operación de cirugía estética.

—Y usted, señor Larten, ¿se depila las cejas?

—Un poco sí, muy discretamente.

—Tan discretamente no, puesto que me he dado cuenta.

—Porque usted sabe mirar. Como yo, que también he notado la pequeña cicatriz detrás de su oreja.

—Sí, todavía se ve. Le está costando desaparecer; pero lo hará.

Larten se detuvo entonces y se sentó en uno de los peldaños de la escalera. Mathilde siguió bajando, aunque enseguida volvió sobre sus pasos y se sentó a su lado.

—No creo que tenga el menor interés para su caso el que yo me haya hecho o no algo de cirugía estética.

Pero Larten sabía que ella se equivocaba. Del mismo modo que era capaz de anticipar, al probar un mosto, el porvenir de un gran vino, sabía que aquella pequeña cicatriz representaba un enorme avance en su investigación.

—Créame, puede ayudarnos mucho. Estoy seguro ahora. ¿La ha operado un médico francés? ¿De Burdeos o tal vez de París?

—No. Solo consulto en los Estados Unidos, lo más lejos posible de aquí. Aquí todo se sabe, todo acaba por saberse. Siento no poder darle ningún nombre más accesible.

—No se preocupe, ya me ha ayudado usted mucho.

—¿Va a sacarle pronto de la cárcel?

—Confío en que sí; pronto.

Y no mentía. Ya sentía que sujetaba entre sus manos una pista valiosa.

—¿Cómo de pronto?

—No lo sé, pero voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que sea lo antes posible.

—Es nuestro cuerpo el que envejece, Albert, no nosotros. Nosotros seguimos idénticos por dentro, con las mismas ganas. Y esa tensión se vuelve por momentos insoportable. Intente sacarle de la cárcel cuanto antes; sí, inténtelo con todo lo que esté en sus manos.

Mathilde se levantó, Larten iba a hacerlo también, pero ella le detuvo.

—No, no venga conmigo ahora. Déjeme salir sola.

—De acuerdo, le avisaré cuando todo haya terminado.

—No hace falta; ya me enteraré.

Acabó de bajar las escaleras, alcanzó la salida y desapareció.

Larten esperó unos minutos, salió del museo y se dirigió al aparcamiento. Se instaló en la autocaravana y sacó del expediente del caso las fotografías de Elisabeth Audiard que la policía científica había hecho en el escenario del crimen. Las colocó una al lado de la otra sobre su mesa de despacho.

Se habían confundido todos desde el principio, también él. Se habían dejado seducir por la interpretación del forense, seguramente porque contenía un enigma que descifrar, un código, el jeroglífico que constituían aquellos dibujos sobre la piel de la muerta. Y es difícil resistirse al desafío intelectual que supone un jeroglífico, y a la rivalidad que crea enseguida entre quienes lo descubren. ¿Quién será el más inteligente, el que consiga descifrarlo el primero, revelar antes que nadie el mensaje oculto y resolver el caso? Todos se habían dejado arrastrar por esa doble seducción, también él. Pero ahora Larten veía su error. Le había bastado con seguir la ruta que marcaba la pequeña cicatriz de Mathilde para comprenderlo.

Esas marcas sobre el cadáver no eran dibujos, no formaban una escritura nueva que había que leer. No estaban inscritas sobre la piel de la víctima para transmitir un mensaje. ¿Cómo no lo había pensado antes? Estaban ahí para todo lo contrario, para tapar ese mensaje, para acallar lo que la piel de Elisabeth Audiard tenía que decir. Lo que había que descubrir, lo que había que leer y que el asesino había intentado destruir con ácido, era lo que estaba por debajo de esos horribles surcos que reproducían, con una precisión despiadada, las fotografías de la policía científica.

Antes de salir para París, llamó a la cárcel de Bayona. Tuvo que esperar más de veinte minutos, pero al final consiguió que le pusieran con su cliente.

—Émile, ¿sabe usted si Elisabeth se había hecho la cirugía estética o visitaba a algún médico de esa especialidad?

—Que yo sepa, no.

—¿No le habló nunca de algún tratamiento para la piel?

—No, no lo recuerdo.

—¿Tenía alguna marca particular o alguna herida sobre la piel la última vez que la vio?

—Nada que me llamara la atención. La gente mayor tiene una piel…, cómo decirlo…, muy habitada.

Larten lamentó que Émile estuviera del otro lado del teléfono; le hubiera gustado estar frente a él en ese momento para mostrarle

con la mirada o un pequeño gesto la emoción que le producían sus palabras. Una piel habitada, sí; una ciudad entera en la piel: pasos, voces, lugares de acogida y también la intemperie.

—Pero ¿está seguro de no haber encontrado en su piel algo distinto? Trate de recordarlo, es muy importante.

—No, nada que me extrañara. ¿Ya ha tenido esa entrevista en Burdeos?

—Sí. Y todo ha ido muy bien, no se preocupe. Ahora voy a volver a París. Quiero investigar algo. Volveré para verle lo antes posible. Hasta pronto.

—Espere un momento, señor Larten, no cuelgue. Me acabo de acordar de una cosa. La última vez que nos vimos, en junio, Elisabeth me dijo que no le gustaba el verano, que tenía que protegerse del sol constantemente. Y más ahora, añadió.

—¿No le preguntó qué quería decir, qué significaba ese ahora?

—No, porque cuando lo dijo me estaba mirando y sonriendo, y yo creí que lo había entendido.

5

LA PIEL

Larten desplegó el plano del distrito ocho de París y lo fijó a la mesa con dos pisapapeles. Dibujó con rotulador rojo una línea vertical sobre el trazado del bulevar Haussmann, desde la altura donde se hallaba la tienda Leyris, de la que Émile había salido después de cambiar su jersey, hasta el cruce de Haussmann con la *rue* Auber, que *madame* Audiard y Émile ya habían recorrido juntos. Luego unió los dos extremos de esa línea con un semicírculo por la izquierda. Se habían encontrado en el lado de los impares del bulevar, *madame* Audiard debía de venir de allí. Era una mujer mayor, no debía de haber recorrido a pie mucha distancia. Tal vez acababa de salir de la casa que había visitado. Ni siquiera había terminado de colocarse bien el fular alrededor del cuello.

Dentro del semicírculo que Larten acababa de dibujar solo se encontraban unas pocas calles: Anjou, Mathurins, Pasquier, Arcade… Larten ya las había recorrido en su primer deambular por el barrio, pero entonces no sabía lo que buscaba. Esta vez, sí.

Buscó en internet, aunque no pudo encontrar en ninguna de esas calles la dirección de un cirujano plástico o de un dermatólogo. Y sin embargo, sabía que tenía que aferrarse a esa pista. La piel era la clave del asunto, estaba convencido de ello.

Guardó el mapa. Tenía que volver a ese barrio y recorrerlo portal a portal, como un viticultor concienzudo recorre su viñedo, observando el detalle de cada racimo.

Se situó a la altura de Leyris y empezó a bajar por el bulevar Haussmann en dirección a la Ópera. Al llegar a la esquina de la *rue* de Anjou, giró a la derecha y la recorrió despacio, por ambas aceras. No encontró ningún cartel ni ninguna placa profesional que pudieran ayudarle.

Estaba de nuevo en el bulevar, pero Émile había tenido que encontrar a *madame* Audiard más abajo. Volvió a entrar por Anjou y, al llegar a la *rue* de Mathurins, giró a la izquierda. Y empezó a bajarla de ese lado, despacio, deteniéndose en cada portal. Llegó a la *rue* Pasquier, la cruzó y siguió por la de Mathurins… Y entonces vio en una fachada, en la parte baja de una columna de placas profesionales de distintos tamaños y materiales, medio oculto por el contenedor de basura que estaba arrimado a la pared, un rectángulo de latón con la inscripción: «Dermatología, 3.er piso». El edificio estaba situado a dos pasos de la *rue* de l'Arcade, que desembocaba

enseguida en el bulevar Haussmann. Ese era el recorrido que debía de haber seguido Elisabeth Audiard antes de encontrarse con Émile, que bajaba por el bulevar del mismo lado de la acera.

No podía ser aún una certeza, pero Larten sintió ante esa placa de latón lo que debe de sentir un arqueólogo que de pronto descubre, entre los miles de fragmentos de vasija, una pieza distinta: una punta de hueso, una moneda, la esquirla minúscula aunque prometedora de un mosaico.

El portal estaba abierto y había ascensor, pero Larten prefirió subir por las escaleras. Necesitaba tranquilizarse, apaciguar la emoción que le había provocado su hallazgo; que su corazón que sentía latir en la garganta volviera a su sitio. Se detuvo en el descansillo del segundo piso para sacarse de debajo de la camisa el fular de seda de Monique que llevaba a menudo; se lo colocó bien visible en el cuello. Un atuendo adecuado para la visita que iba a hacer.

En una de las dos puertas del tercer piso, una pequeña placa de madera indicaba: «F. Arbogast. Dermatología». El timbre de la consulta no funcionaba. Larten llamó con los nudillos, una vez, dos veces, la tercera con más fuerza. Por fin entreabrió la puerta un hombre con el pelo completamente blanco, pero cuyo rostro no aparentaba más de cuarenta años.

—¿Qué desea?

—Vengo para una consulta. ¿Es usted el doctor Arbogast?

—Sí, pero no atiendo en este momento, lo siento. Mi secretaria se ha ido y, hasta que encuentre a alguien para sustituirla, la consulta permanecerá cerrada.

—Es importante para mí; urgente, en realidad.

—Lo siento, pero me es imposible atenderle.

Habían hablado a través de la puerta apenas entornada; Larten solo había podido distinguir en el interior de la consulta el extremo de un escritorio sobre el que estaba abierta una caja grande de cartón, como las que se usan en las mudanzas. El médico estaba ya cerrando la puerta cuando Larten añadió, levantando un poco la voz:

—Es muy importante para mí. Su consulta me la ha recomendado una amiga, *madame* Audiard.

El movimiento de la puerta se detuvo.

—¿Audiard?

—Sí, Elisabeth Audiard. Una buena amiga.

—El nombre no me dice nada.

—¿No era paciente suya?

—Así de memoria no puedo decírselo. Tal vez mi secretaria, es ella la que se ocupa de las fichas. Bueno, se ocupaba antes de dejarme tirado de la noche a la mañana porque, al parecer, ha

encontrado otro empleo mucho mejor en la Costa Azul. Allí, desde luego, trabajo en dermatología no falta; con todo ese sol…

Era evidente que estaba intentando desviar la conversación.

—¿No era paciente suya? —insistió Larten.

—Me ha dejado tirado. Por esa razón tengo la consulta cerrada y no voy a atenderle.

—¿No venía aquí entonces *madame* Audiard?

Larten había formulado intencionadamente todas las preguntas en pasado, esperando un error del médico, que no se produjo.

—Ya le he respondido que ese nombre no me dice nada. Eso significa que paciente de esta consulta no es, no. Me acordaría. Tal vez en la clínica.

—¿Recibe usted también en una clínica?

—Por supuesto. Centro clínico Cochard. Llame allí si quiere una cita.

—¿Qué le ha pasado a su secretaria?

—¿Pasado? No le ha pasado nada, salvo que se ha ido a la Costa Azul de la noche a la mañana y me ha obligado a cerrar la consulta. Y eso no se hace.

Y la indignación que había puesto en su voz sonaba tan limpia, tan convincente, que Larten pensó que si el médico estaba mintiendo, era un actor de los buenos y por lo tanto sería un hueso duro de roer. Antes de que cerrara del todo la puerta, tuvo tiempo de preguntarle:

—¿Su nombre, doctor, por favor? ¿A qué corresponde esta F. sobre la placa? Elisabeth no me lo dijo. Es para pedir la cita.

—Francis. Y hace bien en preguntarlo, porque en la clínica trabaja otro doctor Arbogast que no tiene nada que ver conmigo.

Y cerró la puerta.

Larten entró en un café cercano. El local estaba casi vacío y pudo instalarse en una mesa alejada de la barra, desde la que podía vigilar el portal del médico. Llamó a Monique.

—Hola, guapa, tengo que pedirte un favor. Necesito que vengas a buscarme en tu moto… Sabes que no es verdad, lo que detesto es estar encima… No siempre, tienes razón. Veo que estás de buen humor. Necesito tu moto, contigo encima, claro, para algo que te explicaré cuando llegues. ¿Me ayudas…? En el café que está en la esquina de Mathurins y Pasquier. Lo antes que puedas.

Monique no tardó en llegar. Aparcó la moto cerca de la entrada del café. Desde su mesa, Larten le hizo una señal para que le esperara en el exterior y salió a su encuentro.

—Prefiero que hablemos aquí fuera —le dijo al acercarse para besarla.

—¿Qué pasa, Albert?

—Necesito que sigas a alguien por mí; con la camioneta no puedo

y no me parece prudente hacerlo en taxi.

—¿A quién?

—A un médico que tiene su consulta unos portales más arriba; cuando salga, te lo indicaré. No puedo estar seguro, pero algo me dice que está implicado en el crimen de Biarritz. Ven, entremos ahora.

Pero Monique no tuvo tiempo de tomarse el café. Primero vieron llegar un taxi que se detuvo justo delante del portal de Arbogast y enseguida salió el médico sujetando en su brazo izquierdo una caja de cartón, voluminosa pero aparentemente no muy pesada.

—Es él. Ten mucho cuidado, mi amor; y procura no hacerte notar, que no sospeche que le siguen. Si es quien me imagino, es peligroso y además creo que estará bastante inquieto después de mi visita. Yo te espero en mi casa.

—De eso, nada. Te vienes conmigo.

—No puedo. Ya sabes que me horroriza ir en moto; y además, el médico ya me ha visto.

—Sin ese pañuelo al cuello y con el casco puesto, no te reconocerá aunque se fije en la moto.

—¿Tienes otro casco?

—Ya sabes que siempre llevo de paseo uno para ti. Porque me encantan tus improvisaciones.

Definitivamente, Monique estaba de un excelente humor y Larten no podía perder tiempo. El taxi ya había arrancado.

No parecía que el doctor Arbogast se hubiese dado cuenta de que le seguían. Despidió al taxi cerca de Trocadéro, caminó con calma hacia un contenedor de basura y volcó allí el contenido de la caja, pero conservó el cartón, que dobló con cuidado y mantuvo sujeto debajo del brazo durante todo el trayecto hasta la avenida Georges Mandel, donde entró en un elegante edificio. Monique se detuvo un poco más lejos y se levantó la visera del casco para girarse hacia Larten.

—¿Qué tal el viaje?

—Mejor de lo que esperaba. Conduces muy bien, cariño; y yo estaba tan concentrado en no perderlo de vista, que no he tenido tiempo de pensar en nada más. Si nuestro médico vive en esa casa, le deben de ir bastante bien las cosas.

—Desde luego.

Muchos pacientes y seguramente distinguidos, pensó Larten, como *madame* Audiard. Todo parecía adquirir sentido y hallar su sitio desde que había empezado a seguir la pista de la piel: una consulta dermatológica situada a dos pasos del lugar del primer encuentro de Elisabeth y Émile; una secretaria desaparecida; un

médico deshaciéndose del contenido de una caja lejos de su trabajo; y las marcas brutales sobre el rostro, cuello, vientre de la víctima. No se trataba de elementos aislados, sino de piezas que corrían para unirse, para encajar las unas en las otras como si estuvieran cargadas con un imán de información. No son cuentas sueltas, se dijo Larten, sino perlas que ya están bien enfiladas en un hilo invisible, formando un collar.

—Arbogast ha tomado muchas precauciones para deshacerse del contenido de la caja. Me gustaría echar un vistazo al interior de ese contenedor de basura. ¿Me llevas?

Para distraerse de la aprensión que le provocaba el viaje en moto, Larten se iba repitiendo una frase de su adorado Flaubert. No son las perlas las que hacen el collar, sino el hilo. Tenía que concentrarse en recuperar ese hilo para reconstruir, firme y convincentemente, cuenta a cuenta, el relato del asesinato de Elisabeth Audiard.

Levantó la tapa del contenedor; estaba casi vacío y lo que debía de corresponder al contenido de la caja del médico yacía desperdigado, lejos del alcance de Larten. Porque se trataba de un contenedor grande de cuatro ruedas, cuyo fondo resultaba inalcanzable incluso para alguien de su estatura. Haría falta volcarlo. Pero eso provocaría un estruendo que alarmaría a los vecinos y sin duda también a la policía de vigilancia; y de todas maneras, el camión de la basura no estaba muy lejos, Arbogast debía de haber comprobado las horas de recogida antes de vaciar su caja.

—Sujeta un momento la tapa, Monique, por favor, y alumbra con tu móvil el fondo. Quiero ver de qué se trata y sacar algunas fotos.

A primera vista, solo material de oficina: bolígrafos, lápices, rotuladores de distintos colores, sobres, una grapadora, una lluvia de clips, cuadernillos de *post-it*, unas tijeras, una taza de cerámica que se había destrozado y en uno de cuyos fragmentos figuraba una gran V, un vaso para lápices, libretas de apuntes… Nada interesante ni elocuente; solo el contenido banal de un escritorio de trabajo, el de la secretaria sin duda, cuyo borde Larten había alcanzado a ver a través de la puerta entornada de la consulta de Arbogast. ¿Por qué razón el médico quería desprenderse entonces de ese material anodino? ¿Pensaba cerrar la consulta? Y si así era, ¿por qué motivo? ¿Y por qué tirar simples artículos de oficina tan lejos de la consulta? Había tenido que coger un taxi. A menos que hubiera cogido el taxi solo para volver a casa y que la decisión de deshacerse del contenido de la caja la hubiese tomado por el camino, sin haberlo previsto. ¿Por qué no hacer que el taxi le esperara en ese caso? ¿Para que no fuera testigo del vertido?

Demasiadas preguntas sin responder a cuenta de unos cuantos cuadernos, lápices y cajas de grapas. Larten tomó con el móvil varias fotografías del interior del contenedor. Podría analizarlas después, con más detalle, en el ordenador.

—Gracias, Monique. Apártate ahora un poco, voy a bajar la tapa.

Y mientras bajaba despacio la tapa para no hacer ruido, le alcanzó algo que estaba allí desde el principio y que la atención que había dedicado al material de escritorio le había hecho olvidar: el olor a basura. Un relente dulzón, repugnante; pero discreto. Apenas un esbozo de hedor en el aire. Había desaparecido la montaña de desperdicios que lo había provocado; solo quedaba su rastro, como la huella de una bota en el barro. Y Larten pensó que su investigación se encontraba en una posición parecida: en el umbral de una podredumbre que no alcanzaba a ver aún, pero cuyo olor nauseabundo ya le llegaba. Cerró el contenedor con cuidado.

—¿Te llevo a tu casa o te quedas conmigo esta noche? —le preguntó Monique.

—Contigo, claro, mi amor. Pero primero me gustaría que diéramos una vuelta en moto por París. Por el París de los bellos monumentos y de los sueños.

El horror se acercaba, pero aún no le había alcanzado; era un momento de suspensión, de tregua, y Larten quería llenarlo de belleza.

—No sabes lo feliz que me hace que me propongas eso.

—Sí lo sé, y precisamente por eso te lo pido.

Larten acarició la espalda desnuda de Monique, dormida ya a su lado. La piel era el órgano más extenso del cuerpo humano, y estaba sembrada de innumerables receptores sensibles que la convertían en un territorio magnífico para el placer y también para el conocimiento, porque la piel era muchas veces la primera alerta y la primera respuesta del mundo, no solo exterior, sino también íntimo. Un rubor súbito o un escalofrío nos mostraban ya lo que aún tardaríamos en comprender con la mente. Por eso la piel podía volverse también un enemigo feroz, pensó Larten, cuando todos esos receptores sensibles, apagados como bombillas fundidas, no emitían ya signo alguno y nos dejaban indefensos, iletrados, frente al mundo. O nos herían con una descarga al menor roce, porque la piel, demasiado gastada, ya no conseguía protegerlos y los dejaba desnudos, temibles, como cables de corriente pelados.

Cuidar la piel era preservar el placer, prolongarlo. Eso había ido a buscar Elisabeth Audiard a la consulta del doctor Arbogast: más tiempo para el placer con su joven amante. Pero le había costado la vida. Larten tenía muy pocos elementos para pensarlo y ninguno

para probarlo, y sin embargo sabía que no se equivocaba. Y tal vez, se dijo, lo que llamamos intuición sea justo eso: una piel invisible que nos envuelve, cubierta de captores tan extraordinariamente despiertos que sabe antes de que sepamos.

Larten descargó en el ordenador las fotografías que había hecho del interior del contenedor de basura. Empezó a repasarlas en la pantalla. Nada que no hubiera visto ya: libretas de notas, lápices, grapas, la V sobre un fragmento de la taza rota, hojas de papel sueltas y sucias por el contacto con el fondo del basurero. Las amplió un poco para examinarlas con más detalle. Y entonces se fijó en una pequeña superficie, de tono más claro, rodeada del escombro de grapas, clips, sobres, y tacos de *post-it* de distintos colores y tamaños. Larten lo amplió un poco más. Era el fragmento minúsculo del reverso de una postal… Podían verse aún unas pocas letras, escritas a mano con bolígrafo azul, dispuestas en dos líneas sobre el trazo fino que delimita comúnmente el espacio reservado al destinatario. Y si esa postal provenía del escritorio de la secretaria era seguramente porque le pertenecía, porque ella había querido conservarla allí por alguna razón: porque le gustaba el paisaje que representaba y que ya nadie podría contemplar; o por la relación que mantenía con el remitente… Esa postal no hablaba de Arbogast, sino de su secretaria; era el primer contacto con aquella mujer que se había esfumado de la noche a la mañana y que Larten necesitaba encontrar lo antes posible.

Empezó a copiar en una libreta las letras aún visibles: en la primera línea, la que corresponde al nombre, *ie Ri* y lo que parecía una *b*. En la segunda línea, donde se escribe la dirección, *e Pie*.

En el fragmento de taza encontrado en el contenedor de basura figuraba la inicial V. Esa mujer podía llamarse entonces Valérie o Virginie o Véronique… Rib. En cuanto a la dirección, podía pensarse en algo como «*rue* Pie»…

Larten llamó a su amigo Edouard Laborde, del Instituto de Investigaciones Informáticas.

—Tengo trabajo para tu coctelera de datos. Necesito encontrar, a partir de unas pocas letras, un nombre y una dirección… Sí, muy probablemente en París. Te mando enseguida por mail lo que he conseguido recuperar. Gracias.

La respuesta no tardó en llegar: Valérie Riboust, *rue* Pierre Larousse, n.° 140, distrito 14.

Alguien había entrado en el portal del 140 y Larten se apresuró a sujetar la puerta para que no volviera a cerrarse. Espero unos minutos y entró. Encontró fácilmente el nombre en los buzones: V. Riboust - 4.º piso. Cogió el ascensor. Dos puertas daban al descansillo. Al lado de la izquierda estaba aparcado un cochecito infantil. Llamó al timbre de la otra. Con insistencia. Entonces la puerta vecina se abrió y apareció una mujer joven, con la gabardina puesta y un bebé en los brazos.

—Buenos días, señora; soy un amigo de Valérie, necesito hablar con ella. Parece que no está en casa. ¿Sabe usted a qué hora suele volver? Tengo que hablar con ella, es importante.

—Hace varias semanas que no me cruzo con ella. En realidad, ahora que lo pienso, creo que no la he visto en todo el verano.

—¿Se despidió de usted?

—Despedirse, no. ¿Por qué? ¿Se iba a alguna parte?

—¿Hace cuánto exactamente que no la ve?

—Desde junio. Me acuerdo muy bien porque era el último día de clase de mi hijo mayor. Me encontré con ella en el portal y, como yo iba muy cargada, me ayudó a subir las cosas del colegio. Después no recuerdo haber vuelto a verla.

—¿No le dijo que pensara mudarse?

—No.

—Le voy a ser sincero, señora…

—Mora.

—Valérie y yo somos amigos desde hace mucho tiempo y nos vemos cada vez que vengo a París. En esta ocasión no consigo dar con ella, la he llamado no sé cuántas veces por teléfono, pero no responde. He intentado localizarla en su trabajo, aunque también sin resultado.

—Qué extraño.

—Sí. Y estoy muy preocupado. ¿No tendrá por casualidad una copia de las llaves de su piso para que pueda usted entrar y ver si dentro hay algo que nos indique dónde se encuentra?

—No, yo no tengo copia de sus llaves y, además, ahora me tengo que marchar. Ya voy tarde.

—Estoy muy inquieto, *madame* Mora; ayúdeme, por favor.

—No puedo. Ya le he dicho que no tengo sus llaves.

—¿No sabe de nadie que pueda tener una copia?

—Tal vez la mujer que viene a limpiar el portal y la escalera. Sé que algunos vecinos le dejan las llaves por si acaso.

—¿Dónde puedo localizarla?

—Vive en el 132 de esta misma calle. También se ocupa de la limpieza allí. *Madame* Pons.

—Muchas gracias.

La señora Pons vivía en la planta baja. Era una mujer robusta, se veía que acostumbrada al trabajo físico; y la misma firmeza que mostraban sus brazos desnudos, a pesar del frío ambiente, parecía dominar también su carácter.

—Ya le he dicho que no. Si la gente me confía las llaves de su casa, no es para que se las pase al primero que llega, por muy preocupado que esté y por muy amigo de la familia que sea.

—¿Y si además de amigo de la familia es responsable de una investigación, digamos, delicada?

—¿Qué significa eso?

—Que se trata de un asunto muy serio, señora Pons; y no le estoy pidiendo que me dé las llaves, sino que entre usted misma en el piso de la señora Riboust para ver qué encontramos.

—Para ver qué encuentro yo, porque usted no entra.

—De acuerdo, yo me quedo fuera, en el descansillo, y le voy indicando lo que hay que mirar.

—No acabo de verlo claro.

—Se trata de un asunto muy grave… Y naturalmente sabré recompensarla por su inestimable ayuda.

—¿Qué significa eso?

—Cincuenta euros.

—No acabo de verlo claro.

—Cien.

La señora Pons no cedió en ese punto; Larten se quedaría fuera, en el descansillo, aunque podría transmitirle sus instrucciones a través de la puerta entornada.

—Mire en el frigorífico y busque la fecha de caducidad de los productos. Abra la lavadora. Y los armarios. Y la despensa. Compruebe el estado de las plantas, si es que hay. ¿Se ve polvo en los muebles?

El informe de la señora Pons no dejaba lugar a dudas:

La ropa en su sitio en los armarios. La lavadora a medio llenar. La fruta y la verdura fuera del frigorífico, podridas. En el interior, productos descompuestos o caducados. Polvo de varias semanas. Todas las plantas muertas.

Aquel no era el apartamento de alguien que se acababa de mudar, sino el de alguien que sale por la mañana de su casa, esperando volver más tarde. Y ya no vuelve.

Larten se instaló en la autocaravana. Primero compró un billete para el vuelo de las 13:45 a Biarritz. Luego llamó a *madame* Duroudier:

—Sí, Irène, he avanzado bastante. De hecho, viajo esta tarde a Biarritz para entrevistarme con el comisario encargado del caso. Pero quisiera saber, antes de irme, si el nombre de Francis Arbogast le dice algo. Es dermatólogo y tal vez también cirujano plástico… Entonces ¿no le suena de nada…? No, prefiero que no haga usted indagaciones; tengo miedo de que le llegue el rumor de que le estamos investigando.

Llamó también a la Policía Judicial de Bayona. El comisario Canonne le recibiría, salvo imprevistos, a última hora de la tarde.

Aquel pendiente rojo en la oreja de Larten era como uno de esos guijarros que echas al agua, pensó el comisario Canonne, pequeño pero capaz de revolucionar todo el estanque. Una piedrecita de un rojo intenso, tal vez un rubí auténtico, bastaba para perturbar la fisionomía del abogado y provocaba en Canonne una agitación y un desconcierto que no podía soportar. Tal vez porque ya no conseguía rechazarlos, repudiarlos en su interior, como antes. Como si él fuera el estanque que esa piedra en la oreja de Larten había puesto a temblar.

—Usted dirá.

—He venido a verlo porque tengo una pista que creo que debe investigar y que libera a mi cliente de cualquier implicación en el asesinato de *madame* Audiard.

—Parece usted convencido de la inocencia de Gassiat. Bueno, es lo que se espera de su posición, ¿no es cierto?

—Y lo que debería esperarse también de la suya, comisario. Usted sabe mejor que nadie que las acusaciones contra él no se sostienen y que…

—Mantenido de la víctima, sin coartada, autor de unos dibujos muy similares a los encontrados sobre el cadáver, operando con una identidad falsa…

—Me toca a mí interrumpirle ahora, Canonne. Para empezar, Darbo no es exactamente un nombre falso, puesto que es el apellido de la madre de Émile y, por lo tanto, también el suyo. En cuanto al resto, ninguna prueba material, solo conjeturas. Insisto, usted sabe muy bien que no tienen nada concluyente contra él y que son las singulares, llamémoslas así, circunstancias del caso y de la condición de la víctima las que le han llevado a la cárcel. Sé muy bien quién era Elisabeth Audiard y quien es Irène Duroudier.

—Y el papel que Gassiat jugaba en sus vidas.

—Sí, pero eso no es un crimen. Es posible que incluso sea lo contrario de un crimen.

—Bueno, Larten, dejemos eso, ¿vale? No tengo tiempo que perder en este tipo de debates absurdos. Ha venido a verme… ¿para qué concretamente?

Habían pasado casi diez años desde su último encuentro y Larten había cambiado muy poco. Había ganado algo de peso, pero no tenía ni una cana. La dentadura impecable también. Aunque de los dientes uno no se podía nunca fiar, podían ser los suyos o unos falsos perfectamente enroscados. El comisario había aceptado por

fin la prótesis de resina, que estaría lista en un par de semanas. Con sus ventajas y sus inconvenientes, había dicho el dentista. Pero tenía la certeza de que no habría rechazo, de que esta vez su boca iba a conformarse con ese intruso. Como se conformaba con el resto. Ya no quedaba herida en la encía, solo un hueco duro entre los dientes.

—He venido para recordarle, comisario, que el asesino no es Gassiat, sino alguien que sigue suelto por la calle; y que, por lo tanto, no pueden ustedes descartar la posibilidad de que vuelva a matar. Tal vez a otra mujer de la condición de Elisabeth Audiard.

—Un largo viaje desde París para unas pobres suposiciones, Larten. Resulta bastante decepcionante. ¿No tiene nada más?

Ya no había herida. Todo acababa curándose o, al menos, cerrándose. Hablaba por teléfono con Laure de vez en cuando, y conseguía ganarle algo de terreno al dolor cada vez, es decir, recortar la esperanza con cada llamada. Un triunfo. Diez años atrás había sido Larten el que había ganado el juicio que les enfrentaba, pero aquel era un asunto bastante fácil. Apenas lo recordaba. Ahora se encontraban ante algo mucho más complejo.

—Sí. Tengo razones para pensar que *madame* Audiard era paciente de un dermatólogo, el doctor Francis Arbogast. Y que salía de su consulta, en la *rue* de Mathurins, cuando conoció a Émile Gassiat.

Canonne solo recordaba por encima aquel caso. En cambio, a Larten lo recordaba muy bien, y también la ironía que había esgrimido contra él, una vez concluido el juicio, para tratar de rebajarle, de ensombrecer su estatura de abogado y la calidad de su trabajo. A la salida del juzgado le había preguntado, sin saber muy bien qué clase de impulso interior le empujaba:

—Señor o señora Larten, ¿cómo prefiere que le traten?

Pero había tenido que detenerse en el arcén de esa ironía, sin poder alcanzar su meta, como un ciclista al que le da una pájara y tiene que abandonar la ascensión lejos aún de la cima. Un fracaso. Porque Larten le había respondido:

—Si se refiere usted a mis padres, ambos están perfectamente. Gracias por interesarse; es muy amable por su parte.

Y él entonces no había sabido qué responder. Y ahora Larten estaba sentado frente a él, alto, fornido, rotundo en su masculinidad y sin embargo atractiva y perturbadoramente feminizado por ese rubí en su oreja izquierda; y el comisario sintió una forma de vergüenza anacrónica por su reacción, diez años atrás, después de aquel juicio perdido. Y a esa vieja secuela de culpa se le sumaron enseguida otras en su cabeza y todas tenían que ver con Laure. Laure, que tal vez le quería, que hubiera deseado quedarse con él, pero que él había expulsado de su lado a fuerza de torpezas, de

faltas de atención, de pataleos de amor propio, como aquel día con Larten, «señor o señora»; pruebas todas de inmadurez, de incapacidad para aceptar la interrogación, la fragilidad, la derrota; es decir, el hueco en la boca que se resiste a ser colmado, porque su función es precisamente la de permanecer vacío para permitir que la lengua pase una y otra vez, y comprenda a cada paso el sentido de esa ausencia.

—He ido a ver al doctor Arbogast. Afirma que no conoce a ninguna Elisabeth Audiard, que no era paciente suya. Pero estoy convencido de que miente.

—¿Y en esa consulta no hay nadie que pueda confirmarlo o buscar en los registros? Una secretaria o una enfermera, por ejemplo. ¿No ha hablado usted con nadie más?

—Esa es la cuestión, comisario, no hay secretaria. Porque la mujer que ocupaba ese puesto, Valérie Riboust, ha desaparecido.

—¿Cómo que desaparecido?

—Según el médico, se ha mudado de la noche a la mañana a la Costa Azul porque ha encontrado allí un trabajo mejor. Pero he visitado su casa.

—¿No habrá allanado usted su domicilio, espero?

Larten sonrió y el comisario sintió ganas de olvidarse de su diente de menos e imitarle, pero no se atrevió.

—No, ni siquiera he entrado yo en la casa. Ha sido la portera, que tiene copia de las llaves. Y lo que ha encontrado en el interior no se corresponde en absoluto con una mudanza. Es el piso de alguien que sale de su casa y no puede volver: una gruesa capa de polvo, plantas muertas, comida podrida, ropa llenándose de moho en una lavadora que no se ha puesto en mucho tiempo… Y la vecina de descansillo de Valérie Riboust no la ha visto en todo el verano.

—¿Algún rastro de violencia en el piso?

—En principio, no. La portera lo hubiera advertido. Pero hay que entrar ahí y peinarlo todo. Y yo no puedo llegar más lejos, ahora es tarea de ustedes.

—¿Qué le hace pensar que el médico está involucrado en la desaparición de esa mujer?

—Que está vaciando la consulta. Y creo que miente cuando habla de la mudanza de la secretaria y también cuando niega que *madame* Audiard fuera paciente suya. Creo que hay que investigar a ese dermatólogo porque la clave de este caso está en la piel. El asesino de Biarritz no dejó dibujos sobre el cadáver de su víctima. Nos equivocamos todos desde el principio. No quería poner nada sobre esa piel, sino hacer justo lo contrario: quitar, borrar las huellas de algo que estaba ahí antes, que él había puesto ahí antes. Estoy convencido, pero no tengo medios para ir más lejos en esa investigación. A partir de ahora es competencia de la policía.

—¿Ha hablado con nuestros servicios en París?

—No. He querido verle a usted primero. Usted puede informar a la brigada criminal de París de la desaparición de Valérie Riboust y establecer desde el principio un vínculo entre las dos investigaciones. Y el tiempo apremia, comisario; naturalmente, quiero que mi cliente salga lo antes posible de la cárcel, pero ahora pienso sobre todo en el doctor Arbogast. Me he presentado en su consulta y le he preguntado por *madame* Audiard. Si está implicado en su muerte, ya sabe que alguien le investiga y va a intentar…

—Borrar todas las pruebas que pueda.

—Cuanto antes.

Tiene sentido —se dijo el comisario— que en la piel esté la clave del asunto. Elisabeth Audiard había sido asesinada sin brutalidad, pero su piel había sido brutalmente agredida. La piel era el escándalo de aquel crimen, el signo distintivo de su perversión. Y también tenía sentido, por consiguiente, que el asesino fuera un dermatólogo, un especialista de la piel, alguien que la conocía al milímetro, gota a gota; que sabía leer todos sus mensajes y, por lo tanto, también borrarlos a voluntad. Tenía sentido. Tal vez Larten acertaba una vez más. Diez años atrás se había enfrentado a él y había perdido. Pero ahora el abogado se presentaba como un aliado. La pista del médico podía ser la buena, la que le permitiera detener al asesino de Biarritz y resolver el caso. Y alejarse él también de la obsesión por el fracaso: «señor o señora»; «buenas noches, Laure, ¿qué tal va todo?, te echo de menos», pero Laure a esa parte de la frase nunca respondía.

—De acuerdo, señor Larten, voy a confiar en usted y hablar con mis colegas de París. Pero tiene que decirme todo lo que ha hecho hasta ahora y todo lo que sabe.

—Claro. He preparado un informe detallado con todo lo que he conseguido averiguar sobre Arbogast. Aquí está. —Larten sacó de un portadocumentos de piel un sobre grande y se lo entregó al comisario—. Verá que incluyo en el informe algunas fotografías. Las saqué, hace dos días, en el basurero donde el médico acababa de arrojar el contenido del escritorio de su secretaria.

—De acuerdo, vamos a mirar todo esto con atención. ¿Va a quedarse algún tiempo en Bayona?

—No, me iré mañana. Iré a visitar a mi cliente a la cárcel y cogeré el último vuelo para París.

El policía le condujo hasta el locutorio donde le esperaba su cliente. La juventud es sobre todo esto —pensó Larten en cuanto vio a Émile a través de la ventanita del cuarto—, la extraordinaria capacidad del cuerpo para expulsar enseguida los rastros, las huellas, como el mar cierra de inmediato y sin cicatrices la estela de una agresión. Porque allí estaba el joven, sentado, esperándole con la misma serenidad de siempre; y la misma mirada sin rencor ni cansancio; y la misma piel, indiferente a la falta de sueño y a las comidas baratas.

Se levantó para estrecharle la mano.

—¿Cómo está, Émile?

—Estoy bien, no se preocupe. Es mejor de lo que me había imaginado. Bueno, en realidad nunca me había imaginado una cárcel por dentro. Pero puedo trabajar y es lo que me importa ahora. Dentro de poco necesitaré más papel. ¿Sería tan amable de comprarme más cuadernos pautados?

—Sí, lo haré; pero confío en que no tendrá ocasión de usarlos aquí dentro. Estamos siguiendo en este momento una pista que parece seria. La última vez le pregunté por la piel de *madame* Audiard.

—Sí, me acuerdo. Y he estado pensando mucho en ello.

—La piel parece la clave de este asunto, Émile. ¿Ha recordado algo que pueda ayudarnos?

—No, señor Larten, y lo siento. La piel de una mujer mayor es algo muy complejo. Una partitura fascinante, exquisita, pero que no se puede interpretar. Demasiadas notas y demasiado juntas. No está hecha para pensarla, sino para sentirla, no sé cómo expresarlo; una piel que entiendes cuando la ves y la tocas, pero que luego no consigues recordar.

—Sí, creo que entiendo lo que quiere decir.

Émile se inclinó hacia adelante y bajó aún más la voz:

—Y en Burdeos ¿todo fue bien? Dígame algo más, por favor.

—Sí, todo fue muy bien. Y es ese encuentro el que nos ha puesto sobre la buena pista, y va a sacarle de aquí muy pronto.

—¿Y luego? Tal vez ella ya no quiera volver a verme.

Eso era también la juventud, se dijo Larten, sufrir sin que se note desde fuera porque los signos de ese sufrimiento son plantas demasiado tímidas aún, demasiado tiernas para abrirse paso hasta la superficie.

—Yo creo que sí querrá. Valora demasiado la libertad para no

entender que usted tiene que defender la suya. Y además le gusta su música.

—¿Se lo dijo?

Émile le miraba sin rastro alguno de tristeza en los ojos, como un mar intacto de nuevo.

—Me lo dijo usted mismo. Que ella se había acercado, el primer día en la estación de Saint Jean, para oírle tocar el piano. Voy a comprarle esos cuadernos pautados antes de volver a París. Se los traerán enseguida. Siga componiendo buena música y ella querrá seguir estando cerca de usted.

—Eso espero.

6

HIRONDELLE

Como cada vez que salía de noche, Francis Arbogast cogió el coche de su mujer, el Peugeot Tepee que Evelyne usaba para sus salidas ornitológicas y que tenía los cristales ahumados.

Habían cenado y después hecho el amor como siempre que él salía a buscar a una de esas prostitutas de la *rue* Saint Denis. Era así, esas salidas nocturnas exacerbaban el deseo por su mujer, probablemente porque lo que le esperaba más tarde era una intimidad con un cuerpo femenino por el que no sentiría la menor apetencia y que no le proporcionaría ningún placer.

Como cada vez que tenía que salir, pretextó una urgencia en la clínica.

—Tengo que volver. Se trata de una mujer muy anciana y las heridas se le han infectado. Creo que estamos acertando con el tratamiento, pero esta noche es decisiva. Prefiero estar presente y supervisarlo todo yo mismo.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo?

Arbogast sabía que tenía por delante una tarea que iba a ocuparle toda la noche.

—Me temo que sí; es un caso delicado. Tal vez toda la noche.

—Bueno, pero procura descansar por lo menos un poco.

—Sí, lo intentaré.

Y tomó la precaución de siempre, aunque sabía que era superflua porque Evelyne nunca le llamaba al trabajo.

—Si surgiera algo y necesitaras comunicarte conmigo, mándame un mensaje al móvil, no me llames a la centralita de la clínica.

Al doctor Arbogast le encantaba conducir de noche por París. El tráfico era fluido, sin exigencias, y la iluminación nocturna teñía la ciudad de claroscuros violentos, afilados. Veía en esas sombras separadas de la luz por un corte firme, seco, algo así como un problema a punto de ser resuelto. O como un veneno provisto de su propio antídoto. Eso le inspiraba confianza y valentía. Justo lo que necesitaba para llevar a cabo su tarea.

No estaba inquieto por la visita de esa tarde. Ese hombre que quería hacerle preguntas sobre Elisabeth. Un hombre de aspecto extraño; afeminado no, no diría eso, pero sí confuso, turbio. Eso indicaba sin duda una sexualidad de agua mezclada, salada y dulce al mismo tiempo. «Una sexualidad de desembocadura», se dijo en voz alta. Y esa conclusión tan gráfica le gustó y le hizo sonreír. La

visita de ese hombre le había perturbado, naturalmente, pero no inquietado. No tenía nada que temer. Elisabeth no estaba registrada en la consulta. Y Valérie tampoco estaba ya allí para confirmar que la había atendido.

Giró a la izquierda y empezó a bajar por Brillat-Savarin. Era una ventaja que la entrada al garaje se hiciera por esa *rue*, más estrecha y discreta en ese tramo que la *rue* de Rungis, donde se situaba el acceso principal de la casa. La puerta automática se abrió sin ruido; mantenía el mecanismo en perfecto estado.

No estaba inquieto, pero sabía que tenía que resolver aquel asunto cuanto antes. Y luego seguir con sus investigaciones más discretamente; tal vez esperar varios meses antes de realizar nuevos ensayos.

Subió al primer piso, donde había instalado el laboratorio y su dormitorio. Allí se desnudó y se vistió con la ropa deportiva que llevaba siempre en sus salidas nocturnas; se puso la peluca y las lentillas oscuras que camuflaban el azul de sus ojos, y cogió el bastón. Si alguien tuviera que describir al hombre que se acercaba algunas noches a la *rue* Saint Denis, uno de los pocos lugares donde podían encontrarse prostitutas entradas en años, habría dicho: pelo oscuro, ojos marrones y una ligera cojera de la pierna derecha.

Volvió a la planta baja, donde se encontraban la cocina, el baño, el salón y un segundo dormitorio que había acondicionado para recibir a las mujeres. Aquella casa era perfecta, justo lo que él necesitaba. Con un pequeño jardín, además, en la parte trasera, donde se alzaban dos árboles frondosos que le defendían de la curiosidad de los vecinos, y que estaba rodeado de un muro con la altura suficiente para aislarle visual y acústicamente de la calle.

Se instaló en el coche; abrió la puerta del garaje y salió. La *rue* Brillat-Savarin estaba desierta.

Rosa se encontraba en su puesto habitual, iluminada por las luces ingratas de un *sex shop*. El doctor Arbogast se acercó a ella cojeando. La mujer le saludó con un gesto de la cabeza y empezó a subir la calle; pero él la detuvo:

—Espera. Hoy no vamos a tu casa, sino a la mía. Tengo el coche aparcado un poco más lejos, una pequeña furgoneta Peugeot de color gris. Te espero en la esquina de la *rue* de Metz dentro de quince minutos, no antes.

—¿Lo demás todo igual que siempre?

—Sí.

—¿Toda la noche y solo dormir?

—Sí, como siempre. Solo dormir.

—No llevo encima las pastillas, tendré que ir a buscarlas antes de reunirme contigo.

—Tengo las mismas en mi casa. Pero, de todas maneras, con quince minutos tienes de sobra para ir a coger las tuyas.

Le dijo que se sentara en el asiento de atrás, allí el tintado de los cristales del coche era más intenso y nadie podría verla desde la calle ni aunque se acercara mucho al coche.

Acabaría el trabajo esa noche y luego lo pararía todo. Dejaría de acudir al laboratorio de la *rue* de Rungis durante un tiempo. Aunque era más que improbable que pudieran relacionarle con esa casa: no había firmado ningún contrato de arrendamiento y el alquiler lo pagaba en negro desde hacía más de dos años. El dueño era el menos interesado en airear su acuerdo.

No habían hablado durante el trayecto, pero, antes de llegar a la entrada de Brillat-Savarin, Arbogast le preguntó a la mujer:

—Hace tiempo que no veo a Nina, ¿sabes algo de ella?

—Nadie la ha visto desde hace mucho tiempo. Parece que estaba enferma y se ha marchado.

—¿Enferma de qué?

—No sé. Una infección, creo. Algo grave sería para que haya dejado de trabajar.

Así que de lo que se hablaba en aquel ambiente era de una infección. Le convenía que pensaran eso en el entorno de Nina. Sí, una infección, una enfermedad de transmisión sexual cuyos estragos cutáneos ya eran evidentes aunque ella se esforzara en disimularlos con maquillaje. Pero no estaba intranquilo, no tenía nada que temer. A Nina solo la habían visto, como a la prostituta de esta noche, en compañía de un cojo, moreno, de ojos negros, vestido de manera descuidada. Y de todas formas, la última vez había tomado con ella las mismas precauciones que con Rosa; había esperado a Nina en el coche, bastante lejos de *rue* Saint Denis. Nadie podría afirmar que se había marchado con él.

Entraron en el dormitorio y él dejó que Rosa se desnudara como siempre, aunque esa noche no iba a necesitarlo; pero no quería despertar sus sospechas.

—¿Has traído las pastillas?

—No. Si las que tienes son las mismas, tomaré de las tuyas; ya sé el efecto que me hacen.

Sacó el medicamento del cajón de la mesilla y se lo mostró a la mujer.

—Ya ves que son las mismas. ¿Te doy una o dos?

—Hoy con una bastará, estoy muerta de cansancio.

—Túmbate en la cama; yo voy a la cocina a por un vaso de agua.

Había añadido al agua unas gotas de somnífero y la mujer se durmió enseguida. Arbogast le puso la inyección y subió al laboratorio a buscar la lámpara lupa y el instrumental para tomar las muestras. Antes de volver al dormitorio, recorrió con la mirada aquel lugar de trabajo que había ido equipando con tanta dedicación para sus investigaciones. No era dinero lo que perseguía con esa piel artificial tan diferente de las que diseñaban sus colegas; la suya no tenía nada que ver con las demás; era un líquido de piel, en realidad, que se aplicaba con extrema facilidad, con la ayuda de un simple pincel, sobre cualquier parte del cuerpo. Y entonces se fundía con el tejido que lo acogía, sin dejar rastro. Nina y Rosa se despertaban después de cada sesión sin notar ni sospechar siquiera que lo portaban ya en ellas. Y así, fundida e invisible, esa nueva piel iniciaba su obra de rejuvenecimiento de los viejos tejidos. Él había visto cómo la piel de Nina se volvía más tersa a medida que avanzaban las aplicaciones, primero en el interior de los muslos, luego sobre el vientre, por último en el cuello y el rostro. Sus investigaciones estaban en la vía correcta, estaba seguro, aunque aún faltara algo. Porque la piel de Nina había empezado a decolorarse a comienzos de mayo, casi un año después de la primera aplicación; y luego a cuartearse, como cortada con un escalpelo.

—¿Qué te pasa en la piel? —le había preguntado la última noche para poder inventariar los síntomas.

—Ya lo ves tú mismo…, estas heridas. En la cara y en el cuerpo también.

—¿Sabes qué te las produce?

—Ni idea. Una porquería que me habrán contagiado, supongo. Ya se pasará.

—¿Te duelen?

—¿A ti qué te parece?

—¿Sangran?

—Sangre no, sueltan como una baba espesa. Con la crema y el maquillaje se para un poco. Acabará por curarse.

—¿Has ido a que te vea un médico?

—De momento, no. ¡Cuántas preguntas! Total, solo para dormir qué te importa. Y si te importa y no quieres que me quede, tendrás que pagarme la noche entera y el taxi de vuelta.

Las llagas habían tardado alrededor de once meses en aparecer. Eran los primeros síntomas de un rechazo que tal vez iba a agravarse y a presentar signos más llamativos. No podía correr riesgos. Pero estaba avanzando por la buena vía, estaba seguro. Por eso iba a interrumpir su trabajo por un tiempo, pero luego lo retomaría después de haber analizado las muestras que había tomado del cuerpo de Nina y las que tomaría esta noche del de

Rosa.

Resolvería lo que fallaba y obtendría esa piel que iba a revolucionarlo todo. No era dinero lo que perseguía, tenía más que suficiente. Tampoco deseaba alcanzar el éxito o lo que la gente llamaba la gloria, lo que él quería era otra cosa. El éxito o la gloria son alborotos momentáneos, efímeros, que desea la gente del deporte o los artistas. Un científico en la cima de sus logros recibe respeto, admiración y sobre todo un reconocimiento permanente de la sociedad que asume la deuda que tiene y tendrá siempre hacia él. Ese reconocimiento es lo que él quería y lo que obtendría cuando su piel estuviera lista. Muy pronto.

Apagó la luz del laboratorio y volvió a la habitación. La mujer ya estaba muerta. Examinó su piel con la lupa. Le había aplicado el primer tratamiento a comienzos de febrero, es decir, siete meses atrás; no había aún signos de deterioro, al contrario, la piel aparecía donde la había intervenido más tersa y jugosa. Estaba sobre la buena vía, no cabía la menor duda. Y tal vez en Rosa no se hubiera producido el rechazo. Pero no podía arriesgarse. Sobre todo ahora. La piel de Elisabeth había empezado a mostrar signos de desfallecimiento muy pronto, apenas tres meses después de la primera aplicación del tratamiento, a finales de marzo. Pero ella era una anciana y estas mujeres de la calle apenas tenían sesenta años.

Acabó de recoger las muestras y envolvió el cuerpo en la colcha donde yacía. Rosa había sido una mujer muy delgada, casi flaca, y la arrastró sin dificultad hasta el jardín. Apartó las sillas y la mesa de plástico que había comprado para disimular la excavación; quitó los piquetes clavados en las cuatro puntas de la tela encerada que cubría el suelo, la retiró y, en el agujero abierto, arrojó el cuerpo de Rosa sobre el de las otras dos mujeres, que ya había tapado con una capa de tierra lo bastante gruesa para impedir que el hedor se propagara. Rellenó el hueco con el resto de la tierra que había apartado y mantenido a cubierto, alisó el terreno con la pala y volvió a colocar en su sitio la mesa y las sillas de jardín. En poco tiempo, el lugar estaría de nuevo cubierto de hierba.

Una vez en el interior de la casa, devolvió la lupa y las muestras al laboratorio, arregló el dormitorio; se quitó las lentillas, la peluca, la ropa y las deportivas sucias de tierra, y metió todo en una bolsa de basura. Se dio una larga ducha.

Elisabeth le había pedido desde la primera consulta en la clínica:

—Hágale algo a mi piel, doctor. No que parezca más joven, que ya sé que es imposible, ni siquiera que parezca menos vieja. Quiero que me la retenga sobre el cuerpo, porque tengo la impresión de que se está soltando. Que se despega y se va, como si ya no tuviera nada que ver conmigo.

Desde la primera consulta se lo había pedido, «haga algo, lo que

sea», en el tono imperioso de quien no va a aceptar una negativa. Ella le había empujado desde el principio y con más insistencia en los últimos meses. Lo que sea. Aunque él le había advertido de que ese tratamiento estaba aún en fase experimental.

—Me he pasado la vida experimentando, doctor. No va a ser eso lo que me detenga ahora. Confío en usted; si lo cree beneficioso para mí, yo le sigo.

—Pero mi tratamiento no está homologado aún, y no estoy por ello autorizado a aplicarle esa nueva piel. Sería ilegal.

—No va a ser tampoco eso lo que me detenga, a mi edad. Pero si lo que quiere decirme es que habría que aumentar sus honorarios, también estoy de acuerdo.

—No es una cuestión de dinero.

—Entonces ¿de qué?

—De precauciones. Tendría usted que respetar escrupulosamente mis indicaciones, sin jamás contravenirlas. De ningún modo.

—De acuerdo.

—Respetarlas escrupulosamente. Sin apartarse jamás de ellas. Jamás.

Ella había aceptado todo: mantener el secreto absoluto con las personas de su entorno; las tarjetas de prepago para hablar por teléfono sin dejar rastro; la casi clandestinidad de sus visitas a la consulta de la *rue* de Mathurins donde se haría el tratamiento. Nadie tenía que saberlo y nadie lo supo, a excepción de la pobre Valérie, que una tarde, porque se había dejado algo, volvió a la consulta de improviso y descubrió a Elisabeth tumbada en la camilla.

Elisabeth había respetado siempre sus consignas, incluidas las que le dio para Biarritz: una cita de madrugada, en el apartamento discreto que él le indicaría y que ella debería alquilar a su nombre. Ella siempre había seguido sus indicaciones.

Entonces, ¿de dónde salía aquel hombre extraño que acababa de visitarle en la consulta? «Una amiga, *madame* Audiard, me ha recomendado que venga a verle». Pero no era cierto. Ella siempre había cumplido su palabra, nunca habría llevado a ese hombre hasta él. Entonces ¿quién lo había hecho? ¿Y qué sabía ese intruso de su relación con Elisabeth? Pero no tenía por qué preocuparse. Nadie podía relacionarle con los hechos de Biarritz ni con la desaparición de las dos mujeres de Saint Denis, que de todas maneras nadie echa de menos, «dicen que se ha marchado» y punto final. Quedaba Valérie, pero tampoco tenía nada que temer por ese lado si actuaba con calma e inteligencia. Volvería a llamarla a su móvil, como venía haciendo con regularidad en las últimas semanas; y también llamaría a su casa para dejarle otro mensaje en el contestador: «Llámeme por lo menos, Valérie, necesito su ayuda.

La consulta es un caos sin usted, no consigo organizarme».

Acabó de vestirse y dejó en el asiento del copiloto del coche la bolsa de basura de la que tenía que deshacerse. Antes de abandonar la casa, volvió al laboratorio. Lo recorrió con la mirada sin encender la luz; no hacía falta. Conocía ese lugar a la perfección, como conoces el itinerario del viaje más deseado, el que llevas mucho mucho tiempo planeando.

La puerta del garaje se abrió sin llamar la atención. La *rue* Brillat-Savarin seguía desierta. Aún no había amanecido.

El médico mentía. Los comisarios Lavigne de la brigada criminal de París y Canonne, que acaba de llegar de Bayona, estaban convencidos.

—Que vayamos a ser capaces de probarlo es otro cantar.

—Lo conseguiremos de un modo u otro, puesto que miente.

Mentía. La llamada que había recibido en su móvil el 29 de agosto sí provenía del de Valérie Riboust, la policía ya lo había comprobado. Pero no era ella quien había llamado. El médico mentía cuando afirmaba que había hablado en esa ocasión con su secretaria. Porque había muchas probabilidades de que, para esa fecha, la mujer llevara ya varias semanas muerta o se encontrara incapacitada para comunicarse libremente. El registro que la policía efectuó en su domicilio de la *rue* Pierre Larousse confirmó lo que ya había constatado la portera: innumerables signos de una ausencia prolongada y no planificada, entre los que había que incluir un contestador automático lleno de mensajes sin abrir, fundamentalmente de su jefe, que le rogaba que le llamara porque «esto es un caos sin usted». El doctor Arbogast había grabado su último mensaje al día siguiente de la visita de Larten a su consulta.

El móvil de Valérie Riboust había enmudecido el 3 de julio. Ninguna actividad desde entonces hasta esa famosa llamada, no localizable, de alrededor de dos minutos, a su jefe el 29 de agosto; y luego, de nuevo, nada. Tampoco había utilizado su tarjeta de crédito durante todo ese tiempo ni sacado dinero de ningún banco.

El médico mentía. La policía se había desplazado a la clínica Cochard para interrogarle. La bata blanca acentuaba la palidez de su rostro. Había tomado muy poco sol ese verano.

—Quisiéramos hacerle unas preguntas —le dijo el comisario Lavigne después de las presentaciones.

—¿De qué se trata?

—De la desaparición de Valérie Riboust.

—¿Cómo que desaparición? —Arbogast sonrió; parecía muy relajado—. Según me ha dicho, está en la Costa Azul.

—¿Dónde exactamente?

—Eso me temo que no puedo decírselo porque lo ignoro. Me llamó deprisa y corriendo a finales de agosto para decirme que había encontrado otro trabajo y que se iba. De la noche a la mañana. Un auténtico desastre para mí. Me he visto obligado a cerrar por una temporada la consulta de la *rue* de Mathurins.

—¿Le llamó a su móvil? —preguntó Canonne que empezaba a

comprender por qué Larten había dicho que el médico era un buen actor.

—Sí. La llamada debe de estar registrada por ahí —respondió, dirigiendo la mano hacia el móvil que estaba sobre su escritorio.

—¿Quiere decir que le dejó grabado un mensaje de voz o que habló usted con ella?

—Hablé con ella. Me comunicó muy rápido lo que acabo de decirles, que no volvería al trabajo en septiembre. Así, de la noche a la mañana, un auténtico desastre para…

El comisario Lavigne le interrumpió:

—Es muy importante, doctor: ¿está seguro de que era ella? ¿Reconoció usted su voz?

—Perfectamente. Ha trabajado conmigo varios años. La reconocí perfectamente, como le acabo de decir, comisario.

Y, sin embargo, mentía.

—Quisiéramos, si a usted no le importa —dijo Lavigne—, visitar su consulta de la *rue* de Mathurins.

—Ya les he dicho que la he cerrado por una temporada.

—Sí, pero nos gustaría ir allí, de todos modos. Tal vez encontremos algo que nos ayude a localizar a *madame* Riboust.

—Si yo estuviera en su lugar, buscaría en la Costa Azul, en la consulta de algún dermatólogo o cirujano plástico.

—Lo haremos, pero también queremos visitar la suya. Si a usted no le importa, desde luego; no se trata de un registro oficial.

—Claro que no me importa. Pueden ir allí cuando quieran. ¿Tengo que acompañarles? Porque prefiero darles las llaves y que vayan ustedes sin mí; ando con muchísimo trabajo. Aunque no creo que encuentren gran cosa, Valérie se llevó todas sus pertenencias. Vació literalmente el escritorio.

Ahora ya tenían la prueba de que mentía. El testimonio de Larten y las fotografías que había sacado del contenedor de basura.

—Pero supongo —dijo Canonne— que en la consulta seguirán sus archivos con las fichas de sus pacientes.

—Sí, el ordenador sigue allí. Ábranlo y consulten todo lo que quieran. La clave de acceso es «mathurins». Algo simple, muy fácil de recordar incluso para alguien tan torpe con la informática como yo. Prefiero darles las llaves y que vayan ustedes sin mí, si están de acuerdo.

—Estamos de acuerdo, gracias —dijo Lavigne, sabiendo ya que en la consulta no iban a encontrar nada útil para su investigación. El médico les ofrecía, abierta de par en par, la entrada a un lugar vacío.

Arbogast les acompañó hasta la puerta de su despacho. Mientras se despedía del médico con un apretón de manos, Canonne le dijo:

—Una pregunta más, doctor, si me lo permite: ¿cuál fue el último

día de trabajo de Valérie Riboust?

—El último día laborable de junio, no recuerdo la fecha exacta. En verano solo paso consulta en la clínica.

—Eso significa que le da dos meses de vacaciones pagadas a su secretaria.

—Sí.

—No parece un mal trabajo, y sin embargo ella lo ha dejado.

—La Costa Azul tiene más atractivos, supongo —respondió el doctor sonriendo de nuevo—, y sin duda mucho mejor clima. Valérie debe de preferir el sol.

—Aunque sea malo para la piel.

—Si se toman las debidas precauciones, puede ser muy beneficioso.

—Pero usted prefiere evitarlo. Quiero decir que no tiene usted el aspecto de alguien que ha tomado mucho sol este verano. ¿Puedo preguntarle dónde ha pasado las vacaciones?

—He pasado todo el mes de agosto con mi mujer y mi familia política en la propiedad que mis suegros tienen cerca de Rochefort. Pero tiene razón, comisario, no he tomado mucho sol. La razón principal es que el tiempo no nos ha acompañado. Y no se preocupen por las llaves de la consulta, pueden dejarlas en el buzón de Mathurins. Tengo varias copias.

Como habían previsto, los policías no encontraron nada interesante en la consulta del doctor Arbogast. Solo un escritorio vacío, un contestador automático sin mensajes y un fichero de pacientes informatizado, sin el menor rastro de *madame* Audiard.

Pero el médico miente, y una vez más —se dijo Canonne— Larten tiene razón. Había insistido en mantener unidos, desde el principio, los dos casos: el crimen de Biarritz y la desaparición de la secretaria. Y había acertado de nuevo. Porque el juez acababa de permitir que se interviniera el teléfono de Arbogast. Y lo que le había decidido, el comisario estaba convencido de ello, no era tanto la ausencia inexplicada de Valérie Riboust como la posibilidad de que el dermatólogo fuera el autor del asesinato de Elisabeth Audiard.

Los días se sucedían y la vigilancia al doctor Arbogast no aportaba los resultados esperados. Solo unas cuantas conversaciones anodinas con sus pacientes, colegas o amigos; la misma rutina de desplazamientos entre el piso de la avenida Georges Mandel y la clínica; y alguna salida ocasional con su mujer. El riesgo de que hubiera más muertes estaba desactivado, pero la situación podía prolongarse de forma indefinida y Larten se impacientaba. Se había instalado con su camioneta en Bayona, y llamaba y visitaba al comisario Canonne con insistencia.

—Otra vez usted por aquí. Qué placer más inesperado. Siéntese, por favor.

—Buenos días, comisario. No es necesario que le diga a qué he venido: Émile debe salir ya de la cárcel. No tienen ustedes ni la sombra de un argumento para retenerlo más tiempo.

Larten se había puesto un pañuelo de mujer al cuello y llevaba un ligero maquillaje. Y el comisario pensó que su apariencia era como un nuevo ataque de migraña. Por muchos que hayas tenido antes, siempre te pilla desprevenido, como si fuera la primera vez; y tienes que retomar la carrera desde la línea de salida. Así que respiró hondo y empezó a masajearse la nuca con la mano izquierda.

—Necesito un poco más de tiempo, señor Larten, ya se lo dicho.

—Con Larten bastará.

—Ya se imagina que Arbogast está al tanto de la detención de Gassiat.

—No me cabe duda.

—Si soltamos enseguida al chico, va a saberlo y a comprender que sospechamos de él también por el crimen de Biarritz, y no solo por la desaparición de su secretaria. No nos conviene en absoluto. Deme un poco más de tiempo.

—Se ve que no es usted el que está en esa cárcel.

—Gassiat está en las mejores condiciones, se lo garantizo; yo mismo me he ocupado de ello.

—Usted me habla de condiciones de detención, comisario; yo le hablo de justicia.

—Un poco más de tiempo, eso es todo lo que le pido. Si Arbogast sospecha que le conectamos con el asesinato de *madame* Audiard, va a extremar sus precauciones y no cometerá errores. Y no tenemos nada consistente contra él. Tiene coartada para el día del crimen, y lo único que podríamos aportar en el caso de la secretaria son las fotos que usted tomó del interior del contenedor: un poco de basura

que podía haber arrojado ahí cualquiera. Solo nos hace falta un poco más de tiempo. Estamos buscando un local o una segunda residencia del médico donde pueda estar la secretaria, porque en algún sitio tiene que estar, viva o muerta.

—Me temo que muerta ya, a estas alturas.

—Sí, por desgracia es más que probable. Pero necesitamos un poco más de tiempo. Arbogast acabará cometiendo un error, todos lo hacen.

—Si es la clase de persona que indica su crimen, meticulosa y calculadora al máximo, no va a cometer ningún error. Y menos ahora que sabe que la policía le anda rondando.

—No contamos con nada más. Tenemos que esperar a que cometa ese error.

—No va a hacerlo ahora, estoy convencido. Si buscamos un error, lo que hay que esperar es que lo haya cometido ya. Lo que quiero decir es que hay que concentrarse en el pasado, no en el futuro. ¿Qué coartada tiene para el día del crimen?

—Estaba con su mujer y su familia política en una propiedad cerca de Rochefort. No se movió de allí en todo el mes de agosto; todos los miembros de su familia lo confirmarán sin duda, y es lo que indica también la geolocalización del móvil.

—¿Qué distancia hay entre Rochefort y Biarritz?

Canonne consultó su ordenador.

—Trescientos cincuenta kilómetros más o menos.

—Poco más cuatro horas de ruta, incluso si se evitan las autopistas. Por la noche casi no hay tráfico. A Elisabeth Audiard la asesinaron de madrugada.

—En torno a las cuatro.

—No me parece imposible que alguien salga de Rochefort hacia las diez y media u once de la noche, después de asegurarse de que todo el mundo duerme profundamente; un médico puede conseguir con facilidad somníferos fiables; llegue a Biarritz hacia las tres de la madrugada, cometa el crimen y esté de vuelta en Rochefort hacia las ocho de la mañana para asistir al despertar, tal vez más tardío y resacoso que de costumbre, de todo el mundo.

—Déjeme comprobarlo.

No se podía decir que fuera imposible. Canonne consultó en internet varios simuladores de ruta.

—Todos dan más o menos el mismo cálculo: en torno a cuatro horas de viaje, así que es un poco justo, pero puede hacerse entre las diez y media y las once de la noche, y las ocho y las ocho y media de la mañana.

—Con un margen de una hora más o menos en Biarritz para el asesinato y la administración del ácido.

—Es un poco justo de tiempo, pero puede hacerse. Y si es lo que

hizo Arbogast esa noche, en algún sitio tuvo que pasar por delante de una cámara de seguridad. Vamos a averiguar qué coche utilizó durante las vacaciones.

—Compruebe todo eso, comisario, lo antes posible. Émile no puede seguir en la cárcel.

Larten había vuelto a ponerles sobre la pista correcta. Un Peugeot Tepee de color gris, conducido por un hombre de cabello oscuro y con gafas de sol a pesar de la hora, había sido filmado por la cámara de seguridad de una estación de servicio de la carretera nacional 137; iba hacia el norte a las 6:53 de la mañana del 28 de agosto. El coche pertenecía a Evelyne Arbogast.

Larten estaba al volante de su camioneta cuando recibió la llamada del comisario Canonne. Activó el manos libres.

—Buenas tardes, Larten, le llamo para informarle de que Gassiat saldrá en unos minutos; el tiempo que tarden en completar los últimos trámites.

—Sí, ya lo sé, comisario; voy conduciendo hacia la cárcel para recogerle. Le llevaré yo mismo hasta Arcachón.

—Y le he llamado también para darle la enhorabuena y las gracias. No voy a fingir que ignoro lo que le debemos en la resolución del crimen de Biarritz y de los de París también. Porque allí ha matado a tres mujeres.

—Sí, estoy al tanto.

—Al parecer, Arbogast estaba intentando fabricar una piel artificial y usaba a las prostitutas como cobayas. En cuanto a la secretaria, tuvo la mala suerte de ser un testigo inoportuno de las visitas de Elisabeth Audiard a la consulta de Mathurins. A la anciana también la utilizó como cobaya.

—Y luego quiso borrar el fracaso de su tratamiento con ácido.

—Ha confesado cínicamente que mató a esas cuatro mujeres porque esa nueva piel no había funcionado y tenía que salvar su reputación y el futuro de sus investigaciones. En fin…, ya está en la cárcel y Gassiat no tardará en salir.

Larten había comprendido que Canonne no le había llamado para informarle de lo que ya sabía, sino para decirle algo que no se decidía a soltar.

—¿Quiere añadir alguna otra cosa, comisario?

—Supongo que sí, pero no sé muy bien cómo hacerlo.

—Inténtelo.

—Tiene que ver con una mujer que me ha dejado y con un diente de menos, que no paran de darme vueltas en la cabeza… y de decirme que he sido un imbécil. También con usted. Lo que quería decirle es que no sé qué ideas tengo ahora; pero sí sé que no son las que tenía antes. Sobre casi nada. Ni siquiera sobre las prótesis removibles de resina.

—Me alegro por usted, comisario, y también le doy la enhorabuena.

—Gracias.

Cuando Canonne colgó, Larten, sin desactivar el manos libres, llamó a *madame* Duroudier.

—Buenas tardes, Irène, estoy esperando a Émile delante de la

cárcel; no tardará en salir.

—Sí, le han prestado un teléfono y me acaba de llamar. ¿Sabe lo que me ha dicho?

—Algo que la ha conmovido, se lo noto en la voz.

—Mucho. Que tiene miedo de que yo no quiera volver a verle a causa del escándalo de este asunto. Y le he respondido la verdad: que tengo más ganas de verle que nunca. Lo que no le he dicho, porque hay cosas que cada uno tiene que aprender por sí mismo, es que el escándalo libera; como esos incendios que aportan una nueva fertilidad a la tierra que han arrasado. No se lo he dicho; para entender hasta qué punto el escándalo puede ser liberador hay que ser tan viejo como yo.

—Usted tiene muchos años, Irène, pero vieja no es.

—A veces yo también lo siento así, Larten, pero nunca el tiempo suficiente para llegar a creerlo.

—Debe creerlo, porque es la verdad. Y ahora tengo que dejarla, ya están abriendo las puertas de la cárcel.

—Infinitas gracias, amigo mío. Y no se olvide de que tenemos que arreglar aún las cuestiones prácticas.

—No se preocupe ahora por eso. La llamaré en cuanto regrese a París dentro de unos días.

Todos los interrogantes del caso tenían ya respuesta. Pero para Larten quedaba aún un enigma por resolver: ¿cuál era la naturaleza de esa emoción que le arrastraba hacia Émile Gassiat? Al principio, durante sus primeros encuentros, la había llamado curiosidad. Pero no era eso. La curiosidad es egoísta, solo busca satisfacerse; le basta con recibir. Y lo que Larten sentía por aquel joven era una emoción generosa, que deseaba dar, permitir, sostener. No sabía qué nombre darle aún a ese sentimiento, pero no era curiosidad.

La puerta de la cárcel acabó de abrirse y apareció Émile Gassiat. No se notaban en él las tres semanas de detención; iba vestido con ropa marinera y parecía alguien que acaba de bajar de su barco. Larten salió de la autocaravana para recibirle. Se dieron la mano.

—Voy a abrir detrás para que pueda dejar las cosas.

—Gracias. Qué interesante este despacho ambulante. Irène ya me lo había comentado.

—Es perfecto para mí.

—Puedo entenderlo, sí.

—Sobre todo porque usted también ha montado de alguna manera su estudio de grabación en un barco.

—Sí, tiene razón, en el *Hirondelle* nacen la mayoría de mis composiciones.

Se instalaron en la camioneta. Larten arrancó.

—Es un nombre curioso para un barco. Me gustaría que me hablara de él, tenemos mucho camino por delante.

—Es un barco pequeño y tiene muchos años; mis padres ya lo compraron de segunda mano antes de que yo naciera y le pusieron ese nombre, *Hirondelle*, como esos pájaros que siempre están volando, que no se posan.

—A lo mejor también pensaron en Flaubert.

—¿Flaubert? No le entiendo.

—*L'hirondelle* es el nombre de la diligencia que unía Yonville con Rouen, y que Emma Bovary tomaba para salir de una vida pequeña e intentar alcanzar una más grande.

—Es verdad, lo había olvidado. Y es bonito lo que dice. Tal vez mis padres eligieron *Hirondelle* también por eso. Un barco siempre te lleva hacia algo mayor. Y, además, mis padres eran buenos lectores. Pero *Hirondelle* tiene que ver sobre todo con su manera de vivir, siempre de un lado para otro. A mi madre le gustaba el mar; a mi padre, vivir tierra adentro, era *luthier* y decía que el clima de la costa no les sienta bien a los instrumentos musicales. Así que vivían

una parte de la semana en una pequeña granja que habían alquilado cerca de Agen, y el resto del tiempo se iban a Arcachón a navegar en el *Hirondelle*. Yo he heredado el piso que compraron allí y el barco. La granja la dejé. En eso soy como mi madre, prefiero el mar.

—Que se lleva muy bien con su piano.

—Perfectamente. Para mi música, el mar es esencial; el fundamento de mis composiciones, al menos de momento, a lo mejor algún día eso cambia. Si quiere, le mandaré por correo electrónico algunas piezas muy cortas para que pueda hacerse una idea de lo que busco.

—Me encantará escucharlas.

—Y para darle las gracias también por haberme sacado de la cárcel…

—Es fácil defender a un inocente.

—Y sobre todo por…, por lo que para mí es lo más importante… No sé cómo expresarlo con mis palabras, así que voy a usar las de Irène. Gracias, señor Larten, por haberme mirado sin desprecio y sin asombro.

—Voy a ser muy sincero con usted… y tuteémonos, por favor, Émile, creo que nos lo hemos ganado. Siento hacia ti algo que me resisto a llamar solo curiosidad. Pero no sé qué otro nombre darle a este sentimiento. Tal vez *hirondelle*, también, porque vuela y vuela y busca dentro de mí, y no encuentra aún dónde posarse. Pero no es curiosidad. Tiene que ver más bien con la disponibilidad. Estoy dispuesto ahora, y lo estaré también en el futuro, a escuchar lo que quieras decirme; a ser tu confidente si tienes algo que confiar; a acoger tus temores o tus angustias si necesitas sosiego. Y a estar ahí, simplemente, si quieres hablar de tu deseo. No creo que hayas hablado mucho de tu deseo.

—No. Nunca, con nadie. Ni siquiera con ellas. Creo que a las personas mayores les cuesta poner palabras a algunas cosas, prefieren el silencio.

Porque el silencio mantiene viva la posibilidad —pensó Larten—; nada ha sido descartado todavía. Y «todavía» es seguramente el adverbio más importante en la vejez.

—Elisabeth solía decir que el silencio era un aliado, «igual que la penumbra en una alcoba que confunde los signos sobre los cuerpos».

—Conmigo puedes o podrás hablar de ese deseo, si quieres.

—Cuando estoy navegando, a veces digo frases en voz alta. No las grabo, no las mezclo con el sonido del mar. Aún no, pero es posible que lo haga algún día. Lo he estado pensado en la cárcel. Todavía no estoy preparado, pero más adelante me gustaría escribir una ópera. ¿Te gusta la ópera?

—Le gusta mucho a Monique, mi mujer, y a mí me gusta

acompañarla y verla feliz.

—Creo que más adelante mi música tomará ese camino. Unir sonidos de la naturaleza con la voz, que es lo más natural que tenemos. Una forma de ópera. Aún no soy capaz de imaginarla, pero quiero ir hacia ella. Y cuando estoy en el barco, a veces digo frases en voz alta; y algunas hablan de mi deseo, como tú dices.

—Me encantaría escuchar esas frases, como si ya pertenecieran a una de tus composiciones.

—Tienes razón, puedo verlas así. Como el texto de un libreto, muy imperfecto aún, muy inmaduro. Pero un libreto, que ya no es la vida y por eso puede compartirse.

—Puedes o podrás compartirlo conmigo si quieres.

—A veces, cuando estoy en el *Hirondelle* rodeado de un mar negro, sin puntos de referencia, digo, por ejemplo, que a causa de mis preferencias sexuales yo podré tener amantes, incluso una mujer, pero que nunca podré tener una novia.

—¿Por qué?

—Porque *novia* es una palabra que se parece a una fruta que enseguida es atacada por el tiempo.

Émile hablaba despacio, con serenidad, sin el menor rastro de tristeza o de tensión en la voz. Y sin embargo Larten le escuchaba como se escucha a alguien gritar, contagiado de la misma alarma o angustia.

—¿Nunca te has interesado por alguien de tu edad?

—Sí, pero era…, cómo decirlo…, insuficiente.

A esa hora, en la autopista, el tráfico era denso, difícil. Larten se sentía inquieto, crispado al volante. Y sentía también un nudo en el pecho que no lo estaba provocando el tráfico, sino las palabras de Émile, que en su cabeza se mezclaban ahora con las de Mathilde: «Es nuestro cuerpo el que envejece, nosotros no». Y a Larten le asustaba de pronto que Émile viviera esa frase al revés, que su cuerpo tan joven albergara una madurez brutalmente anacrónica que le impidiera ser feliz como lo son los jóvenes, con ligereza, despreocupación y confianza.

—Con las chicas de mi edad no era deseo, era…, no sé cómo decirlo…, respuesta física. Y sin proyecto.

Larten casi no había conocido la adolescencia, había sido empujado muy pronto hasta la edad adulta por la conciencia de su diferencia, de su pertenencia a la rúbrica de los «otros». Apartó los ojos de la carretera para echar un vistazo al paisaje, a los pinares ordenados e inofensivos de las Landas. Pero alcanzar tan pronto una forma de madurez no le había impedido ser feliz. Respiró hondo varias veces para tratar de aflojar el nudo que sentía en el pecho.

—Como dices, cada uno tiene sus preferencias, Émile, pero eso no te va a impedir ser feliz. Lo sé por experiencia. Lo que hay que

hacer es rodearse de aliados y de maestros. —Larten los había tenido, generosos iniciadores en el gusto por la vida—. Maestros de felicidad, Émile, que nos enseñan a reconocerla cuando está en nosotros y a provocarla para que nos elija.

Émile lo miraba ahora con una nueva atención; Larten lo sentía sin verlo, porque seguía con la mirada fija en la carretera.

—No he conocido a Elisabeth, pero sí a Mathilde y a Irène. Y creo que son para ti maestras de felicidad, porque te están mostrando con su actitud y su elección que defienden y defenderán su placer hasta el final.

—Sí. Y me enseñan a defender el mío. Por eso me gustaría contarte cómo empezó todo, si quieres. Contártelo como si estuviera escrito en un libreto que yo te leyera.

—De acuerdo.

—Vivíamos la mitad del tiempo cerca de Agen. Mi padre era *luthier*, como ya te he dicho; mi madre, enfermera y atendía a la gente a domicilio. Tenía muchos pacientes que vivían en casas, granjas, y también en el *château* que era propiedad de una pareja de nobles que tenían familia, hijos y nietos, pero que pasaban solos la mayor parte del año. Y empezamos a visitarles a menudo, porque nos invitaban todo el tiempo. Yo creo que aquel hombre se había enamorado de mi madre y que por esa razón se ocupaba de mí y me mostraba tanto afecto. El barón nos trataba no solo como a iguales, sino como si fuéramos miembros de su propia familia. Pero la baronesa, una mujer mayor, bellísima, se esforzaba en recordarnos con multitud de pequeños gestos, de tonos, de miradas, de detalles que añadía o suprimía que ellos eran grandes y nosotros, pequeños; que estábamos situados más abajo, mucho más abajo, en la escala social; y que en aquella casa, a pesar de que el comportamiento extravagante de su marido pudiera hacer creer lo contrario, no estábamos en nuestro sitio. Yo era un niño, no hubiera podido comprender por mí mismo lo que pasaba. Pero mis padres solían hablar de todo aquello después, en el coche, cuando volvíamos a casa. Les ponían nombre a todos los gestos de aquella mujer.

—Como si los subtitularan para ti.

—Eso es; y yo aprendí a observar con atención aquellos gestos y a interpretarlos por mí mismo. Pero aprendí también otra cosa muy importante: a no tenerlos en cuenta; a reírme incluso de la situación. Porque mis padres se reían; les parecía divertida, inofensiva, la actitud de la baronesa, que por otra parte siempre actuaba con elegancia. Mete su veneno en un bonito frasco y lo presenta como perfume, decían mis padres, riendo, y la trataban con indulgencia. Y entonces yo, que hubiera podido crecer detestando a aquella mujer altiva, no lo hice. Crecí, sin saberlo, haciendo todo lo contrario: amarla o desearla o las dos cosas juntas.

Y entendiendo, además, sus contradicciones: el veneno de sus celos o de su miedo (mi madre era guapa y joven) contenido en el hermoso frasco de su dignidad y su elegancia. Luego el barón murió y nosotros no volvimos al *château*. Yo acabé el bachillerato, y me matriculé en el Conservatorio de Burdeos. Y pensé que lo había olvidado.

Larten salió de la autopista. Ya estaban muy cerca de Arcachón. Pero quería prolongar el viaje y escuchar el relato de Émile hasta el final.

—¿Quieres que nos paremos a cenar algo antes de llegar? No tendrás nada para comer en casa.

—Gracias, pero prefiero que vayamos directamente. Me gustaría salir a navegar cuanto antes. Y, además, ya casi he terminado mi historia. Porque unos años después, cuando mi padres ya habían muerto y yo vivía solo, fui con un grupo de compañeros de clase a Inglaterra, a un festival de música. Nos alojamos en el campo, en uno de esos *B&B* victorianos. La dueña era una mujer mayor, una vieja para nosotros, que teníamos poco más de veinte años. Yo ya me había acostado con chicas de mi edad, pero sentí por aquella mujer un deseo nuevo. El más claro y potente que había sentido jamás. Ella supo verlo enseguida, ya he aprendido que las mujeres mayores adivinan el deseo que me inspiran aunque trate de disimularlo…

—Tú también debes de llevar subtítulos, entonces.

Émile se rio y Larten sintió que el nudo que pesaba en su pecho desde hacía un buen rato se soltaba por fin.

—Sí, y aquella mujer supo leerlos muy bien y esa noche me invitó a su cuarto. Fue la primera vez del placer para mí, aunque antes había habido placer otras veces. No sé cómo explicarlo.

—Lo entiendo.

—Yo sentí la diferencia, la enorme diferencia. Seguramente porque también era la primera vez que yo me acercaba de un modo tan íntimo a un cuerpo atravesado por la vida; poderoso y al mismo tiempo vulnerable; bello y marcado; confiado e incrédulo. Generoso y también indiferente, porque las personas mayores dedican a los seres y a las cosas una atención concentrada, pero restringida. Ese es el final de la historia, Larten, o el principio. Yo deseo eso. Desde niño, seguramente. Deseo eso, deseo así, del modo más espontáneo y natural del mundo. Aunque a la gente le cueste tanto entenderlo o considerarlo sin desconfianza o desprecio.

Larten detuvo la autocaravana frente al pequeño puerto del Aiguillon.

—La gente nunca es toda la gente, Émile.

—Ya lo sé. Irene también me lo dice muchas veces, con sus palabras: «Hay varios billones de personas en el mundo; imposible

que se pongan todas de acuerdo en algo. Menos mal».

—Sí, menos mal. Irene es una maestra de felicidad para ti, igual que Mathilde, no lo olvides.

—No lo olvido. Y tampoco me olvidaré de mandarte la música.

Salieron del coche. Larten le entregó sus cosas.

—¿Quieres que te ayude a llevarlas?

—No, gracias, no hace falta. Vivo aquí mismo. Voy a subir todo esto y enseguida saldré a navegar.

—¿Se ve tu barco desde aquí?

—Sí.

Émile extendió el brazo en dirección al muelle iluminado.

—Ese blanco pequeño de allí, mira, se distingue el nombre.

—Sí, ya lo veo. *Hirondelle*. No es grande, pero te lleva lejos.

—Es lo que intento hacer. Como Emma Bovary; también eso voy a recordarlo.

Larten se detuvo en el pinar de la playa de La Teste-de-Buch. Esa noche se quedaría en el Bassin y dormiría en la autocaravana.

Abrió la pequeña bodega y sacó una de las botellas del Cahors que había comprado esa misma mañana en Bayona, en una vinatería, al borde del Adour, que le había gustado mucho. Le Sang des Vignes, iba a dedicarle una entrada en su blog.

Descorchó la botella, la dejó reposar en la mesa y encendió el ordenador. Esa noche prefería comunicarse con Monique por correo electrónico; no quería disolver en otra voz la de Émile, que aún resonaba en su cabeza: la voz, que es lo más natural que tenemos…, las personas mayores dedican a los seres y a las cosas una atención concentrada, pero restringida…, el deseo más claro y potente…

Intercambió algunos mensajes con Monique, consultó su correo y cerró el ordenador.

Cogió una copa y se sirvió tres dedos del Cosse-Maisonneuve para catarlo.

Y pensó en los padres de Émile, expertos en el arte de poner subtítulos para enseñar a su hijo a descifrar los detalles, los gestos pequeños, las fisuras de la entonación.

Inclinó la copa para leer el color.

Él también había tenido buenos maestros, que le habían iniciado en el arte de la felicidad, del gusto por la vida, paso a paso, deletreándolo para él, como en una cata.

Agitó la copa y se la acercó a la nariz.

Le había costado identificar la emoción que Émile había despertado en él. Porque no era solo curiosidad ni disponibilidad. Lo veía ahora de una manera «clara y potente». Era también deseo. Un deseo que apenas conocía, que en el pasado solo había sentido de manera fulgurante y sin huella. Solo durante un instante, tras un encuentro especialmente intenso y feliz con la mujer amada.

Pero Émile le había devuelto ese deseo de ser padre o madre; de convertirse para alguien en el maestro que te enseña, desde el principio, a catar la vida, paso a paso, como se cata un vino, con la misma atención y el mismo fervor.

Se llevó el Malbec a los labios.

El maestro que consigue abrirla para ti, para que aprendas a conocerla por ti mismo. A apreciar por ti mismo este granate profundo; este aroma complejo; esta boca especiada, envolvente; esta espléndida persistencia de la vida.